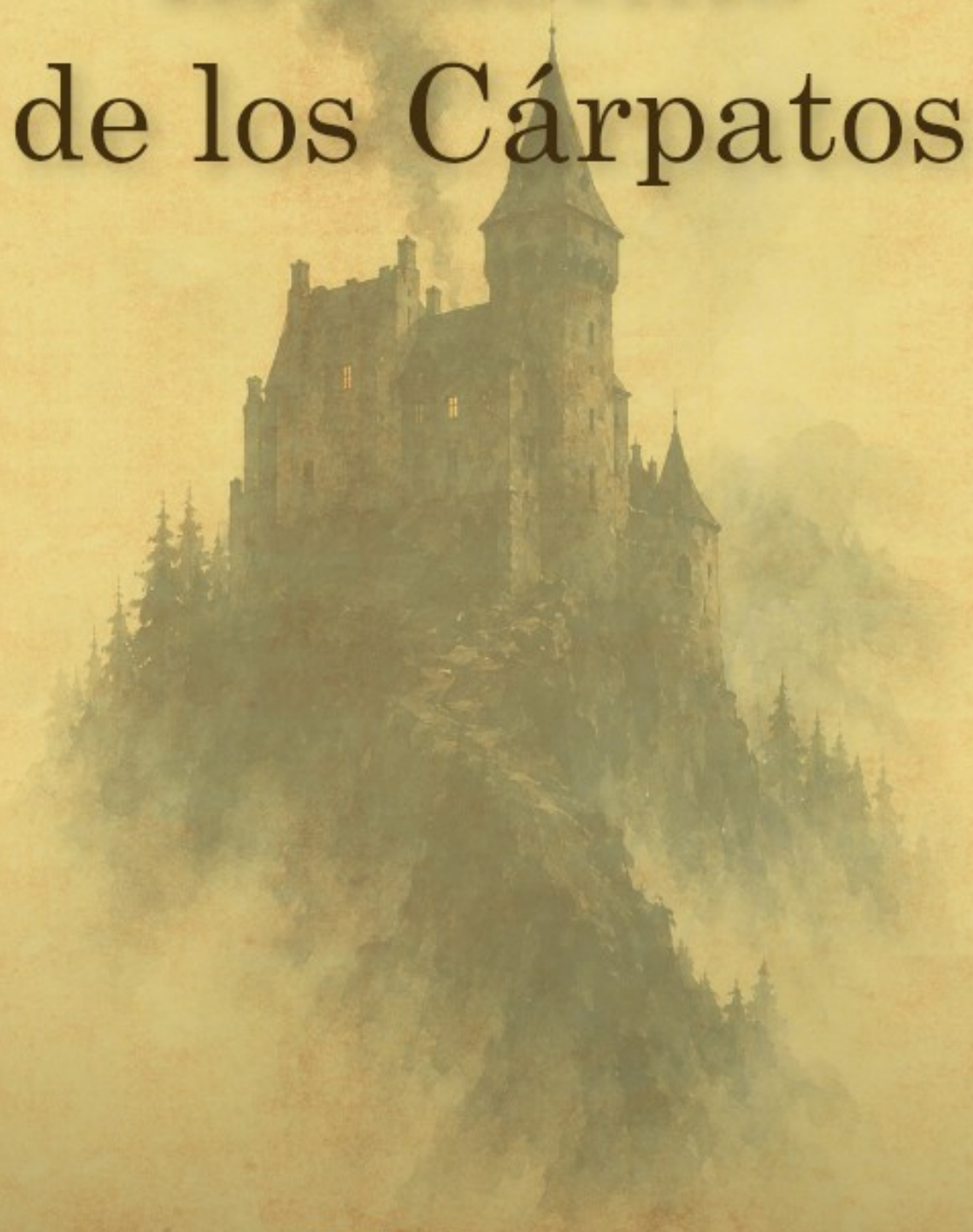


Julio Verne

El Castillo de los Cárpatos



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CASTILLO DE LOS CÁRPATOS

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1892
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I

Esta historia no es fantástica, es solo novelesca. ¿Habrá que concluir que no es verdadera, dada su inverosimilitud? Sería un error. Vivimos en una época en que todo sucede —casi se tiene derecho a decir que todo ha sucedido ya—. Si nuestro relato no resulta verosímil hoy, puede serlo mañana, gracias a los recursos científicos que son patrimonio del porvenir, y a nadie se le ocurriría relegarlo al rango de las leyendas. Por lo demás, ya no se crean leyendas en el ocaso de este práctico y positivo siglo XIX, ni en Bretaña, la comarca de los feroces korrigans, ni en Escocia, la tierra de los brownies y los gnomos, ni en Noruega, la patria de los ases, los elfos, los silfos y las valquirias, ni siquiera en Transilvania, donde el marco de los Cárpatos se presta tan naturalmente a toda suerte de evocaciones psicagógicas. Sin embargo, conviene señalar que el país transilvano sigue muy apegado a las supersticiones de las primeras edades.

Estas provincias del extremo de Europa, el señor de Gérando las ha descrito, Élisée Reclus las ha visitado. Ninguno de los dos ha dicho nada de la curiosa historia en que se basa esta novela. ¿La conocieron? Tal vez, pero no habrán querido dar crédito a ella. Es lamentable, pues la habrían contado, el uno con la precisión de un analista, el otro con esa poesía instintiva de la que están impregnados sus relatos de viaje.

Puesto que ni uno ni otro lo han hecho, voy a intentar hacerlo yo por ellos.

El 29 de mayo de aquel año, un pastor vigilaba su rebaño en el linde de una meseta verdeante, al pie del Retyezat, que domina un valle fértil, poblado de árboles de tronco recto y enriquecido de hermosos cultivos. Esa meseta, elevada, despejada, sin abrigo alguno, las galernas —que son los vien-

tos del noroeste — la afeitan durante el invierno como con navaja de barbero. Se dice entonces, en el país, que se hace la barba, y a veces muy a ras.

Este pastor no tenía nada de arcádico en su atavío, ni de bucólico en su actitud. No era Dafnis, ni Aminta, ni Tí tiro, ni Licidas, ni Melibeo. El Lignon no murmuraba a sus pies calzados de gruesos zuecos de madera: era la Silvalaque, cuyas aguas frescas y pastoriles habrían sido dignas de correr por los meandros de la novela de la Astrea.

Frik, Frik del pueblo de Werst — así se llamaba este rústico pastor —, tan descuidado de su persona como sus bestias, bueno para alojarse en aquella sórdida gazapera, construida a la entrada del pueblo, donde sus ovejas y sus cerdos vivían en una repugnante cochambre — única palabra, tomada de la vieja lengua, que convenga a los piojosos apriscos del comitat —.

El *immanum pecus* pacía, pues, bajo la conducción de dicho Frik, *immanior ipse*. Tumbado en un altozano acolchado de hierba, dormía con un ojo mientras vigilaba con el otro, la gruesa pipa en la boca, silbando a veces a sus perros cuando alguna oveja se alejaba del pasto, o dando un toque de cuerno que los múltiples ecos de la montaña repetían.

Eran las cuatro de la tarde. El sol empezaba a declinar. Algunas cumbres, cuyas bases se anegaban en una bruma flotante, se iluminaban por el este. Hacia el suroeste, dos quiebras de la cordillera dejaban pasar un oblicuo haz de rayos, como un chorro de luz que se filtra por una puerta entreabierta.

Este sistema orográfico pertenecía a la porción más salvaje de Transilvania, comprendida bajo la denominación de comitat de Klausenburg o Kolosvar.

Curioso fragmento del imperio de Austria, esta Transilvania, «l'Erdely» en magiar, es decir «el país de los bosques». Limita con Hungría al norte, con Valaquia al sur, con Moldavia al oeste. Con una extensión de sesenta mil kilómetros cuadrados, o sea seis millones de hectáreas — aproximadamente la novena parte de Francia —, es una especie de Suiza, pero mitad más extensa que el dominio helvético, sin ser más poblada. Con sus mesetas entregadas al cultivo, sus lozanos pastos, sus valles caprichosamente trazados, sus cimas ceñudas, Transilvania, surcada por las ramificaciones de origen plutónico de los Cárpatos, está cruzada por numerosos cursos de agua que van a engrosar el Theiss y ese soberbio Danubio, cuyas Puertas de Hie-

ro, a pocas millas al sur [La milla húngara vale unos 7500 metros.], cierran el desfiladero de la cadena de los Balcanes en la frontera de Hungría y el imperio otomano.

Tal es este antiguo país de los dacios, conquistado por Trajano en el siglo primero de la era cristiana. La independencia de que gozó bajo Juan Zápol-ya y sus sucesores hasta 1699 terminó con Leopoldo I, que lo anexionó a Austria. Pero, cualquiera que haya sido su constitución política, ha seguido siendo el hábitat común de diversas razas que conviven codo con codo sin fundirse: los valacos o rumanos, los húngaros, los gitanos, los szeklers de origen moldavo, y también los sajones, a quienes el tiempo y las circunstancias acabarán por «magiarizar» en beneficio de la unidad transilvana.

¿A qué tipo se emparentaba el pastor Frik? ¿Era un descendiente degenerado de los antiguos dacios? Habría sido difícil pronunciarse al respecto, viendo su cabellera en desorden, su cara tiznada, su barba en maleza, sus cejas espesas como dos cepillos de cerdas rojizas, sus ojos garzos, entre el verde y el azul, cuyo lagrimal húmedo estaba circunscrito por el círculo senil. Y es que tiene sesenta y cinco años —al menos hay motivo para creerlo—. Pero es alto, enjuto, erguido bajo su zamarra amarillenta menos peluda que su pecho, y un pintor no desdeñaría captar su silueta cuando, tocado con un sombrero de esparto, verdadero tapón de paja, se apoya en su cayado de pico de cuervo, tan inmóvil como una roca.

En el momento en que los rayos penetraban por la quiebra del oeste, Frik se volvió; luego, con la mano medio cerrada, se hizo a modo de catalejo —como habría hecho una bocina para hacerse oír a lo lejos— y miró muy atentamente.

En el claro del horizonte, a una buena milla, pero muy empequeñecidas por la distancia, se perfilaban las formas de un burgo. Aquel antiguo castillo ocupaba, sobre una loma aislada del puerto de Vulkan, la parte superior de una meseta llamada la meseta de Orgall. Bajo el juego de una luz deslumbrante, su relieve se recortaba crudamente, con esa nitidez que presentan las vistas estereoscópicas. Sin embargo, hacía falta que el ojo del pastor estuviera dotado de un gran poder de visión para distinguir algún detalle de aquella masa lejana.

De pronto lo vemos exclamar, sacudiendo la cabeza:

—¡Viejo burgo!... ¡Viejo burgo!... ¡De nada te sirve repantigarte sobre tu base!... Dentro de tres años habrás dejado de existir, pues tu haya ya no tiene más que tres ramas.

Aquella haya, plantada en el extremo de uno de los bastiones del burgo, se recortaba en negro sobre el fondo del cielo como un fino recorte de papel, y apenas habría sido visible para nadie que no fuera Frik a esa distancia. En cuanto a la explicación de estas palabras del pastor, provocadas por una leyenda relativa al castillo, se dará a su debido tiempo.

—¡Sí! —repitió—. Tres ramas... Ayer había cuatro, pero la cuarta ha caído esta noche... Solo queda el muñón... ya no cuento más que tres en la horquilla... ¡Solo tres, viejo burgo... solo tres!

Cuando se toma al pastor por su lado ideal, la imaginación gusta de hacer de él un ser soñador y contemplativo; conversa con los planetas; de parte con las estrellas; lee en el cielo. En realidad, suele ser una bestia ignorante y torpe. Y sin embargo, la credulidad popular le atribuye de buen grado el don de lo sobrenatural; posee maleficios; según su humor, conjura los hechizos o los lanza sobre las personas y los animales —lo que en este caso viene a ser lo mismo—; vende polvos simpáticos; se le compran filtros y fórmulas. ¿Acaso no llega a volver estériles los surcos, arrojándoles piedras encantadas, e infecundas a las ovejas con solo mirarlas con el ojo izquierdo? Estas supersticiones son de todos los tiempos y de todos los países. Incluso en medio de los campos más civilizados, no se pasa por delante de un pastor sin dirigirle alguna palabra amistosa, algún saludo significativo, llamándolo «pastor», título al que él tiene apego. Un toque de sombrero permite escapar a los malignos influjos, y en los caminos de Transilvania no se escatima este gesto más que en cualquier otro sitio.

A Frik se lo tenía por brujo, por evocador de apariciones fantásticas. Según unos, los vampiros y las estriges le obedecían; según otros, se lo encontraba, en el menguante de la luna, en las noches oscuras, como se ve en otras comarcas al gran Bisiesto, montado a horcajadas sobre la compuerta de los molinos, conversando con los lobos o soñando con las estrellas.

Frik dejaba que dijeran, sacando provecho de ello. Vendía hechizos y contrahechizos. Pero, cosa digna de notarse, él mismo era tan crédulo como su clientela, y si no creía en sus propios sortilegios, al menos daba crédito a las leyendas que corrían por el país.

No sorprenderá, pues, que hubiera sacado ese pronóstico relativo a la próxima desaparición del viejo burgo, puesto que el haya estaba reducida a tres ramas, ni que tuviera prisa por llevar la noticia a Werst.

Tras reunir su rebaño berreando a pleno pulmón por un largo cuerno de madera blanca, Frik reemprendió el camino del pueblo. Sus perros lo seguían hostigando a las reses —dos grifones bastardos, gruñones y feroces, que parecían más aptos para devorar a las ovejas que para guardarlas—. Había allí un centenar de carneros y ovejas, entre ellos una docena de primales de un año, y el resto animales de tres y cuatro años, es decir, de cuatro y seis dientes.

Aquel rebaño pertenecía al juez de Werst, el *biró* Koltz, quien pagaba al municipio un fuerte derecho de pastoreo y apreciaba mucho a su pastor Frik, sabiéndolo muy hábil en la esquila y muy entendido en el tratamiento de enfermedades: el muguet, la afilada, el vértigo, la duela, el encasque, la falera, la viruela, la pezuñera, la rabuza y otras afecciones de origen pecuario.

El rebaño avanzaba en masa compacta, con el carnero cencerrero delante y, junto a él, la oveja birana, haciendo tintinear sus esquilas en medio de los balidos.

Al salir del pasto, Frik tomó un ancho sendero que bordeaba vastos campos. Allí ondulaban las magníficas espigas de un trigo muy alto de tallo, de paja muy larga; allí se extendían algunas plantaciones de ese «*koukouroutz*», que es el maíz del país. El camino conducía al linde de un bosque de pinos y abetos, de sotobosque fresco y sombrío. Más abajo, el Sil paseaba su curso luminoso, filtrado por el guijarral del fondo, sobre el cual flotaban los troncos cortados por los aserraderos de aguas arriba.

Perros y ovejas se detuvieron en la orilla derecha del río y se pusieron a beber ávidamente al ras de la ribera, agitando la maraña de los juncos.

Werst no estaba ya a más de tres tiros de fusil, más allá de un espeso sauzal, formado de árboles francos y no de esos troncos desmochados y raquítricos que se enmarañan a pocos pies por encima de sus raíces. Aquel sauzal se extendía hasta las laderas del puerto de Vulkan, cuyo pueblo, que lleva ese nombre, ocupa un saliente en la vertiente meridional de los macizos del Plesa.

El campo estaba desierto a esa hora. Solo al caer la noche regresan a su hogar las gentes de labranza, y Frik no había podido, en el camino, intercambiar el saludo tradicional. Una vez saciada la sed de su rebaño, se disponía a internarse entre los repliegues del valle, cuando un hombre apareció en el recodo del Sil, a unos cincuenta pasos río abajo.

—¡Eh, amigo! —le gritó al pastor.

Era uno de esos buhoneros que recorren los mercados del comitat. Se los encuentra en las ciudades, en las villas, hasta en las aldeas más humildes. Hacerse entender no es cosa que los apure: hablan todas las lenguas. ¿Era este italiano, sajón o valaco? Nadie habría podido decirlo; pero era judío, judío polaco, alto, flaco, de nariz aguileña, barba en punta, frente abombada, ojos muy vivos.

Aquel buhonero vendía catalejos, termómetros, barómetros y relojitos. Lo que no iba encerrado en el fardo, sujeto a sus hombros con fuertes correas, le colgaba del cuello y del cinto: un auténtico buhonero de feria, algo así como un tenderete ambulante.

Probablemente aquel judío sentía el respeto, y tal vez el temor saludable, que inspiran los pastores. Por eso saludó a Frik con la mano. Luego, en esa lengua rumana, formada de latín y de eslavo, dijo con acento extranjero:

—¿Va todo a su gusto, amigo?

—Sí... según el tiempo —respondió Frik.

—Entonces hoy le va bien, porque hace bueno.

—Y mañana me irá mal, porque lloverá.

—¿Que lloverá? —exclamó el buhonero—. ¿Llueve, pues, sin nubes en su tierra?

—Las nubes vendrán esta noche... y de allá... del mal lado de la montaña.

—¿En qué lo nota?

—En la lana de mis ovejas, que está áspera y seca como cuero curtido.

—Entonces, mala suerte para los que anden por los caminos...

—Y buena para los que se hayan quedado a la puerta de su casa.

—Aún hace falta tener una casa, pastor.

—¿Tiene usted hijos? —dijo Frik.

—No.

—¿Está usted casado?

—No.

Y Frik preguntaba esto porque, en el país, es costumbre preguntárselo a quienes uno encuentra.

Luego, prosiguió:

—¿De dónde viene, buhonero?...

—De Hermanstadt.

Hermanstadt es una de las principales villas de Transilvania. Al dejarla atrás, se encuentra el valle del Sil húngaro, que desciende hasta la villa de Petroseny.

—¿Y adónde va?...

—A Kolosvar.

Para llegar a Kolosvar basta con remontar en dirección al valle del Maros; luego, por Karlsburg, siguiendo las primeras estribaciones de los montes de Bihar, se alcanza la capital del comitat. Un camino de una veintena de millas [Unos 150 kilómetros.] a lo sumo.

En verdad, estos vendedores de termómetros, barómetros y cacharritos evocan siempre la idea de seres aparte, de un aire un tanto hoffmannesco. Ello se debe a su oficio. Venden el tiempo bajo todas sus formas, el que transcurre, el que hace, el que hará, igual que otros buhoneros venden cestas, géneros de punto o telas de algodón. Se diría que son los viajeros de comercio de la casa Saturno y Compañía, con el rótulo del Reloj de Arena de Oro. Y sin duda ese fue el efecto que el judío produjo en Frik, quien miraba, no sin asombro, aquel muestrario de objetos nuevos para él, cuyo destino ignoraba.

—¡Eh, buhonero! —preguntó alargando el brazo—, ¿para qué sirve ese cachivache que le tintinea en el cinto como los huesos de un viejo ahorcado?

—Eso son cosas de valor —respondió el feriante—, cosas útiles para todo el mundo.

—¿Para todo el mundo? —exclamó Frik, guiñando el ojo—. ¿Hasta para los pastores?...

—Hasta para los pastores.

—¿Y ese armatoste?...

—Ese armatoste —respondió el judío, haciendo saltar un termómetro entre las manos— le dice si hace calor o si hace frío.

—¡Eh, amigo, eso ya lo sé de sobra, cuando sudo bajo mi zamarra o cuando tiritó bajo mi gabán!

Evidentemente, aquello debía de bastarle a un pastor que apenas se preocupaba de los porqués de la ciencia.

—¿Y ese cacharro con su aguja? —prosiguió, señalando un barómetro aneroide.

—No es ningún cacharro, es un instrumento que le dice si mañana hará bueno o si lloverá...

—¿De verdad?...

—De verdad.

—¡Bueno! —replicó Frik—, no lo querría ni aunque costase un kreutzer. Con solo ver las nubes arrastrarse por la montaña o correr por encima de los picos más altos, ¿acaso no sé yo el tiempo con veinticuatro horas de antelación? Mire, ¿ve esa neblina que parece brotar del suelo?... Pues bien, ya se lo he dicho, es agua para mañana.

En realidad, el pastor Frik, gran observador del tiempo, podía prescindir de un barómetro.

—¿No le preguntaré si necesita un reloj? —prosiguió el buhonero.

—¿Un reloj?... Tengo uno que anda solo y que se balancea sobre mi cabeza. Es el sol de ahí arriba. Mire, amigo, cuando se detiene sobre la punta del Rodük, es que es mediodía, y cuando mira a través del agujero de Egelt, es que son las seis. Mis ovejas lo saben tan bien como yo, y mis perros tan bien como mis ovejas. Guárdese, pues, sus cacharros.

—Vamos —respondió el buhonero—, ¡si no tuviera más clientes que los pastores, me costaría trabajo hacer fortuna! ¿Así que no necesita nada?...

—Ni siquiera nada.

Por lo demás, toda aquella mercancía barata era de fabricación muy mediocre: los barómetros no se ponían de acuerdo entre variable y buen tiempo fijo, las agujas de los relojes marcaban horas demasiado largas o minutos demasiado cortos; en fin, pura baratija. El pastor tal vez lo sospechaba, y no se sentía muy inclinado a hacer de comprador. Sin embargo, en el momento en que iba a coger de nuevo su cayado, he aquí que sacude una especie de tubo, colgado de la correa del buhonero, diciendo:

—¿Para qué sirve ese caño que lleva ahí?...

—Ese caño no es un caño.

—¿Es entonces un trabuco?

Y el pastor entendía por ello una especie de viejo pistolón de cañón acampanado.

—No —dijo el judío—, es un catalejo.

Era uno de esos catalejos corrientes, que aumentan los objetos cinco o seis veces, o los acercan otro tanto, lo que produce el mismo resultado.

Frik había desprendido el instrumento; lo miraba, lo manejaba, le daba vueltas de un extremo a otro, hacía deslizar los tubos uno sobre otro.

Luego, sacudiendo la cabeza:

—¿Un catalejo? —dijo.

—Sí, pastor, y de los buenos, que le alarga bonitamente la vista.

—¡Oh, yo tengo buena vista, amigo! Cuando el tiempo está claro, distingo las últimas rocas hasta la cumbre del Retyezat, y los últimos árboles en el fondo de los desfiladeros de Vulkan.

—¿Sin pestañear?...

—Sin pestañear. Es el rocío lo que me lo da, cuando duermo de la noche a la mañana al raso. Eso sí que limpia bien la pupila.

—¿Cómo, el rocío? —respondió el buhonero—. Más bien dejaría ciego...

— A los pastores no.

— ¡Sea! Pero si usted tiene buena vista, la mía es aún mejor cuando la pongo en la punta de mi catalejo.

— Eso habría que verlo.

— Véalo poniendo la suya...

— ¿Yo?...

— Pruebe.

— ¿No me costará nada? —preguntó Frik, muy desconfiado por naturaleza.

— Nada... a menos que se decida a comprarme el armatoste.

Bien tranquilo a este respecto, Frik tomó el catalejo, cuyos tubos ajustó el buhonero. Luego, tras cerrar el ojo izquierdo, aplicó el ocular a su ojo derecho.

Primero miró en dirección al puerto de Vulkan, remontando hacia el Ple-sa. Hecho esto, bajó el instrumento y lo apuntó hacia el pueblo de Werst.

— ¡Eh, eh! —dijo—, pues es verdad... Esto alcanza más lejos que mis ojos... Ahí está la calle mayor... reconozco a la gente... Anda, Nic Deck, el guarda forestal, que vuelve de su ronda, con la mochila a la espalda y el fusil al hombro...

— ¡Ya se lo decía yo! —observó el buhonero.

— Sí... sí... ¡es Nic, en efecto! —prosiguió el pastor—. ¿Y quién es esa moza que sale de la casa de maese Koltz, de falda roja y corpiño negro, como para salirle al paso?...

— Mire bien, pastor, reconocerá a la moza tan bien como al mozo...

— ¡Ah, sí!... ¡Es Miriota... la bella Miriota!... ¡Ah, los enamorados, los enamorados!... Esta vez no tienen más que aguantarse, porque yo los tengo en la punta de mi caño, y no me pierdo ni una de sus monerías...

— ¿Qué le parece mi maquinilla? —preguntó el buhonero.

— ¡Eh, eh!... ¡que hace ver de lejos!

Para que Frik no hubiese mirado nunca antes por un catalejo, era preciso que el pueblo de Werst mereciera figurar entre los más atrasados del comitat de Klausenburg. Y así era, como pronto se verá.

—Vamos, pastor —prosiguió el feriante—, apunte otra vez... y más lejos que Werst... El pueblo está demasiado cerca de nosotros. Apunte más allá, mucho más allá, ¡se lo digo yo!...

—¿Y no me costará más?...

—No, no más.

—¡Bueno!... ¡Busco por el lado del Sil húngaro! Sí... ahí está el campanario de Livadzel... lo reconozco por su cruz, que es manca de un brazo... Y, más allá, en el valle, entre los abetos, diviso el campanario de Petroseny, con su gallo de hojalata, que tiene el pico abierto, ¡como si fuera a llamar a sus pollitas!... Y allá, esa torre que apunta en medio de los árboles... Debe de ser la torre de Petrilla... Pero, ahora que caigo, buhonero, espere, ya que sigue siendo el mismo precio...

—El mismo, pastor.

Frik acababa de volverse hacia la meseta de Orgall; luego, con la punta del catalejo, seguía la cortina de los bosques sombríos en las laderas del Plesa, y el campo del objetivo encuadró la lejana silueta del burgo.

—¡Sí! —exclamó—, la cuarta rama está en tierra... ¡Bien que lo había visto!... Y nadie irá a recogerla para hacer con ella una hermosa hoguera de San Juan... No, nadie... ¡ni siquiera yo!... Sería jugarse el cuerpo y el alma... ¡Pero no se preocupen!... Hay alguien que sabrá muy bien meterla, esta noche, en medio de su fuego del infierno... ¡Es el Chort!

El Chort: así se llama al diablo cuando se lo invoca en las conversaciones del país.

Tal vez el judío iba a pedir la explicación de aquellas palabras incomprendibles para quien no fuera del pueblo de Werst o de sus alrededores, cuando Frik exclamó, con una voz en la que el espanto se mezclaba con la sorpresa:

—¿Qué es esa bruma que escapa de la torre del homenaje?... ¿Es una bruma?... ¡No!... Se diría una humareda... ¡No es posible!... Desde hace años y años, las chimeneas del burgo ya no humean...

—Si ve usted humo allá arriba, pastor, es que hay humo.

—No... buhonero, no. Es el cristal de su maquinilla, que se empaña.

—Límpielo.

—¿Y si lo limpiara?

Frik le dio la vuelta al catalejo y, tras frotar los cristales con la manga, se lo volvió a llevar al ojo.

Era, en efecto, una humareda que se desplegaba en lo alto de la torre del homenaje. Subía derecha en el aire tranquilo, y su penacho se confundía con las nubes altas.

Frik, inmóvil, ya no hablaba. Toda su atención se concentraba en el burgo, al que la sombra ascendente empezaba a ganar a la altura de la meseta de Orgall.

De pronto bajó el catalejo y, llevándose la mano al zurrón que le colgaba bajo la zamarra:

—¿Cuánto por su caño? —preguntó.

—Un florín y medio [Unos 3 francos 60.] —respondió el buhonero.

Y habría cedido su catalejo hasta por el precio de un florín, con solo que Frik hubiera manifestado intención de regatear. Pero el pastor no se inmutó. Visiblemente bajo el imperio de una estupefacción tan brusca como inexplicable, hundió la mano en el fondo de su zurrón y sacó el dinero.

—¿Es por su cuenta por lo que compra este catalejo? —preguntó el buhonero.

—No... para mi amo, el juez Koltz.

—Entonces él se lo reembolsará...

—Sí... los dos florines que me cuesta...

—¿Cómo... los dos florines?...

—¡Pues claro que sí!... Con esto, buenas noches, amigo.

—Buenas noches, pastor.

Y Frik, silbando a sus perros, arreando su rebaño, remontó rápidamente en dirección a Werst.

El judío, mirándolo alejarse, sacudió la cabeza, como si hubiera tenido que vérselas con un loco:

—Si lo hubiera sabido —murmuró—, se lo habría vendido más caro, ¡mi catalejo!

Luego, cuando hubo reajustado su muestrario en el cinto y en los hombros, tomó la dirección de Karlsburg, descendiendo de nuevo por la orilla derecha del Sil.

¿Adónde iba? Poco importa. No hace sino pasar por este relato. No se lo volverá a ver.

CAPÍTULO II

Ya se trate de rocas amontonadas por la naturaleza en las épocas geológicas, tras las últimas convulsiones del suelo, o de construcciones debidas a la mano del hombre, sobre las cuales ha pasado el soplo del tiempo, el aspecto es más o menos semejante cuando se las observa a algunas millas de distancia. Lo que es piedra bruta y lo que ha sido piedra labrada, todo eso se confunde fácilmente. De lejos, el mismo color, los mismos lineamientos, las mismas desviaciones de las líneas en la perspectiva, la misma uniformidad de tinte bajo la pátina grisácea de los siglos.

Así ocurría con el burgo, es decir, con el castillo de los Cárpatos. Reconocer sus formas indecisas en esa meseta de Orgall, que él corona a la izquierda del puerto de Vulkan, no habría sido posible. No se destaca en relieve sobre el fondo de las montañas. Lo que se está tentado de tomar por una torre del homenaje quizá no sea más que un otero pedregoso. Quien lo mira cree divisar las almenas de una cortina, donde tal vez no hay más que una cresta rocosa. Todo ese conjunto es vago, flotante, incierto. Así, a creer a diversos turistas, el castillo de los Cárpatos no existiría más que en la imaginación de la gente del comitat.

Evidentemente, el medio más sencillo de asegurarse de ello sería ajustar un precio con un guía de Vulkan o de Werst, remontar el desfiladero, escalar la loma, visitar el conjunto de aquellas construcciones. Solo que un guía es aún menos fácil de encontrar que el camino que lleva al burgo. En este país de los dos Sils, nadie consentiría en conducir a un viajero, y por ninguna remuneración, al castillo de los Cárpatos.

Sea como fuere, esto es lo que se habría podido divisar de aquella antigua morada en el campo de un catalejo más potente y mejor centrado que el ins-

trumento de pacotilla comprado por el pastor Frik por cuenta de maese Koltz:

A doscientos sesenta o doscientos noventa metros detrás del puerto de Vulkan, un recinto, color de arenisca, revestido de una maraña de plantas rupestres, que se redondea en un perímetro de setecientos ochenta a novecientos setenta y cinco metros, ciñéndose a los desniveles de la meseta; en cada extremo, dos bastiones de ángulo, de los cuales el de la derecha, sobre el que crecía la famosa haya, está coronado aún por una exigua garita o atalaya de techo puntiagudo; a la izquierda, algunos lienzos de muro apuntalados por contrafuertes calados, que sostienen el campanario de una capilla, cuya campana rajada se pone en movimiento con las fuertes ráfagas, para gran espanto de las gentes de la comarca; en el centro, en fin, coronado por su plataforma almenada, una pesada torre del homenaje, con tres hileras de ventanas emplomadas, cuyo primer piso está rodeado de una terraza circular; sobre la plataforma, una larga vara metálica, adornada con la veleta feudal, especie de banderola soldada por el orín, que una última racha de galerna había fijado hacia el sudeste.

En cuanto a lo que encerraba aquel recinto, roto en no pocos lugares, si existía en su interior algún edificio habitable, si un puente levadizo y una poterna permitían penetrar en él, se lo ignoraba desde hacía muchos años. En realidad, aunque el castillo de los Cárpatos estuviera mejor conservado de lo que aparentaba, un pavor contagioso, aunado a la superstición, lo protegía no menos de lo que antaño pudieron hacerlo sus basiliscos, sus catapultas, sus bombardas, sus culebrinas, sus lombardas y demás ingenios de artillería de los viejos siglos.

Y, sin embargo, el castillo de los Cárpatos habría merecido la pena de ser visitado por los turistas y los anticuarios. Su emplazamiento, en la cresta de la meseta de Orgall, es excepcionalmente hermoso. Desde la plataforma superior de la torre del homenaje, la vista se extiende hasta el límite extremo de las montañas. Atrás ondula la alta cordillera, tan caprichosamente ramificada, que marca la frontera de Valaquia. Delante se ahonda el sinuoso desfiladero de Vulkan, única ruta transitable entre las provincias limítrofes. Más allá del valle de los dos Sils, surgen las villas de Livadzel, de Lonyai, de Petroseny, de Petrilla, agrupadas en torno a la bocamina de los pozos que sirven para la explotación de esta rica cuenca hullera. Luego, en los últimos planos, hay un admirable cabalgamiento de lomas, boscosas en su base, ver-

deantes en sus flancos, áridas en sus cimas, dominadas por las cumbres abruptas del Retyezat y del Paring [El Retyezat se eleva a una altura de 2496 metros, y el Paring a una altura de 2414 metros sobre el nivel del mar.]. Por último, más allá del valle del Hatszeg y del curso del Maros, aparecen los perfiles lejanos, anegados de brumas, de los Alpes de la Transilvania central.

En el fondo de aquel embudo, la depresión del suelo formaba antaño un lago, en el que se sumían los dos Sils antes de haber hallado paso a través de la cordillera. Ahora, esta depresión no es más que un carbonaje, con sus inconvenientes y sus ventajas; las altas chimeneas de ladrillo se mezclan con las ramas de los álamos, los abetos y las hayas; los humos negruzcos vician el aire, antaño saturado del perfume de los árboles frutales y de las flores. Sin embargo, en la época en que transcurre esta historia, aunque la industria mantenga bajo su mano de hierro este distrito minero, no ha perdido nada del carácter salvaje que debe a la naturaleza.

El castillo de los Cárpatos data del siglo XII o del XIII. En aquel tiempo, bajo el dominio de los jefes o voivodas, monasterios, iglesias, palacios, castillos se fortificaban con tanto cuidado como las villas o las aldeas. Señores y campesinos tenían que resguardarse contra agresiones de toda especie. Este estado de cosas explica por qué la antigua cortina del burgo, sus bastiones y su torre del homenaje le dan el aspecto de una construcción feudal, dispuesta a la defensiva. ¿Qué arquitecto lo edificó en esta meseta, a esta altura? Se ignora, y aquel osado artista es desconocido, a menos que fuera el rumano Manoli, tan gloriosamente cantado en las leyendas valacas, y que construyó en Curtea de Argeş el célebre castillo de Rodolfo el Negro.

Que haya dudas sobre el arquitecto, no las hay ninguna sobre la familia que poseía este burgo. Los barones de Gortz eran señores del país desde tiempo inmemorial. Se vieron mezclados en todas esas guerras que ensangrentaron las provincias transilvanas; lucharon contra los húngaros, los sajones, los szeklers; su nombre figura en los «cantices», las «doinas», donde se perpetúa el recuerdo de aquellos periodos desastrosos; tenían por divisa el famoso proverbio valaco: Da pe maorte, «¡da hasta la muerte!», y dieron, derramaron su sangre por la causa de la independencia, esa sangre que les venía de los rumanos, sus antepasados.

Como se sabe, tantos esfuerzos, tanta abnegación, tantos sacrificios no han conseguido más que reducir a la más indigna opresión a los descendientes de aquella valerosa raza. Ya no tiene existencia política. Tres talones la han aplastado. Pero no desesperan de sacudirse el yugo, estos valacos de Transilvania. El porvenir les pertenece, y es con una confianza inquebrantable como repiten estas palabras, en las que se concentran todas sus aspiraciones: *Rôman on péré!* «¡el rumano no puede perecer!». Hacia mediados del siglo XIX, el último representante de los señores de Gortz era el barón Rodolphe.

Nacido en el castillo de los Cárpatos, había visto extinguirse a su familia a su alrededor durante los primeros tiempos de su juventud. A los veintidós años se encontró solo en el mundo. Todos los suyos habían caído año tras año, como aquellas ramas del haya secular a la que la superstición popular vinculaba la existencia misma del burgo. Sin padres, se puede incluso decir sin amigos, ¿qué haría el barón Rodolphe para ocupar el ocio de aquella monótona soledad que la muerte había hecho en torno a él? ¿Cuáles eran sus gustos, sus instintos, sus aptitudes? Apenas se le reconocía alguno, salvo una irresistible pasión por la música, sobre todo por el canto de los grandes artistas de aquella época. Desde entonces, abandonando el castillo, ya muy deteriorado, al cuidado de algunos viejos criados, un día desapareció. Y lo que se supo más tarde fue que consagraba su fortuna, bastante considerable, a recorrer los principales centros líricos de Europa, los teatros de Alemania, de Francia, de Italia, donde podía satisfacer sus insaciables fantasías de diletante. ¿Era un excéntrico, por no decir un maniático? La rareza de su existencia daba pie a creerlo.

Sin embargo, el recuerdo del país había quedado profundamente grabado en el corazón del joven barón de Gortz. No había olvidado la patria transilvana en el curso de sus lejanas peregrinaciones. Así, volvió a tomar parte en una de las sangrientas revueltas de los campesinos rumanos contra la opresión húngara.

Los descendientes de los antiguos dacios fueron vencidos, y su territorio recayó en suerte a los vencedores.

Fue a raíz de esta derrota cuando el barón Rodolphe abandonó definitivamente el castillo de los Cárpatos, del que ya algunas partes se venían abajo en ruinas. La muerte no tardó en privar al burgo de sus últimos criados, y

quedó totalmente abandonado. En cuanto al barón de Gortz, corrió el rumor de que se había unido patrióticamente al famoso Rosza Sandor, antiguo saltador de caminos, al que la guerra de la independencia había convertido en un héroe de drama. Por fortuna para él, tras el desenlace de la lucha, Rodolphe de Gortz se había separado de la banda de aquel comprometedor «betyar», y obró con prudencia, pues el antiguo bandido, vuelto de nuevo jefe de ladrones, acabó por caer en manos de la policía, que se contentó con encerrarlo en la prisión de Szamos-Uyvar.

No obstante, una versión fue generalmente admitida entre las gentes del comitat: a saber, que el barón Rodolphe había muerto en un encuentro de Rosza Sandor con los carabineros de la frontera. No había nada de eso, aunque el barón de Gortz no volvió a dejarse ver en el burgo desde entonces, y su muerte no ofrecía duda para nadie. Pero es prudente no aceptar sino con reservas los rumores de esta crédula población.

Castillo abandonado, castillo encantado, castillo con visiones. Las imaginaciones vivas y ardientes no tardaron en poblarlo de fantasmas; allí aparecen los aparecidos, allí vuelven los espíritus a las horas de la noche. Así siguen sucediendo las cosas en medio de ciertas comarcas supersticiosas de Europa, y Transilvania puede aspirar al primer rango entre ellas.

Por lo demás, ¿cómo habría podido este pueblo de Werst romper con las creencias en lo sobrenatural? El pope y el magíster, este encargado de la educación de los niños, aquel dirigiendo la religión de los fieles, enseñaban estas fábulas con tanta mayor franqueza cuanto que ellos mismos creían en ellas a pies juntillas. Afirmaban, «con pruebas al canto», que los hombres lobo recorren el campo, que los vampiros, llamados *stryges*, porque lanzan gritos de estriges, se abreven de sangre humana, que las «staffii» yerran por las ruinas y se vuelven malignas si se olvida llevarles cada noche de beber y de comer. Hay hadas, unas «babas», a las que hay que guardarse de encontrar el martes o el viernes, los dos peores días de la semana. ¡Aventúrense, pues, en las profundidades de esos bosques del comitat, bosques encantados donde se ocultan los «balaury», esos dragones gigantescos cuyas fauces se dilatan hasta las nubes, los «zmei» de alas desmesuradas, que raptan a las doncellas de sangre real e incluso a las de linaje más humilde, cuando son bonitas! He aquí, al parecer, buen número de monstruos temibles, y ¿cuál es el genio bueno que la imaginación popular les opone? Ninguno sino el «*serpi de casa*», la serpiente del hogar doméstico, que vive familiarmente en el

fondo del hogar, y cuyo influjo saludable compra el campesino alimentándola con su mejor leche.

Ahora bien, si alguna vez hubo un burgo dispuesto para servir de refugio a los huéspedes de esa mitología rumana, ¿no era acaso el castillo de los Cárpatos? En aquella meseta aislada, inaccesible salvo por la izquierda del puerto de Vulkan, no cabía duda de que albergaba dragones, hadas, *stryges*, y tal vez también algún aparecido de la familia de los barones de Gortz. De ahí una reputación de mala ley, muy justificada, según se decía. En cuanto a aventurarse a visitarlo, a nadie se le habría ocurrido. Difundía a su alrededor un pavor epidémico, como una marisma insalubre difunde miasmas pestilentes. El solo hecho de acercarse a un cuarto de milla habría sido arriesgar la vida en este mundo y la salvación en el otro. Esto se aprendía corrientemente en la escuela del magíster Hermod.

No obstante, este estado de cosas debía llegar a su fin en cuanto no quedara ya piedra sobre piedra de la antigua fortaleza de los barones de Gortz. Y es aquí donde intervenía la leyenda.

Según los notables más autorizados de Werst, la existencia del burgo estaba ligada a la del viejo haya, cuya ramazón hacía muecas sobre el bastión de ángulo, situado a la derecha de la cortina.

Desde la partida de Rodolphe de Gortz —las gentes del pueblo, y más particularmente el pastor Frik, lo habían observado—, aquella haya perdía cada año una de sus ramas maestras. Se le contaban dieciocho en la horquilla cuando el barón Rodolphe fue visto por última vez en la plataforma de la torre del homenaje, y el árbol ya no tenía más que tres por entonces. Ahora bien, cada rama caída era un año menos de existencia para el burgo. La caída de la última acarrearía su aniquilamiento definitivo. Y entonces, en la meseta de Orgall, se buscarían en vano los restos del castillo de los Cárpatos.

En realidad, aquello no era sino una de esas leyendas que nacen de buen grado en las imaginaciones rumanas. Y, ante todo, ¿se amputaba en verdad aquella vieja haya cada año una de sus ramas? Esto no estaba ni mucho menos probado, aunque Frik no vacilaba en afirmarlo, él, que no la perdía de vista mientras su rebaño pacía los pastos del Sil. No obstante, y aunque el testimonio de Frik no mereciera plena confianza, tanto para el último campesino como para el primer magistrado de Werst no cabía duda de que al

burgo no le quedaban más que tres años de vida, puesto que ya no se contaban más que tres ramas en el «haya tutelar».

El pastor se había, pues, dispuesto a reemprender el camino del pueblo para llevar allí esta gran noticia, cuando se produjo el incidente del catalejo.

¡Gran noticia, en efecto, muy grande! Ha aparecido una humareda en lo alto de la torre del homenaje... Lo que sus ojos no habrían podido percibir, Frik lo ha visto claramente con el instrumento del buhonero... No es un vapor, es una humareda que va a confundirse con las nubes... Y, sin embargo, el burgo está abandonado... Desde hace mucho tiempo nadie ha franqueado su poterna, sin duda cerrada, ni su puente levadizo, sin duda alzado. Si está habitado, no puede estarlo más que por seres sobrenaturales... Pero ¿con qué motivo habrían encendido fuego los espíritus en una de las estancias de la torre del homenaje?... ¿Es un fuego de aposento, es un fuego de cocina?... He aquí algo verdaderamente inexplicable.

Frik apremiaba a sus bestias hacia el establo. A su voz, los perros hostigaban al rebaño por el camino ascendente, cuyo polvo se asentaba con la humedad del atardecer.

Algunos campesinos, rezagados en las labores, lo saludaron al pasar, y apenas si respondió a su cortesía. De ahí una inquietud real, pues, si se quiere evitar los maleficios, no basta con dar los buenos días al pastor: hace falta además que él los devuelva. Pero Frik parecía poco dispuesto a ello, con sus ojos extraviados, su actitud singular, sus gestos desordenados. Aunque los lobos y los osos le hubieran arrebatado la mitad de sus ovejas, no habría estado más desencajado. ¿De qué mala noticia debía de ser portador?

El primero que se enteró fue el juez Koltz. Desde el momento en que lo divisó, Frik le gritó:

— ¡El fuego está en el burgo, nuestro amo!

— ¿Qué dices ahí, Frik?

— Digo lo que es.

— ¿Es que te has vuelto loco?

En efecto, ¿cómo podía un incendio prender en aquel viejo amontonamiento de piedras? Tanto valdría admitir que el Negoï, la cima más alta de los Cárpatos, estaba devorado por las llamas. No habría sido más absurdo.

—¿Afirmas, Frik, afirmas que el burgo arde? —repitió maese Koltz.

—Si no arde, humea.

—Será algún vapor...

—No, es una humareda... Venga a verlo.

Y ambos se dirigieron hacia la mitad de la calle mayor del pueblo, al borde de una terraza que dominaba las hondonadas del puerto, desde la cual se podía distinguir el castillo.

Una vez allí, Frik tendió el catalejo a maese Koltz. Evidentemente, el manejo de aquel instrumento no le era más conocido a él que a su pastor.

—¿Qué es esto? —dijo.

—Una maquinilla que le he comprado por dos florines, mi amo, ¡y que bien vale cuatro!

—¿A quién?

—A un buhonero.

—¿Y para qué sirve?

—Ajústesela al ojo, apunte de frente al burgo, mire, y verá.

El juez apuntó el catalejo en dirección al castillo y lo examinó largo rato.

¡Sí! Era una humareda la que se desprendía de una de las chimeneas de la torre del homenaje. En ese momento, desviada por la brisa, reptaba por el flanco de la montaña.

—¡Una humareda! —repitió maese Koltz, estupefacto.

Entre tanto, a él y a Frik se les habían unido Miriota y el guarda forestal Nic Deck, que habían regresado a casa hacía unos instantes.

—¿Para qué sirve esto? —preguntó el joven, tomando el catalejo.

—Para ver de lejos —respondió el pastor.

—¿Está usted bromeando, Frik?

—Bromeo tan poco, forestal, que hace apenas una hora he podido reconocerlo, mientras bajaba usted por el camino de Werst, usted y también...

No acabó la frase. Miriota se había ruborizado, bajando sus lindos ojos. Al fin y al cabo, sin embargo, no está prohibido a una muchacha honesta salir al encuentro de su prometido.

Ella y él, uno tras otro, tomaron el famoso catalejo y lo dirigieron hacia el burgo.

Entretanto, media docena de vecinos habían llegado a la terraza y, tras informarse del hecho, se sirvieron por turno del instrumento.

—¡Una humareda! ¡Una humareda en el burgo!... —dijo uno.

—¿Tal vez ha caído un rayo sobre la torre del homenaje? —observó otro.

—¿Ha tronado? —preguntó maese Koltz, dirigiéndose a Frik.

—Ni un solo trueno en ocho días —respondió el pastor.

Y aquella buena gente no habría quedado más aturdida si les hubieran dicho que acababa de abrirse una boca de cráter en la cumbre del Retyezat para dar salida a los vapores subterráneos.

CAPÍTULO III

El pueblo de Werst tiene tan poca importancia que la mayoría de los mapas ni siquiera señalan su situación. En el orden administrativo, se halla incluso por debajo de su vecino, llamado Vulkan, por el nombre de la porción de ese macizo del Plesa sobre el cual ambos están pintorescamente encaramados.

En la actualidad, la explotación de la cuenca minera ha dado un movimiento considerable de negocios a las villas de Petroseny, de Livadzel y otras, situadas a algunas millas de distancia. Ni Vulkan ni Werst han recogido la menor ventaja de esta proximidad a un gran centro industrial; lo que estos pueblos eran hace cincuenta años, lo que sin duda serán dentro de medio siglo, lo son ahora mismo; y, según Élisée Reclus, una buena mitad de la población de Vulkan no se compone «más que de empleados encargados de vigilar la frontera, aduaneros, gendarmes, agentes del fisco y enfermeros del lazareto». Suprímense los gendarmes y los agentes del fisco, añádase una proporción algo mayor de labradores, y se tendrá la población de Werst, es decir, de cuatrocientos a quinientos habitantes.

Es una calle, este pueblo, nada más que una ancha calle, cuyas pendientes bruscas hacen la subida y la bajada bastante penosas. Sirve de camino natural entre la frontera valaca y la frontera transilvana. Por allí pasan las manadas de bueyes, de ovejas y de cerdos, los mercaderes de carne fresca, de frutas y de cereales, los raros viajeros que se aventuran por el desfiladero, en lugar de tomar los ferrocarriles de Kolosvar y del valle del Maros.

Ciertamente, la naturaleza ha dotado con generosidad a la cuenca que se ahonda entre los montes de Bihar, el Retyezatz y el Paring. Rica por la fertilidad de su suelo, lo es también por toda la fortuna sepultada en sus entra-

ñas: minas de sal gema en Thorda, con un rendimiento anual de más de veinte mil toneladas; el monte Parajd, que mide siete kilómetros de circunferencia en su cúpula y está formado únicamente de cloruro de sodio; minas de Torotzko, que producen el plomo, la galena, el mercurio, y sobre todo el hierro, cuyos yacimientos se explotaban ya desde el siglo X; minas de Vayda Hunyad, cuyos minerales se transforman en acero de calidad superior; minas de hulla, fácilmente explotables en los primeros estratos de estos valles lacustres, en el distrito de Hatszeg, en Livadzel, en Petroseny, vasta bolsa de una capacidad estimada en doscientos cincuenta millones de toneladas; y, por último, minas de oro, en la villa de Ottenbanya, en Topanfalfa, la región de los buscadores de oro, donde miríadas de molinos de utillaje muy sencillo trabajan las arenas del Verès-Patak, «el Pactolo transilvano», y exportan cada año por valor de dos millones de francos del precioso metal.

He aquí, parecerá, un distrito muy favorecido por la naturaleza, y sin embargo esta riqueza apenas beneficia al bienestar de su población. En todo caso, si los centros más importantes, Torotzko, Petroseny, Lonyai, poseen algunas instalaciones acordes con el confort de la industria moderna, si estas villas tienen construcciones regulares, sometidas a la uniformidad de la escuadra y el cordel, cobertizos, almacenes, verdaderas ciudades obreras, si están dotadas de cierto número de viviendas con balcones y con verandas, eso es precisamente lo que no habría que buscar ni en el pueblo de Vulkan ni en el pueblo de Werst.

Bien contadas, una sesentena de casas, agazapadas irregularmente a lo largo de la única calle, tocadas de un tejado caprichoso cuya cumbrera desborda los muros de tapial, la fachada vuelta hacia el jardín, un desván con buhardilla a modo de piso, un granero desvencijado por anexo, un establo todo torcido, cubierto de bálago, aquí y allá un pozo coronado de una pértiga de la que pende un cubo, dos o tres charcas que «se escapan» durante las tormentas, arroyuelos cuyas rodadas tortuosas indican su curso: tal es este pueblo de Werst, edificado a ambos lados de la calle, entre los taludes oblicuos del puerto. Pero todo esto es fresco y atrayente; hay flores en las puertas y en las ventanas, cortinas de verdor que tapizan las tapias, hierbas desgredadas que se mezclan con el viejo oro de las bálagas, álamos, olmos, hayas, abetos, arces, que trepan por encima de las casas «tan alto como pueden trepar». Más allá, el escalonamiento de los estratos intermedios de la

cordillera, y, en el último plano, la cima extrema de los montes, azulada por la lejanía, se confunde con el azul del cielo.

No es el alemán ni el húngaro lo que se habla en Werst, como tampoco en toda esta porción de Transilvania: es el rumano, incluso entre algunas familias gitanas, establecidas más que acampadas en los diversos pueblos del comitat. Estos extranjeros toman la lengua del país como toman su religión. Los de Werst forman una especie de pequeño clan, bajo la autoridad de un voivoda, con sus cabañas, sus «barakas» de techo puntiagudo, sus legiones de niños, muy distintos por sus costumbres y la regularidad de su existencia de aquellos de sus congéneres que erran por toda Europa. Siguen incluso el rito griego, ajustándose a la religión de los cristianos en medio de los cuales se han instalado. En efecto, Werst tiene por jefe religioso a un pope, que reside en Vulkan y que atiende a los dos pueblos, separados tan solo por media milla.

La civilización es como el aire o el agua. Dondequiera que se le abre un paso —aunque no sea más que una fisura—, penetra y modifica las condiciones de un país. Por lo demás, hay que reconocerlo, ninguna fisura se había producido todavía a través de esta porción meridional de los Cárpatos. Puesto que Élisée Reclus pudo decir de Vulkan «que es el último puesto de la civilización en el valle del Sil valaco», no sorprenderá que Werst fuera uno de los pueblos más atrasados del comitat de Kolosvar. ¡Cómo podría ser de otro modo en esos lugares donde cada cual nace, crece y muere sin haberlos abandonado jamás!

Y sin embargo, se hará notar, ¿hay un maestro de escuela y un juez en Werst? Sí, sin duda. Pero el magíster Hermod no es capaz de enseñar más que lo que sabe, es decir, un poco a leer, un poco a escribir, un poco a contar. Su instrucción personal no va más allá. En materia de ciencia, de historia, de geografía, de literatura, no conoce más que los cantos populares y las leyendas del país circundante. En esto, su memoria lo sirve con rara abundancia. Es muy fuerte en materia de lo fantástico, y los pocos escolares del pueblo sacan gran provecho de sus lecciones.

En cuanto al juez, conviene aclarar el sentido de esta calificación dada al primer magistrado de Werst.

El *biró*, maese Koltz, era un hombrecillo de cincuenta y cinco a sesenta años, rumano de origen, de pelo corto y entrecano, el bigote todavía negro,

los ojos más dulces que vivos. Sólidamente constituido como un montañés, llevaba el ancho fieltro en la cabeza, el alto cinturón de hebilla historiada sobre el vientre, el chaleco sin mangas sobre el torso, el calzón corto y algo bombacho, metido en las altas botas de cuero. Más alcalde que juez, aunque sus funciones lo obligaran a intervenir en las múltiples desavenencias de vecino a vecino, se ocupaba sobre todo de administrar su pueblo autoritariamente, y no sin cierto provecho para su bolsa. En efecto, todas las transacciones, compras o ventas, estaban gravadas con un derecho en beneficio suyo, sin contar la tasa de peaje que los forasteros, turistas o traficantes, se apresuraban a verter en su bolsillo.

Esta situación lucrativa había granjeado a maese Koltz un cierto desahogo. Si la mayoría de los campesinos del comitat están roídos por la usura, que no tardará en convertir a los prestamistas israelitas en los verdaderos propietarios del suelo, el *biró* había sabido escapar a su rapacidad. Su hacienda, libre de hipotecas, de «intabulaciones», como se dice en esta comarca, no le debía nada a nadie. Antes habría prestado que pedido prestado, y ciertamente lo habría hecho sin desollar al pobre mundo. Poseía varios pastizales, buenos herbazales para sus rebaños, cultivos bastante bien atendidos, aunque reacio a los nuevos métodos, viñas que halagaban su vanidad cuando se paseaba a lo largo de las cepas cargadas de racimos, y cuya cosecha vendía con provecho, salvo, y en proporción notable, lo que requería su consumo particular.

Ni que decir tiene que la casa de maese Koltz es la casa más hermosa del pueblo, en el ángulo de la terraza que atraviesa la larga calle en cuesta. Una casa de piedra, nada menos, con su fachada en recodo hacia el jardín, su puerta entre la tercera y la cuarta ventana, los festones de verdor que ribe-tean el canalón con sus ramitas melenudas, las dos grandes hayas cuya horqueta se ramifica por encima de su tejado en flor. Detrás, un hermoso huerto alinea sus plantíos de hortalizas en damero, y sus hileras de árboles frutales que rebasan el talud del puerto. En el interior de la casa hay bellas estancias, muy limpias, unas para comer, otras para dormir, con sus muebles pintarrajeados, mesas, camas, bancos y escabeles, sus vasares donde brillan los cacharros y las fuentes, las vigas del techo a la vista, de las que cuelgan jarrones enlazados con cintas y telas de colores vivos, sus pesados arcones cubiertos de fundas y colchas, que sirven de baúles y de armarios; luego, en

las paredes blancas, los retratos vivamente coloreados de los patriotas rumanos, entre otros el popular héroe del siglo XV, el voivoda Vayda-Hunyad.

He aquí una encantadora vivienda, que habría resultado demasiado grande para un hombre solo. Pero maese Koltz no estaba solo. Viudo desde hacía una decena de años, tenía una hija, la bella Miriota, muy admirada desde Werst hasta Vulkan y aun más allá. Podría haberse llamado con uno de esos raros nombres paganos, Florica, Daïna, Dauritia, muy en boga en las familias valacas. ¡No! Se llamaba Miriota, es decir, «ovejita». Pero había crecido, la ovejita. Era ahora una graciosa muchacha de veinte años, rubia, de ojos castaños, de mirada muy dulce, de facciones encantadoras y de agradable talle. En verdad, había serias razones para que pareciera de lo más seductora, con su blusita bordada de hilo rojo en el cuello, en los puños y en los hombros, su falda ceñida por un cinturón de broches de plata, su «catrinza», doble delantal a rayas azules y rojas, anudado a la cintura, sus botitas de cuero amarillo, el ligero pañuelo echado sobre la cabeza, el ondear de sus largos cabellos, cuya trenza está adornada con una cinta o con una monedita de metal.

¡Sí! Una hermosa muchacha, Miriota Koltz, y —lo que no estropea nada— rica para este pueblo perdido en el fondo de los Cárpatos. ¿Buena ama de casa?... Sin duda, puesto que dirige inteligentemente la casa de su padre. ¿Instruida?... ¡Vaya! En la escuela del magíster Hermod ha aprendido a leer, a escribir, a contar; y calcula, escribe, lee correctamente, pero no se la ha llevado más lejos, y por buena razón. En cambio, no habría quien le enseñara nada en todo lo tocante a las fábulas y las sagas transilvanas. Sabe de ello tanto como su maestro. Conoce la leyenda de Leany-Kö, la Roca de la Virgen, donde una joven princesa algo fantástica escapa a la persecución de los tártaros; la leyenda de la gruta del Dragón, en el valle de la «Subida del Rey»; la leyenda de la fortaleza de Deva, que fue construida «en tiempos de las Hadas»; la leyenda de la Detunata, la «Herida del Trueno», esa célebre montaña basáltica, semejante a un gigantesco violín de piedra, del que toca el diablo durante las noches de tormenta; la leyenda del Retyezat, con su cima rasurada por una bruja; la leyenda del desfiladero de Thorda, que hendió de un gran tajo la espada de san Ladislao. Confesaremos que Miriota daba crédito a todas estas ficciones, pero no por ello dejaba de ser una muchacha encantadora y amable.

Muchos mozos del país la encontraban de su gusto, incluso sin recordar demasiado que era la única heredera del *biró*, maese Koltz, primer magistrado de Werst. Inútil cortejarla, por lo demás. ¿No estaba ya prometida a Nicolas Deck?

Un hermoso tipo de rumano, este Nicolás, o más bien Nic Deck: veinticinco años, elevada estatura, constitución vigorosa, cabeza llevada con orgullo, cabellera negra cubierta por el kolpak blanco, mirada franca, actitud desenvuelta bajo su chaqueta de piel de cordero bordada en las costuras, bien plantado sobre sus piernas finas, piernas de ciervo, un aire de resolución en su andar y en sus gestos. Era guarda forestal de oficio, es decir, casi tanto militar como civil. Como poseía algunos cultivos en los alrededores de Werst, agradaba al padre, y como se presentaba como un mozo simpático y de porte gallardo, no desagradaba en absoluto a la hija, a quien no habría convenido disputársela ni siquiera mirarla demasiado de cerca. Por lo demás, a nadie se le ocurría hacerlo.

La boda de Nic Deck y Miriota Koltz debía celebrarse —aún faltaban unos quince días— hacia mediados del mes siguiente. Con este motivo, el pueblo se pondría de fiesta. Maese Koltz haría las cosas como es debido. No era avaro. Si le gustaba ganar dinero, no se negaba a gastarlo llegado el caso. Luego, terminada la ceremonia, Nic Deck fijaría su domicilio en la casa familiar que había de corresponderle tras el *biró*, y cuando Miriota lo sintiera cerca de sí, tal vez ya no tendría miedo, al oír el gemido de una puerta o el crujido de un mueble durante las largas noches de invierno, de ver aparecer algún fantasma escapado de sus leyendas favoritas.

Para completar la lista de los notables de Werst, conviene citar aún a dos más, y no de los menos importantes: el magíster y el médico.

El magíster Hermod era un hombre grueso, con gafas, de cincuenta y cinco años, que llevaba siempre entre los dientes el tubo curvo de su pipa de cazoleta de porcelana, cabellos ralos y despeinados sobre un cráneo achata-do, rostro lampiño con un tic en la mejilla izquierda. Su gran ocupación consistía en tajar las plumas de sus alumnos, a quienes prohibía, por principio, el uso de plumas de acero. ¡Y cómo alargaba sus picos con su vieja navajita bien afilada! ¡Con qué precisión, y guiñando el ojo, daba el golpe final para cortar la punta! Ante todo, una hermosa letra: a eso tendían todos sus esfuerzos, a eso debía empujar a sus alumnos un maestro celoso de

cumplir su misión. La instrucción venía solo en segundo lugar, y ya se sabe lo que enseñaba el magíster Hermod, lo que aprendían las generaciones de muchachos y muchachas en los bancos de su escuela.

Y ahora, le toca el turno al médico Patak.

¿Cómo? ¿Había un médico en Werst, y el pueblo seguía todavía creyendo en las cosas sobrenaturales?

Sí, pero es necesario aclarar el título que se atribuía el médico Patak, como se ha hecho con el título que se atribuía el juez Koltz.

Patak, hombrecillo de vientre prominente, grueso y rechoncho, de cuarenta y cinco años, ejercía muy ostensiblemente la medicina corriente en Werst y sus alrededores. Con su aplomo imperturbable, su labia aturdidora, inspiraba no menos confianza que el pastor Frik, lo que no es poco decir. Vendía consultas y drogas, pero tan inofensivas que no empeoraban los males de sus clientes, que se habrían curado por sí solos. Por lo demás, en el puerto de Vulkan se goza de buena salud; el aire es allí de primera calidad, las enfermedades epidémicas son allí desconocidas, y si se muere, es porque hay que morir, incluso en este rincón privilegiado de Transilvania. En cuanto al doctor Patak — ¡sí, se decía «doctor»! —, aunque fuera aceptado como tal, no tenía instrucción alguna, ni en medicina, ni en farmacia, ni en nada. Era simplemente un antiguo enfermero del lazareto, cuyo cometido consistía en vigilar a los viajeros retenidos en la frontera para la patente de sanidad. Nada más. Eso, según parece, bastaba a la poco exigente población de Werst. Hay que añadir — lo que no habrá de sorprender — que el doctor Patak era un espíritu fuerte, como conviene a cualquiera que se ocupe de cuidar a sus semejantes. Así, no admitía ninguna de las supersticiones que corrían por la región de los Cárpatos, ni siquiera las que concernían al burgo. Se reía de ellas, bromeaba con ellas. Y cuando se decía delante de él que nadie había osado acercarse al castillo desde tiempo inmemorial:

— ¡No habría más que retarme a que fuera a hacerle una visita a su vieja casucha! — repetía a quien quisiera oírlo.

Pero, como no se lo retaba, como incluso se guardaban de retarlo, el doctor Patak no había ido, y, ayudada por la credulidad, el castillo de los Cárpatos seguía envuelto en un impenetrable misterio.

CAPÍTULO IV

En pocos minutos, la noticia traída por el pastor se había difundido por el pueblo. Maese Koltz, con el precioso catalejo en la mano, acababa de regresar a casa, seguido de Nic Deck y de Miriota. En ese momento, en la terraza ya no quedaba más que Frik, rodeado de una veintena de hombres, mujeres y niños, a los que se habían unido algunos gitanos, que no se mostraban los menos conmovidos de la población werstiana. Rodeaban a Frik, lo asediaban a preguntas, y el pastor respondía con esa soberbia importancia de un hombre que acaba de ver algo del todo extraordinario.

—¡Sí! —repetía—, el burgo humeaba, sigue humeando, y humeará mientras quede piedra sobre piedra.

—Pero ¿quién ha podido encender ese fuego? —preguntó una vieja, juntando las manos.

—El Chort —respondió Frik, dando al diablo el nombre que tiene en este país—, y ahí tenéis a un pícaro que entiende más de mantener los fuegos que de apagarlos.

Y, tras esta réplica, cada cual se puso a buscar la humareda en lo alto de la torre del homenaje. Al final, la mayoría afirmó distinguirla perfectamente, aunque fuese perfectamente invisible a esa distancia.

El efecto producido por este singular fenómeno superó cuanto pudiera imaginarse. Es necesario insistir en este punto. Que el lector tenga a bien situarse en una disposición de ánimo idéntica a la de las gentes de Werst, y ya no le sorprenderán los hechos que se relatarán más adelante. No le pido que crea en lo sobrenatural, sino que recuerde que aquella ignorante población creía en ello sin reserva alguna. Al recelo que inspiraba el castillo de los

Cárpatos, mientras pasaba por desierto, iba a sumarse en adelante el espanto, puesto que parecía habitado, ¡y por qué seres, Dios santo!

Había en Werst un lugar de reunión, frecuentado por los bebedores, y también estimado por aquellos que, sin beber, gustan de charlar de sus asuntos al acabar la jornada —estos últimos en número reducido, huelga decirlo—. Ese local, abierto a todos, era la principal, o mejor dicho, la única posada del pueblo.

¿Quién era el propietario de esta posada? Un judío llamado Jonas, hombre de bien de unos sesenta años, de fisonomía atrayente pero bien semita, con sus ojos negros, su nariz curva, su labio alargado, sus cabellos lacios y su perilla tradicional. Obsequioso y servicial, prestaba de buen grado pequeñas sumas a uno u otro, sin mostrarse exigente en cuanto a las garantías, ni demasiado usurero en cuanto a los intereses, aunque tenía a gala que se le pagara en las fechas acordadas por el prestatario. Plegue al Cielo que los judíos establecidos en el país transilvano sean siempre tan complacientes como el posadero de Werst.

Por desgracia, este excelente Jonas es una excepción. Sus correligionarios de culto, sus colegas de profesión —pues todos son taberneros, que venden bebidas y artículos de tienda—, practican el oficio de prestamista con una aspereza inquietante para el porvenir del campesino rumano. Se verá el suelo pasar poco a poco de la raza indígena a la raza extranjera. A falta de ser reembolsados de sus anticipos, los judíos se convertirán en propietarios de las hermosas tierras hipotecadas en su favor, y si la Tierra Prometida ya no está en Judea, tal vez figure algún día en los mapas de la geografía transilvana.

La posada del *Rey Matías* —así se llamaba— ocupaba uno de los ángulos de la terraza que atraviesa la calle mayor de Werst, en el lado opuesto a la casa del *biró*. Era un viejo caserón, mitad madera, mitad piedra, muy remendado en algunos lugares, pero ampliamente cubierto de verdor y de aspecto muy tentador. No constaba más que de una planta baja, con puerta acristalada que daba acceso a la terraza. Por dentro, se entraba primero en una gran sala, amueblada con mesas para los vasos y escabeles para los bebedores, un vasar de roble carcomido donde relucían las fuentes, los cántaros y las frasquitas, y un mostrador de madera ennegrecida, tras el cual Jonas se hallaba a disposición de su clientela.

He aquí ahora cómo recibía la luz esta sala: dos ventanas horadaban la fachada, sobre la terraza, y otras dos ventanas, en el lado opuesto, el muro del fondo. De estas dos últimas, una, velada por una espesa cortina de plantas trepadoras o colgantes que la obstruían por fuera, estaba condenada y apenas dejaba pasar un poco de claridad. La otra, cuando se la abría, permitía a la mirada maravillada extenderse sobre todo el valle inferior de Vulkan. A pocos metros por debajo del vano se desplegaban las aguas tumultuosas del torrente de Nyad. Por un lado, este torrente descendía las laderas del puerto, tras haber nacido en las alturas de la meseta de Orgall, coronada por las construcciones del burgo; por el otro, siempre abundantemente alimentado por los arroyos de la montaña, incluso durante la estación estival, se despeñaba rugiendo hacia el cauce del Sil valaco, que lo absorbía a su paso.

A la derecha, contiguas a la gran sala, media docena de pequeñas habitaciones bastaban para alojar a los raros viajeros que, antes de franquear la frontera, deseaban descansar en el *Rey Matías*. Tenían asegurada una buena acogida, a precios moderados, por parte de un tabernero atento y servicial, siempre bien surtido de buen tabaco que iba a buscar a los mejores «trafiks» de los alrededores. En cuanto a él, Jonas, tenía por dormitorio una estrecha buhardilla, cuya claraboya torcida, que horadaba el bálago en flor, daba a la terraza.

Fue en esta posada donde, esa misma noche del 29 de mayo, se reunieron los cabecillas de Werst: maese Koltz, el magíster Hermod, el guarda forestal Nic Deck, una docena de los principales habitantes del pueblo, y también el pastor Frik, que no era el menos importante de estos personajes. El doctor Patak faltaba a esta reunión de notables. Reclamado con toda urgencia por uno de sus viejos clientes, que solo esperaba su llegada para pasar al otro mundo, se había comprometido a acudir en cuanto sus cuidados ya no fueran indispensables para el difunto.

Mientras aguardaban al exenfermero, se hablaba del grave suceso del día, pero no se hablaba sin comer y sin beber. A unos, Jonas les ofrecía esa especie de papilla o torta de maíz, conocida con el nombre de «mamaliga», que no resulta nada desagradable cuando se la empapa en leche recién ordeñada. A otros, les servía más de un vasito de esos licores fuertes que corrían como agua pura por las gargantas rumanas, el aguardiente de «schnaps», que no cuesta ni medio sou el vaso, y más en particular el «rakiou», violento aguardiente de ciruelas, cuyo consumo es considerable en el país de los Cárpatos.

Hay que mencionar que el tabernero Jonas —era costumbre de la posada — solo servía «a plato puesto», es decir, a la gente sentada a la mesa, habiendo observado que los parroquianos sentados consumen más copiosamente que los parroquianos de pie. Pues bien, aquella noche, el negocio prometía marchar bien, ya que todos los escabeles estaban disputados por los clientes. Así, Jonas iba de mesa en mesa, jarra en mano, llenando los cubiletes que se vaciaban sin contar.

Eran las ocho y media de la noche. Se peroraba desde el anochecer, sin llegar a ponerse de acuerdo sobre lo que convenía hacer. Pero aquella buena gente coincidía en un punto: que si el castillo de los Cárpatos estaba habitado por desconocidos, se volvía tan peligroso para el pueblo de Werst como una santabárbara a la entrada de una ciudad.

—¡Es muy grave! —dijo entonces maese Koltz.

—¡Muy grave! —repitió el magíster entre dos bocanadas de su inseparable pipa.

—¡Muy grave! —repitió la concurrencia.

—Lo que es más que seguro —prosiguió Jonas— es que la mala fama del burgo ya perjudicaba mucho al país...

—¡Y ahora será bien distinto! —exclamó el magíster Hermod.

—Los forasteros ya venían pocas veces... —replicó maese Koltz, con un suspiro.

—Y, ahora, ¡ya no vendrán en absoluto! —añadió Jonas, suspirando al unísono con el *biró*.

—Ya son varios los vecinos que piensan en marcharse —observó uno de los bebedores.

—Yo, el primero —respondió un campesino de los alrededores—, y me iré en cuanto haya vendido mis viñas...

—¡Para las que se quedará usted sin compradores, buen hombre! —replicó el tabernero.

Se ve en qué punto se encontraba la conversación de aquellos dignos notables. A través de los terrores personales que les ocasionaba el castillo de los Cárpatos, asomaba el sentimiento de sus intereses tan lamentablemente

perjudicados. Sin viajeros, Jonas sufría en los ingresos de su posada. Sin forasteros, maese Koltz padecía en la percepción del peaje, cuya cifra bajaba gradualmente. Sin compradores para las tierras del puerto de Vulkan, los propietarios no lograban encontrar quien se las comprara, ni siquiera a vil precio. Esto duraba desde hacía años, y esta situación, muy perjudicial, amenazaba con agravarse aún más.

En efecto, si así eran las cosas cuando los espíritus del burgo se mantenían tranquilos, hasta el punto de no haberse dejado ver jamás, ¿qué sería ahora si manifestaban su presencia con actos materiales?

El pastor Frik creyó entonces oportuno decir, aunque con voz bastante titubeante:

— Tal vez habría que...

— ¿Qué? — preguntó maese Koltz.

— Ir a ver, mi amo.

Todos se miraron unos a otros, luego bajaron los ojos, y aquella pregunta quedó sin respuesta.

Fue Jonas quien, dirigiéndose a maese Koltz, tomó de nuevo la palabra.

— Su pastor — dijo con voz firme — acaba de indicar lo único que hay que hacer.

— ¿Ir al burgo?... — preguntó maese Koltz.

— Sí, mis buenos amigos — respondió el posadero —. Si una humareda escapa de la chimenea de la torre del homenaje, es que allí se hace fuego, y si se hace fuego, es que una mano lo ha encendido...

— Una mano... a menos que sea una garra — replicó el viejo campesino, sacudiendo la cabeza.

— Mano o garra — dijo el tabernero —, ¡poco importa! Hay que saber qué significa eso. Es la primera vez que escapa una humareda de una de las chimeneas del castillo desde que el barón Rodolphe de Gortz lo dejó...

— Podría ser, sin embargo, que ya hubiera habido humo antes sin que nadie se hubiera dado cuenta — sugirió maese Koltz.

— ¡Eso es algo que jamás admitiré! — se rebeló vivamente el magíster Hermod.

— Al contrario, es muy admisible — observó el *biró* —, puesto que no teníamos catalejo para comprobar lo que pasaba en el burgo.

La observación era acertada. El fenómeno podía haberse producido desde hacía tiempo, y haber escapado incluso al pastor Frik, por buenos que fuesen sus ojos.

Fuera como fuese, reciente o no dicho fenómeno, era indudable que unos seres humanos ocupaban actualmente el castillo de los Cárpatos. Ahora bien, este hecho constituía una vecindad de lo más inquietante para los habitantes de Vulkan y de Werst.

El magíster Hermod creyó oportuno aportar esta objeción en apoyo de sus creencias:

— ¿Seres humanos, amigos míos?... Me permitirán ustedes que no crea nada de eso. ¿Por qué habrían tenido unos seres humanos la idea de refugiarse en el burgo, con qué intención, y cómo habrían llegado hasta allí?...

— ¿Qué quiere usted entonces que sean, esos intrusos? — exclamó maese Koltz.

— Seres sobrenaturales — respondió el magíster Hermod con una voz que se imponía —. ¿Por qué no habrían de ser espíritus, tragos, duendes, tal vez incluso algunas de esas peligrosas lamias, que se presentan bajo la forma de hermosas mujeres?...

Durante esta enumeración, todas las miradas se habían dirigido hacia la puerta, hacia las ventanas, hacia la chimenea de la gran sala del *Rey Matías*. Y, en verdad, cada cual se preguntaba si no iba a ver aparecer a uno u otro de aquellos fantasmas, evocados sucesivamente por el maestro de escuela.

— Sin embargo, mis buenos amigos — se aventuró a decir Jonas —, si esos seres son genios, no me explico por qué habrían encendido fuego, puesto que no tienen nada que cocinar...

— ¿Y sus brujerías? — respondió el pastor —. ¿Olvida usted que hace falta fuego para las brujerías?

— ¡Evidentemente! — añadió el magíster con un tono que no admitía réplica.

Esta sentencia fue aceptada sin discusión, y, a juicio de todos, eran, sin lugar a dudas, seres sobrenaturales, y no seres humanos, quienes habían elegido el castillo de los Cárpatos como teatro de sus manejos.

Hasta entonces, Nic Deck no había tomado parte alguna en la conversación. El guarda forestal se contentaba con escuchar atentamente lo que decían unos y otros. El viejo burgo, con sus muros misteriosos, su antiguo origen, su aire feudal, siempre le había inspirado tanta curiosidad como respeto. E incluso, siendo muy valiente, aunque tan crédulo como cualquier habitante de Werst, había manifestado más de una vez el deseo de franquear su recinto.

Cabe imaginarlo, Miriota lo había disuadido obstinadamente de un proyecto tan aventurado. ¡Que tuviera esas ideas cuando era libre de obrar a su antojo, enhorabuena! Pero un prometido ya no se pertenece a sí mismo, y aventurarse en semejantes empresas habría sido obra de loco, o de indiferente. Y, sin embargo, a pesar de sus ruegos, la bella muchacha temía siempre que el guarda forestal pusiera su proyecto en ejecución. Lo que la tranquilizaba un poco era que Nic Deck no había declarado formalmente que iría al burgo, pues nadie habría tenido bastante ascendiente sobre él para retenerlo, ni siquiera ella. Lo sabía bien: era un mozo tenaz y resuelto, que nunca se echaba atrás de una palabra empeñada. Dicho y hecho. Así pues, Miriota habría estado en vilo si hubiera podido sospechar a qué reflexiones se abandonaba el joven en ese momento.

Sin embargo, como Nic Deck guardaba silencio, resultó que nadie recogió la propuesta del pastor. Visitar el castillo de los Cárpatos ahora que estaba embrujado, ¿quién se atrevería, a menos de haber perdido la cabeza?... Cada cual se descubriría, pues, las mejores razones para no hacer nada... El *biró* ya no tenía edad para arriesgarse por caminos tan ásperos... El magíster tenía su escuela que atender, Jonas, su posada que vigilar, Frik, sus ovejas que apacentar, los demás campesinos, sus reses y sus henos de que ocuparse.

¡No! Ni uno solo consentiría en sacrificarse, repitiendo para sus adentros:

— ¡Quien tuviera la audacia de ir al burgo bien podría no volver jamás!

En ese instante, la puerta de la posada se abrió bruscamente, para gran espanto de la concurrencia.

No era más que el doctor Patak, y habría sido difícil confundirlo con una de esas lamias encantadoras de las que había hablado el magíster Hermod.

Habiendo muerto su cliente —lo cual honraba su perspicacia médica, si no su talento—, el doctor Patak había acudido presuroso a la reunión del *Rey Matías*.

—¡Por fin, aquí está! —exclamó maese Koltz.

El doctor Patak se apresuró a repartir apretones de manos a todo el mundo, como habría repartido drogas, y, con un tono bastante irónico, exclamó:

—Vaya, amigos, ¡así que sigue siendo el burgo... el burgo del Chort lo que les preocupa!... ¡Ah, qué cobardes!... ¡Pero si el viejo castillo quiere humear, dejen que humee!... ¿Acaso nuestro sabio Hermod no fuma él también, y todo el santo día?... ¡De veras que el país está pálido de espanto!... ¡No he oído hablar de otra cosa en todas mis visitas!... ¿Que los aparecidos han encendido fuego allá arriba?... ¿Y por qué no, si están resfriados de la cabeza?... ¡Parece que hiela en el mes de mayo en las estancias de la torre del homenaje!... A menos que se ocupen de cocer pan para el otro mundo... ¡Bah! Habrá que alimentarse allá arriba, si es verdad que se resucita... Tal vez sean los panaderos del cielo, que han venido a hacer una hornada...

Y, para terminar, una serie de bromas, muy poco del gusto de las gentes de Werst, que el doctor Patak soltaba con una jactancia increíble.

Lo dejaron decir.

Y entonces el *biró* le preguntó:

—Así que, doctor, ¿no le da usted ninguna importancia a lo que pasa en el burgo?...

—Ninguna, maese Koltz.

—¿No ha dicho usted que estaría dispuesto a ir... si se lo retaran?...

—¿Yo?... —respondió el antiguo enfermero, no sin dejar traslucir cierto fastidio de que le recordaran sus palabras.

—Vamos... ¿No lo ha dicho y repetido? —insistió el magíster.

—Lo he dicho... sin duda... y, en verdad... si solo se trata de repetirlo...

—Se trata de hacerlo —dijo Hermod.

—¿De hacerlo?...

—Sí... y, en lugar de retarlo, nos contentamos con rogárselo —añadió maese Koltz.

—Comprendan ustedes... amigos míos... ciertamente... semejante propuesta...

—Pues bien, ya que vacila usted —exclamó el tabernero—, no se lo rogamus... ¡se lo retamos!

—¿Me retan?...

—Sí, doctor.

—Jonas, se pasa usted de la raya —repuso el *biró*—. No hay que retar a Patak... Sabemos que es hombre de palabra... Y lo que ha dicho que haría, lo hará... aunque solo sea por prestar un servicio al pueblo y a todo el país.

—¿Cómo, es en serio?... ¿Quieren que vaya al castillo de los Cárpatos? —repuso el doctor, cuyo rostro rubicundo se había vuelto muy pálido.

—No podría usted eximirse de ello —respondió categóricamente maese Koltz.

—Se lo ruego... mis buenos amigos... se lo ruego... ¡razonemos, por favor!...

—Ya está todo razonado —respondió Jonas.

—Sean justos... ¿De qué me serviría ir hasta allá... y qué encontraría?... alguna buena gente que se ha refugiado en el burgo... y que no molesta a nadie...

—Pues bien —replicó el magíster Hermod—, si son buena gente, no tiene usted nada que temer de su parte, y será ocasión de ofrecerles sus servicios.

—Si los necesitaran —respondió el doctor Patak—, si me hicieran llamar, no vacilaría... créanlo... en acudir al castillo. Pero no me desplazo sin ser invitado, y no hago mis visitas de balde...

—Se le pagará la molestia —dijo maese Koltz—, y a tanto la hora.

—¿Y quién me la pagará?...

—Yo... nosotros... ¡al precio que usted quiera! —respondieron la mayoría de los clientes de Jonas.

Visiblemente, a pesar de sus constantes fanfarronadas, el doctor era, cuando menos, tan cobarde como sus compatriotas de Werst. Así, tras haberse dado aires de espíritu fuerte, tras haberse burlado de las leyendas del país, se encontraba muy apurado para negarse al servicio que le pedían. Y, sin embargo, ir al castillo de los Cárpatos, aunque se le remunerara el desplazamiento, no podía convenirle en modo alguno. Trató, pues, de sacar argumento de que aquella visita no produciría resultado alguno, de que el pueblo se cubriría de ridículo delegándolo a él para explorar el burgo... Su argumentación no dio en el blanco.

—Vamos, doctor, me parece que usted no arriesga absolutamente nada —prosiguió el magíster Hermod—, puesto que no cree usted en los espíritus...

—No... no creo en ellos.

—Pues bien, si no son espíritus los que vuelven al castillo, son seres humanos los que se han instalado en él, y usted trabará conocimiento con ellos.

El razonamiento del magíster no carecía de lógica: era difícil de rebatir.

—De acuerdo, Hermod —respondió el doctor Patak—, pero podría quedar retenido en el burgo...

—Sería entonces que lo habrán recibido bien allí —replicó Jonas.

—Sin duda; sin embargo, si mi ausencia se prolongara, y si alguien me necesitara en el pueblo...

—Todos gozamos de una salud excelente —respondió maese Koltz—, y ya no queda un solo enfermo en Werst desde que su último cliente sacó billete para el otro mundo.

—Hable con franqueza... ¿Está usted decidido a partir? —preguntó el posadero.

— ¡A fe mía que no! —replicó el doctor—. ¡Oh, no es por miedo!... Bien saben ustedes que no doy crédito a todas esas brujerías... La verdad es que esto me parece absurdo, y, se lo repito, ridículo... Porque haya salido una humareda de la chimenea de la torre del homenaje... una humareda que tal vez no sea una humareda... ¡Decididamente no!... ¡No iré al castillo de los Cárpatos!

— ¡Iré yo!

Era el guarda forestal Nic Deck quien acababa de entrar en la conversación arrojando estas dos palabras.

— ¿Tú, Nic? —exclamó maese Koltz.

— Yo... pero con la condición de que Patak me acompañe.

Esto fue dirigido directamente al doctor, que dio un salto para zafarse.

— ¿Se te ha ocurrido, forestal? —replicó—. ¿Yo... acompañarte?... Ciertamente... sería un agradable paseo el que haríamos... los dos... si tuviera alguna utilidad... y si uno pudiera arriesgarse a ello... Vamos, Nic, bien sabes que ya ni siquiera hay camino para ir al burgo... No podríamos llegar.

— He dicho que iría al burgo —respondió Nic Deck—, y ya que lo he dicho, iré.

— ¡Pero yo... yo no lo he dicho! —exclamó el doctor, debatiéndose como si alguien lo hubiera agarrado por el cuello.

— Sí... usted lo ha dicho... —replicó Jonas.

— ¡Sí!... ¡Sí! —respondió a una sola voz la concurrencia.

El antiguo enfermero, acosado por unos y otros, no sabía cómo escapar de ellos. ¡Ah, cuánto lamentaba haberse comprometido tan imprudentemente con sus fanfarronadas! Jamás habría imaginado que se las tomarían en serio, ni que lo pondrían en la obligación de pagar de su persona... Ahora ya no le era posible escabullirse sin convertirse en el hazmerreír de Werst, y todo el país de Vulkan lo habría escarnecido sin piedad. Se decidió, pues, a poner al mal tiempo buena cara.

— Vamos... ya que ustedes lo quieren —dijo—, acompañaré a Nic Deck, ¡aunque sea inútil!

—¡Bien, doctor Patak, bien! —exclamaron todos los bebedores del *Rey Matías*.

—¿Y cuándo partiremos, forestal? —preguntó el doctor Patak, afectando un tono de indiferencia que disimulaba mal su cobardía.

—Mañana, por la mañana —respondió Nic Deck.

Estas últimas palabras fueron seguidas de un silencio bastante largo.

Esto indicaba hasta qué punto era real la emoción de maese Koltz y de los demás. Los vasos se habían vaciado, y también las jarras, y, sin embargo, nadie se levantaba, nadie pensaba en abandonar la gran sala, aunque fuera tarde, ni en regresar a su casa. Así que Jonas pensó que la ocasión era propicia para servir otra ronda de schnaps y de rakiou...

De pronto, una voz se dejó oír bastante distintamente en medio del silencio general, y he aquí las palabras que fueron pronunciadas lentamente:

—*¡Nicolas Deck, no vayas mañana al burgo!... ¡No vayas!... ¡o te ocurrirá una desgracia!*

¿Quién se había expresado de aquel modo?... ¿De dónde venía aquella voz que nadie conocía y que parecía salir de una boca invisible?... No podía ser sino una voz de aparecido, una voz sobrenatural, una voz del otro mundo...

El espanto llegó al colmo. Nadie osaba mirarse, nadie osaba pronunciar palabra...

El más valiente —era evidentemente Nic Deck— quiso entonces salir de dudas. Era cierto que había sido en la misma sala donde se habían articulado aquellas palabras. Y, ante todo, el guarda forestal tuvo el valor de acercarse al arcón y abrirlo...

Nadie.

Fue a inspeccionar las habitaciones de la planta baja, que daban a la sala...

Nadie.

Empujó la puerta de la posada, avanzó hacia fuera, recorrió la terraza hasta la calle mayor de Werst...

Nadie.

Unos instantes después, maese Koltz, el magíster Hermod, el doctor Patak, Nic Deck, el pastor Frik y los demás habían abandonado la posada, dejando al tabernero Jonas, que se apresuró a cerrar su puerta con doble vuelta de llave.

Aquella noche, como si hubieran estado amenazados por una aparición fantástica, los habitantes de Werst se atrincheraron sólidamente en sus casas...

El terror reinaba en el pueblo.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, Nic Deck y el doctor Patak se disponían a partir hacia las nueve de la mañana. La intención del guarda forestal era remontar el puerto de Vulkan dirigiéndose por el camino más corto hacia el sospechoso burgo.

Después del fenómeno del humo de la torre del homenaje, después del fenómeno de la voz oída en la sala de la posada del *Rey Matías*, no ha de extrañar que toda la población estuviera como enloquecida. Algunos gitanos hablaban ya de abandonar el país. En las familias no se hablaba de otra cosa —y aún en voz baja. Pongan en duda, si se atreven, que hubiera algo del diablo, «del Chort», en aquella frase tan amenazadora para el joven guarda forestal. Allí estaban, en la posada de Jonas, una quincena de vecinos, y de los más dignos de crédito, que habían oído aquellas extrañas palabras. Pretender que habían sido víctimas de alguna ilusión de los sentidos resultaba insostenible. No cabía duda al respecto: Nic Deck había sido advertido nominalmente de que le sucedería una desgracia si se obstinaba en su proyecto de explorar el castillo de los Cárpatos.

Y, sin embargo, el joven guarda forestal se disponía a abandonar Werst, y sin que nadie le obligara a ello. En efecto, por mucho provecho que maese Koltz tuviera en esclarecer el misterio del burgo, por mucho interés que el pueblo tuviera en saber lo que allí ocurría, se habían hecho gestiones apremiantes para conseguir que Nic Deck se retractara de su palabra. Llorosa, desesperada, sus hermosos ojos anegados en lágrimas, Miriota le había suplicado que no se obstinara en aquella aventura. Antes del aviso dado por la voz, la cosa ya era grave. Después del aviso, era una insensatez. Y, en vísperas de su boda, resultaba que Nic Deck quería arriesgar la vida en semejante intento, ¡y su prometida, que se arrastraba a sus rodillas, no lograba retenerlo!...

Ni las reconvenciones de sus amigos ni el llanto de Miriota habían logrado hacer mella en el guarda forestal. Por lo demás, a nadie sorprendió. Se conocía su carácter indomable, su tenacidad, digamos su terquedad. Había dicho que iría al castillo de los Cárpatos, y nada podría impedirselo, ni siquiera aquella amenaza que se le había dirigido directamente. ¡Sí! Iría al burgo, aunque no volviera jamás.

Cuando llegó la hora de partir, Nic Deck estrechó una última vez a Miriota contra su corazón, mientras la pobre muchacha se santiguaba con el pulgar, el índice y el corazón, según esa costumbre rumana que es un homenaje a la Santísima Trinidad.

¿Y el doctor Patak?... Pues bien, el doctor Patak, puesto en la obligación de acompañar al guarda forestal, había intentado escabullirse, pero sin éxito. ¡Todo lo que se podía decir, lo había dicho!... ¡Todas las objeciones imaginables, las había hecho!... Se había atrincherado tras aquella intimación tan formal de no ir al castillo, que había sido oída con toda claridad.

—Esta amenaza solo me concierne a mí —se limitó a responderle Nic Deck.

—Y si te sucediera una desgracia, forestal —respondió el doctor Patak—, ¿saldría yo indemne?

—Desgracia o no, usted prometió venir conmigo al castillo, y vendrá, puesto que yo voy.

Comprendiendo que nada le impediría cumplir su promesa, las gentes de Werst habían dado la razón al guarda forestal en este punto. Más valía que Nic Deck no se aventurase solo en esa empresa. Así pues, el doctor, muy contrariado, sintiendo que ya no podía echarse atrás, que ello habría comprometido su posición en el pueblo, que se habría visto deshonrado después de sus habituales fanfarronadas, se resignó, el alma llena de espanto. Por lo demás, estaba bien decidido a aprovechar el menor obstáculo del camino que se presentase para obligar a su compañero a desandar sus pasos.

Nic Deck y el doctor Patak partieron, pues, y maese Koltz, el magíster Hermod, Frik y Jonas los acompañaron hasta el recodo de la carretera, donde se detuvieron.

Desde allí, maese Koltz enfocó una vez más su catalejo —que ya no se separaba de él— en dirección al burgo. Ningún humo se dejaba ver en la

chimenea de la torre del homenaje, y habría sido fácil advertirlo en un horizonte tan puro, en aquella hermosa mañana de primavera. ¿Debía deducirse de ello que los huéspedes, naturales o sobrenaturales, del castillo habían huido al ver que el guarda forestal no hacía caso de sus amenazas? Algunos lo pensaron, y esa era razón decisiva para llevar el asunto hasta darle cumplida satisfacción.

Se estrecharon las manos, y Nic Deck, arrastrando al doctor consigo, desapareció en el recodo del puerto.

El joven guarda forestal iba de uniforme de ronda: gorra galoneada de ancha visera, chaqueta con cinturón y machete envainado, pantalón bombacho, botas herradas, cartuchera a los riñones, el largo fusil al hombro. Tenía merecida fama de tirador muy diestro, y, como a falta de aparecidos podía uno toparse con esos merodeadores que rondan las fronteras, o, a falta de merodeadores, con algún oso mal dispuesto, no era sino prudente ir en condiciones de defenderse.

En cuanto al doctor, había creído prudente armarse de una vieja pistola de piedra, que fallaba tres tiros de cada cinco. Llevaba también una hachuela que su compañero le había entregado para el caso probable de que fuera necesario abrirse paso a través de los espesos matorrales del Plesa. Tocado con el ancho sombrero de los campesinos, abotonado bajo su gruesa capa de viaje, calzaba botas de recia herradura, y no era, no obstante, ese pesado atalaje lo que le impediría escabullirse si se presentaba la ocasión.

Nic Deck y él se habían provisto asimismo de algunas vituallas guardadas en su morral, para poder, en caso de necesidad, prolongar la exploración.

Después de pasar el recodo del camino, Nic Deck y el doctor Patak anduvieron varios cientos de pasos a lo largo del Nyad, remontando su orilla derecha. Seguir el camino que discurre a través de las cañadas del macizo los habría desviado demasiado hacia el oeste. Habría sido más ventajoso poder seguir bordeando el lecho del torrente, lo que habría reducido la distancia en un tercio, pues el Nyad nace entre los repliegues de la meseta de Orgall. Pero, transitable al principio, la orilla, profundamente socavada y cortada por altas rocas, dejaba de ofrecer paso incluso a los peatones. Era necesario, por tanto, cortar oblicuamente hacia la izquierda, a reserva de volver hacia

el castillo en cuanto hubiesen franqueado la zona inferior de los bosques del Plesa.

Era, por lo demás, el único lado por el que el burgo resultaba accesible. En la época en que lo habitaba el barón Rodolphe de Gortz, la comunicación entre el pueblo de Werst, el puerto de Vulkan y el valle del Sil valaco se hacía por una estrecha trocha abierta siguiendo esa dirección. Pero, abandonada desde hacía veinte años a las invasiones de la vegetación, obstruida por la inextricable maraña de la maleza, en vano se habría buscado en ella el rastro de una senda o de un recodo.

En el momento de abandonar el cauce profundamente encajonado del Nyad, que llenaba un agua rugiente, Nic Deck se detuvo para orientarse. El castillo ya no era visible. No volvería a serlo hasta más allá de la cortina de bosques escalonados sobre las bajas estribaciones de la montaña, disposición común a todo el sistema orográfico de los Cárpatos. La orientación resultaba, pues, difícil de determinar, a falta de puntos de referencia. Solo podía establecerse por la posición del sol, cuyos rayos rozaban entonces las lejanas crestas hacia el sudeste.

— Ya lo ves, forestal — dijo el doctor —, ¡ya lo ves!... No hay ni siquiera camino... o mejor dicho, ya no lo hay.

— Lo habrá — respondió Nic Deck.

— Fácil es decirlo, Nic...

— Y fácil de hacer, Patak.

— Entonces, ¿sigues decidido?...

El guarda forestal se limitó a responder con un gesto afirmativo y tomó camino a través de los árboles.

En aquel momento, el doctor sintió unas terribles ganas de dar media vuelta; pero su compañero, que acababa de volverse, le lanzó una mirada tan resuelta que el poltrón no juzgó oportuno quedarse rezagado.

Al doctor Patak aún le quedaba una última esperanza: que Nic Deck no tardara en extraviarse en medio del laberinto de aquellos bosques, adonde su oficio nunca lo había llevado. Pero no contaba con aquel olfato maravilloso, aquel instinto profesional, aquella aptitud «animal», por así decirlo, que permite orientarse por los indicios más leves: la proyección de las ra-

mas en tal o cual dirección, el desnivel del suelo, el matiz de las cortezas, el tono variable de los musgos según estuvieran expuestos a los vientos del sur o del norte. Nic Deck era demasiado hábil en su oficio, lo ejercía con una sagacidad demasiado superior, para perderse jamás, incluso en parajes desconocidos para él. Habría sido digno rival de un Ojo de Halcón o de un Chingachgook en el país de Cooper.

Y, sin embargo, la travesía de aquella zona de árboles iba a ofrecer dificultades reales. Olmos, hayas, algunos de esos arces que se llaman «falsos plátanos», soberbios robles, ocupaban los primeros planos hasta la franja de los abedules, los pinos y los abetos, agrupados en las lomas superiores a la izquierda del puerto. Magníficos, aquellos árboles, con sus troncos poderosos, sus ramas cálidas de savia nueva, su follaje espeso, entremezclándose unos con otros para formar una cima de verdor que los rayos del sol no lograban atravesar.

Sin embargo, el paso habría sido relativamente fácil agachándose bajo las ramas bajas. Pero ¡qué obstáculos había en la superficie del suelo, y qué trabajo habría costado desbrozarlo, librarlo de las ortigas y las zarzas, resguardarse de esos miles de astillas que arranca el más ligero roce! Nic Deck no era hombre que se preocupara por ello, por lo demás, y, con tal de poder avanzar a través del bosque, no le importaban mucho unos cuantos arañazos. La marcha, es cierto, no podía ser sino muy lenta en tales condiciones —aggravante enojosa, pues a Nic Deck y al doctor Patak les interesaba alcanzar el burgo por la tarde. Aún habría luz suficiente para poder visitarlo, lo que les permitiría estar de vuelta en Werst antes de la noche.

Así pues, hachuela en mano, el guarda forestal se afanaba por abrirse paso en medio de aquellos espesos pinares, erizados de bayonetas vegetales, donde el pie topaba con un terreno desigual, escabroso, abultado de raíces o de tocones contra los que tropezaba, cuando no se hundía en una húmeda capa de hojas muertas que el viento jamás había barrido. Miríadas de vainas estallaban como guisantes fulminantes, para gran espanto del doctor, que se sobresaltaba con aquel tableteo, mirando a derecha e izquierda, volviéndose despavorido cada vez que algún sarmiento se enganchaba a su chaqueta, como una garra que quisiera retenerlo. ¡No, no estaba tranquilo, el pobre hombre! Pero, ahora, no se habría atrevido a volver atrás solo, y se esforzaba por no dejarse distanciar por su intratable compañero.

A veces, en el bosque aparecían caprichosos claros. Un chaparrón de luz penetraba en ellos. Parejas de cigüeñas negras, turbadas en su soledad, escapaban de las altas ramas y volaban a grandes aletazos. La travesía de aquellos claros hacía la marcha aún más fatigosa. Allí, en efecto, se habían amontonado, como un enorme juego de palillos, los árboles derribados por la tormenta o caídos de vejez, como si el hacha del leñador les hubiese dado el golpe de gracia. Allí yacían enormes troncos, carcomidos de podredumbre, que ningún acarreo llevaría jamás hasta el lecho del Sil valaco. Ante estos obstáculos, arduos de franquear, a veces imposibles de rodear, Nic Deck y su compañero tenían mucho que hacer. Si el joven guarda forestal, ágil, ligero, vigoroso, lograba salir del paso, el doctor Patak, con sus piernas cortas, su vientre abultado, jadeante, sin resuello, no podía evitar las caídas, que obligaban a acudir en su ayuda.

— Ya verás, Nic, que acabaré por romperme algún miembro —repetía.

— Usted se lo recompondrá.

— Vamos, forestal, sé razonable... ¡No hay que empeñarse contra lo imposible!

¡Bah! Nic Deck iba ya adelante, y el doctor, sin obtener nada, se apresuraba a alcanzarlo.

¿Era en verdad la dirección seguida hasta entonces la más conveniente para llegar frente al burgo? Habría sido difícil saberlo con certeza. Sin embargo, como el suelo no cesaba de ascender, cabía suponer que se elevaban hacia el lindero del bosque, que se alcanzó a las tres de la tarde.

Más allá, hasta la meseta de Orgall, se extendía la cortina de árboles verdes, cada vez más ralos a medida que la vertiente del macizo ganaba altura.

En aquel paraje, el Nyad reaparecía entre las rocas, ya fuese porque se hubiera desviado hacia el noroeste, ya porque Nic Deck se hubiera acercado a él. Esto dio al joven guarda forestal la certeza de que había seguido buen rumbo, puesto que el arroyo parecía brotar de las entrañas de la meseta de Orgall.

Nic Deck no pudo negar al doctor una hora de descanso a orillas del torrente. Por lo demás, el estómago reclamaba lo suyo tan imperiosamente como las piernas. Los morrales iban bien provistos, el rakious llenaba la calabaza del doctor y la de Nic Deck. Además, un agua límpida y fresca, fil-

trada entre los guijarros del fondo, corría a pocos pasos. ¿Qué más se podía desear? Se había gastado mucho, había que reponer el gasto.

Desde su partida, el doctor apenas había tenido ocasión de conversar con Nic Deck, que siempre iba delante. Pero se desquitó en cuanto estuvieron sentados los dos en la orilla del Nyad. Si uno era poco hablador, el otro era muy dado a la palabrería. Dado esto, no ha de extrañar que las preguntas fuesen muy prolijas y las respuestas muy breves.

—Hablemos un poco, forestal, y hablemos en serio —dijo el doctor.

—Le escucho —respondió Nic Deck.

—Pienso que si hemos hecho un alto en este lugar, es para recobrar fuerzas.

—Nada más justo.

—Antes de volver a Werst...

—No... antes de ir al burgo.

—Vamos a ver, Nic, llevamos seis horas caminando, y apenas si estamos a mitad de camino...

—Lo cual demuestra que no tenemos tiempo que perder.

—Pero será de noche cuando lleguemos frente al castillo, y como imagino, forestal, que no serás tan loco como para arriesgarte sin ver claro, habrá que esperar al día...

—Lo esperaremos.

—¿Así que no quieres renunciar a ese proyecto, que no tiene sentido común?...

—No.

—¡Cómo! Aquí nos tienes extenuados, necesitados de una buena mesa en una buena sala, y de una buena cama en una buena habitación, ¿y tú piensas pasar la noche al raso?...

—Sí, si algún obstáculo nos impide franquear el recinto del castillo.

—¿Y si no hay obstáculo?...

—Iremos a dormir a las habitaciones de la torre del homenaje.

— ¡Las habitaciones de la torre del homenaje! — exclamó el doctor Patak —. ¿Crees, forestal, que voy a consentir en quedarme toda una noche dentro de ese maldito burgo?...

— Sin duda, a menos que prefiera quedarse solo fuera.

— ¡Solo, forestal!... No es eso lo convenido, y si hemos de separarnos, prefiero mil veces que sea aquí mismo, para volver al pueblo.

— Lo convenido, doctor Patak, es que usted me seguirá adondequiera que yo vaya...

— ¡De día, sí!... ¡De noche, no!

— Pues bien, es usted libre de marcharse, y procure no extraviarse bajo la espesura.

Extraviarse, eso era precisamente lo que preocupaba al doctor. Abandonado a sí mismo, sin la costumbre de aquellos interminables rodeos a través de los bosques del Plesa, se sentía incapaz de encontrar de nuevo el camino de Werst. Además, estar solo, cuando hubiese caído la noche — una noche acaso muy oscura —, descender las laderas del puerto con el riesgo de caer al fondo de un barranco, no era cosa que le complaciera. Ya que no había de escalar la cortina cuando el sol se hubiese puesto, si el guarda forestal se obstinaba en ello, más valía seguirlo hasta el pie del recinto. Pero el doctor quiso intentar un último esfuerzo para detener a su compañero.

— Bien sabes, querido Nic — prosiguió —, que jamás consentiré en separarme de ti... Ya que persistes en dirigirte al castillo, no te dejaré ir solo.

— Bien dicho, doctor Patak, y creo que debería usted quedarse ahí.

— No... una palabra más, Nic. Si es de noche cuando lleguemos, prométeme que no intentarás penetrar en el burgo...

— Lo que le prometo, doctor, es hacer lo imposible por penetrar en él, es no retroceder ni un paso mientras no haya descubierto lo que allí ocurre.

— ¡Lo que allí ocurre, forestal! — exclamó el doctor Patak encogiéndose de hombros —. Pero ¿qué quieres que ocurra?...

— No lo sé, y como estoy decidido a saberlo, lo sabré...

—Aun así, habrá que poder llegar a ese castillo del diablo —replicó el doctor, que ya no sabía qué argumentos esgrimir—. Ahora bien, a juzgar por las dificultades que hemos tenido hasta aquí, y por el tiempo que nos ha costado atravesar los bosques del Plesa, el día se acabará antes de que estemos a la vista...

—No lo creo —respondió Nic Deck—. En las alturas del macizo, los pinares están menos enmarañados que estos sotos de olmos, arces y hayas.

—¡Pero el terreno será duro de subir!

—¿Qué importa, si no es impracticable?

—Pero me han dicho que se encuentran osos por los alrededores de la meseta de Orgall.

—Yo tengo mi fusil, y usted tiene su pistola para defenderse, doctor.

—¡Pero si llega la noche, corremos el riesgo de perdernos en la oscuridad!

—No, porque ahora tenemos un guía que, espero, ya no nos abandonará.

—¿Un guía? —exclamó el doctor.

Y se incorporó bruscamente para lanzar una mirada inquieta a su alrededor.

—Sí —respondió Nic Deck—, y ese guía es el torrente del Nyad. Bastará con remontar su orilla derecha para alcanzar la misma cresta de la meseta donde nace. Así que pienso que antes de dos horas estaremos a la puerta del burgo, si nos ponemos en camino sin más tardar.

—¡En dos horas, a menos que sean seis!

—Vamos, ¿está usted listo?...

—¡Ya, Nic, ya!... ¡Pero si nuestro alto apenas ha durado unos minutos!

—Unos minutos que hacen ya una buena media hora.

—Por última vez, ¿está usted listo?

—Listo... cuando las piernas me pesan como masas de plomo... Bien sabes que no tengo tus jarretes de forestal, Nic Deck... Tengo los pies hinchados, y es cruel obligarme a seguirte...

— Al final, me está usted cansando, ¡Patak! ¡Le dejo en libertad de dejarme! ¡Buen viaje!

Y Nic Deck se levantó.

— ¡Por el amor de Dios, forestal! — exclamó el doctor Patak —, ¡escucha todavía!

— ¡Escuchar sus sandeces!

— Vamos a ver, ya que es tarde, ¿por qué no quedarnos aquí, por qué no acampar al abrigo de estos árboles?... Partiríamos mañana al amanecer, y tendríamos toda la mañana para alcanzar la meseta...

— Doctor — respondió Nic Deck —, le repito que mi intención es pasar la noche en el burgo.

— ¡No! — exclamó el doctor —, no... ¡no lo harás, Nic!... ¡Ya sabré impedírtelo!...

— ¡Usted!

— Me agarraré a ti... ¡te arrastraré!... ¡te pegaré, si hace falta!...

Ya no sabía lo que decía, el infortunado Patak.

En cuanto a Nic Deck, ni siquiera le había respondido, y, tras echarse el fusil al hombro, dio algunos pasos en dirección a la orilla del Nyad.

— ¡Espera... espera! — exclamó lastimeramente el doctor —. ¡Vaya diablo de hombre!... ¡Un instante más!... Tengo las piernas agarrotadas... mis articulaciones ya no funcionan...

Sin embargo, no tardaron en funcionar, pues el exenfermero tuvo que hacer trotar sus piernecitas para alcanzar al guarda forestal, que ni siquiera se volvía.

Eran las cuatro; los rayos solares, rozando la cresta del Plesa, que no tardaría en interceptarlos, iluminaban con un haz oblicuo las altas ramas del pinar. Nic Deck tenía sobrada razón para apresurarse, pues aquellas espesuras se ensombrecen en pocos instantes al declinar el día.

Curioso y extraño aspecto el de aquellos bosques donde se agrupan las rústicas especies alpinas. En vez de árboles retorcidos, desviados, con gestos grotescos, se alzan troncos rectos, espaciados, desnudos hasta cincuenta

y sesenta pies por encima de sus raíces, fustes sin nudosidades, que extienden su verdor perenne como un techo. Pocas malezas o hierbas enmarañadas en su base. Largas raíces, que reptan a flor de tierra, semejantes a serpientes entumecidas por el frío. Un suelo alfombrado de un musgo amarillento y raso, sembrado de ramitas secas y de piñas que crepitan bajo el pie. Un talud escarpado y surcado de rocas cristalinas, cuyas aristas vivas hien den el cuero más grueso. Así, el paso fue duro a través de aquel pinar en un cuarto de milla. Para escalar aquellos bloques hacía falta una flexibilidad de riñones, un vigor de jarretes, una firmeza de miembros que ya no se hallaban en el doctor Patak. Nic Deck no habría empleado más de una hora de haber ido solo, y le costó tres con el impedimento de su compañero, deteniéndose para esperarlo, ayudándolo a encaramarse por alguna roca demasiado alta para sus piernecitas. El doctor ya no tenía más que un temor —temor espantoso—: el de encontrarse solo en medio de aquellas tristes soledades.

Sin embargo, si las pendientes se hacían más penosas de remontar, los árboles empezaban a escasear en la alta loma del Plesa. Ya no formaban sino grupos aislados, de dimensiones modestas. Entre esos grupos se divisaba la línea de las montañas, que se dibujaban al fondo y cuyos perfiles emergían aún de las brumas del atardecer.

El torrente del Nyad, al que el guarda forestal no había dejado de bordear hasta entonces, reducido ya a no ser más que un arroyuelo, debía de brotar a poca distancia. A unos centenares de pies por encima de los últimos repliegues del terreno se redondeaba la meseta de Orgall, coronada por las construcciones del burgo.

Nic Deck alcanzó por fin aquella meseta, tras un último esfuerzo que redujo al doctor al estado de masa inerte. El pobre hombre no habría tenido fuerzas para arrastrarse veinte pasos más, y cayó como el buey que se desploma bajo la maza del matarife.

Nic Deck apenas acusaba la fatiga de aquella dura ascensión. De pie, inmóvil, devoraba con la mirada aquel castillo de los Cárpatos, al que nunca se había acercado.

Ante sus ojos se desplegaba un recinto almenado, defendido por un foso profundo, cuyo único puente levadizo estaba alzado contra una poterna enmarcada por un cordón de piedra.

Alrededor del recinto, en toda la superficie de la meseta de Orgall, reinaban el abandono y el silencio.

Un resto de luz diurna permitía abarcar con la vista el conjunto del burgo, que se difuminaba confusamente entre las sombras del atardecer. Nadie se dejaba ver por encima del parapeto de la cortina, nadie en la plataforma superior de la torre del homenaje, ni en la terraza circular del primer piso. Ni una voluta de humo se enroscaba en torno a la extravagante veleta, carcomida por una herrumbre secular.

— Bueno, forestal — preguntó el doctor Patak —, ¿reconocerás ya que es imposible franquear ese foso, bajar ese puente levadizo, abrir esa poterna?

Nic Deck no respondió. Se daba cuenta de que sería necesario detenerse ante los muros del castillo. En medio de aquella oscuridad, ¿cómo habría podido descender al fondo del foso y remontar por la escarpa para penetrar en el recinto? Evidentemente, lo más prudente era esperar a la próxima aurora, para actuar en plena luz.

Así se decidió, para gran contrariedad del guarda forestal, pero para extrema satisfacción del doctor.

CAPÍTULO VI

El delgado creciente de la luna, fino como una hoz de plata, había desaparecido casi enseguida después de la puesta del sol. Unas nubes, venidas del oeste, fueron apagando sucesivamente los últimos resplandores del crepúsculo. La sombra fue invadiendo poco a poco el espacio, ascendiendo desde las zonas bajas. El circo de montañas se llenó de tinieblas, y las formas del burgo desaparecieron pronto bajo el crespón de la noche.

Si aquella noche amenazaba con ser muy oscura, nada indicaba que hubiera de verse turbada por meteoro atmosférico alguno, tormenta, lluvia o tempestad. Era una suerte para Nic Deck y su compañero, que iban a acampar al raso.

No existía ni un solo grupo de árboles en aquella árida meseta de Orgall. Solo aquí y allá algunos matorrales a ras de tierra, que no ofrecían ningún abrigo contra los fríos nocturnos. Rocas cuantas se quisieran, unas medio hundidas en el suelo, otras apenas en equilibrio, y a las que un empujón habría bastado para hacerlas rodar hasta el pinar.

En realidad, la única planta que crecía a profusión en aquel suelo pedregoso era un espeso cardo llamado «espina rusa», cuyas semillas, según dice Elisée Reclus, trajeron prendidas en su pelaje los caballos moscovitas —«regalo de gozosa conquista que los rusos hicieron a los transilvanos».

Ahora se trataba de acomodarse en algún lugar cualquiera para esperar allí el día y protegerse del descenso de la temperatura, bastante notable a esa altitud.

—No tenemos más que el embarazo de la elección... ¡para estar mal! —murmuró el doctor Patak.

— ¡Pues quéjese! —respondió Nic Deck.

— ¡Ya lo creo que me quejo! ¡Qué agradable lugar para pescar un buen resfriado o un buen reumatismo que no sabré cómo curar!

Confesión desprovista de artificio en boca del antiguo enfermero del lazareto. ¡Ah, cuánto añoraba su confortable casita de Werst, con su cuarto bien cerrado y su cama bien mullida de cojines y colchas!

Entre los bloques diseminados por la meseta de Orgall, había que elegir uno cuya orientación ofreciese el mejor resguardo contra la brisa del sudoeste, que empezaba a arreciar. Eso fue lo que hizo Nic Deck, y pronto el doctor fue a reunirse con él detrás de una ancha roca, plana como una mesa por su cara superior.

Aquella roca era uno de esos bancos de piedra, sepultados bajo las escabiosas y las saxífragas, que se encuentran con frecuencia en los recodos de los caminos de las provincias valacas. A la vez que el viajero puede sentarse en ellos, tiene la facultad de calmar la sed con el agua que contiene un recipiente colocado encima, la cual es renovada cada día por las gentes del campo. Cuando el castillo estaba habitado por el barón Rodolphe de Gortz, aquel banco tenía un recipiente que los criados de la familia se cuidaban de no dejar nunca vacío. Pero, en la actualidad, estaba manchado de detritos, tapizado de musgos verdosos, y el menor golpe lo habría reducido a polvo.

En el extremo del banco se erguía un fuste de granito, resto de una antigua cruz, cuyos brazos solo se distinguían en el montante vertical por un surco casi borrado. En su calidad de espíritu fuerte, el doctor Patak no podía admitir que aquella cruz fuera a protegerlo contra apariciones sobrenaturales. Y, sin embargo, por una anomalía común a no pocos incrédulos, no estaba lejos de creer en el diablo. Ahora bien, en su mente, el Chort no debía de andar lejos: era él quien rondaba el burgo, y ni la poterna cerrada, ni el puente levadizo alzado, ni la cortina a pico, ni el foso profundo lograrían impedirle salir de allí, si le daba por venir a retorcerles el pescuezo a los dos.

Y, cuando el doctor pensaba que tenía que pasar toda una noche en aquellas condiciones, se estremecía de terror. ¡No! Aquello era pedir demasiado a una criatura humana, y ni los temperamentos más enérgicos habrían podido resistirlo.

Luego se le ocurrió, tardíamente, una idea en la que no había pensado al salir de Werst. Estaban a martes por la noche, y ese día la gente del comitado se guarda muy bien de salir después de la puesta del sol. El martes, como se sabe, es día de maleficios. Según las tradiciones, uno se expone a topar con algún genio maligno si se aventura por el campo. Así pues, en martes, nadie circula por las calles ni por los caminos después de puesto el sol. Y he aquí que el doctor Patak se encontraba no solo fuera de su casa, sino cerca de un castillo hechizado, ¡y a dos o tres millas del pueblo! Y allí era donde se vería obligado a esperar el regreso del alba... ¡si es que volvía alguna vez! En verdad, ¡aquello era tentar al diablo!

Mientras se abandonaba a estas ideas, el doctor vio al guarda forestal sacar tranquilamente de su morral un trozo de carne fría, tras haber bebido un buen trago de su calabaza. Lo mejor que podía hacer, pensó, era imitarlo, y así lo hizo. Un muslo de oca, un buen mendrugo de pan, todo ello regado con rakiou, no le hizo falta menos para reponer fuerzas. Pero, si logró calmar el hambre, no logró calmar el miedo.

— Ahora, a dormir —dijo Nic Deck, en cuanto hubo guardado su morral al pie de la roca.

— ¡Dormir, forestal!

— Buenas noches, doctor.

— Buenas noches, fácil es desearlo, y mucho me temo que esta vaya a acabar mal...

Nic Deck, poco dispuesto a conversar, no respondió. Acostumbrado por oficio a dormir en medio de los bosques, se acomodó lo mejor que pudo contra el banco de piedra, y no tardó en caer en un sueño profundo. Así que el doctor no pudo sino refunfuñar entre dientes, cuando oyó la respiración de su compañero escapándose a intervalos regulares.

En cuanto a él, le fue imposible, ni siquiera unos minutos, anular sus sentidos del oído y de la vista. A pesar del cansancio, no dejaba de mirar, no dejaba de aguzar el oído. Su cerebro era presa de esas visiones extravagantes que nacen de las turbaciones del insomnio. ¿Qué intentaba percibir en las espesuras de la sombra? Todo y nada: las formas indecisas de los objetos que lo rodeaban, las nubes desgredadas a través del cielo, la masa apenas perceptible del castillo. Luego eran las rocas de la meseta de Orgall, que le

parecían moverse en una especie de infernal zarabanda. ¡Y si fueran a desprenderse de su base, a rodar por el talud, a caer sobre los dos imprudentes, a aplastarlos a la puerta de aquel burgo, cuya entrada les estaba prohibida!

Se había incorporado, el infortunado doctor; escuchaba esos ruidos que se propagan por la superficie de las altas mesetas, esos murmullos inquietantes, que participan a un tiempo del susurro, del gemido y del suspiro. Oía también a los rapaces nocturnos que rozaban las rocas con frenético aletazo, las lechuzas volando en su paseo nocturno, dos o tres parejas de esos fúnebres cárabos, cuyo chillido resonaba como una queja. Entonces sus músculos se contraían al unísono, y su cuerpo se estremecía, bañado en un sudor helado.

Así transcurrieron largas horas hasta la medianoche. Si el doctor Patak hubiera podido hablar, intercambiar de cuando en cuando alguna frase, dar libre curso a sus recriminaciones, se habría sentido menos atemorizado. Pero Nic Deck dormía, y dormía profundamente. Medianoche: era la hora más espantosa entre todas, la hora de las apariciones, la hora de los maleficios.

¿Qué ocurría, pues?

El doctor acababa de incorporarse, preguntándose si estaba despierto o si se hallaba bajo el influjo de una pesadilla.

En efecto, allá arriba, creyó ver — ¡no! vio realmente — formas extrañas, iluminadas por una luz espectral, pasar de un horizonte a otro, subir, bajar, descender con las nubes. Parecían una especie de monstruos: dragones de cola de serpiente, hipogrifos de anchas alas, krakens gigantescos, vampiros enormes, que se abatían como para atraparlo con sus garras o engullirlo entre sus fauces.

Luego, todo le pareció ponerse en movimiento sobre la meseta de Orgall: las rocas, los árboles que se alzaban en su linde. Y, muy distintamente, unos golpes, lanzados a pequeños intervalos, llegaron a su oído.

—La campana... —murmura—, ¡la campana del burgo!

¡Sí! Es, en efecto, la campana de la vieja capilla, y no la de la iglesia de Vulkan, cuyo sonido el viento habría llevado en dirección contraria.

Y he aquí que sus toques se hacen más apremiantes... ¡La mano que la pone en movimiento no toca a difuntos! ¡No! Es un rebato cuyos golpes jadeantes despiertan los ecos de la frontera transilvana.

Al oír estas vibraciones lúgubres, el doctor Patak es presa de un miedo convulsivo, de una angustia insuperable, de un espanto irresistible, que le hace correr fríos escalofríos por todo el cuerpo.

Pero al guarda forestal lo han arrancado del sueño los aterradores repiques de esa campana. Se ha incorporado, mientras el doctor Patak parece como replegado en sí mismo.

Nic Deck aguza el oído, y sus ojos intentan traspasar las espesas tinieblas que cubren el burgo.

— ¡Esa campana!... ¡Esa campana!... — repite el doctor Patak—. ¡Es el Chort quien la toca!...

Decididamente, cree en el diablo más que nunca, el pobre doctor, completamente enloquecido.

El guarda forestal, inmóvil, no le ha respondido.

De pronto, unos bramidos, semejantes a los que lanzan las sirenas marinas a la entrada de los puertos, se desencadenan en tumultuosas oleadas. El espacio se estremece en un amplio radio bajo sus soplos ensordecedores.

Luego, una claridad brota de la torre del homenaje central, una claridad intensa, de la que salen destellos de una viveza penetrante, coruscaciones cegadoras. ¿Qué foco produce esta poderosa luz, cuyas irradiaciones se pasean en largas capas sobre la superficie de la meseta de Orgall? ¿De qué hornaza escapa esa fuente fotogénica, que parece incendiar las rocas al mismo tiempo que las baña de una lividez extraña?

— Nic... Nic... — grita el doctor —, ¡mírame!... ¿No soy ya, como tú, sino un cadáver?...

En efecto, el guarda forestal y él han adquirido un aspecto cadavérico: rostro pálido, ojos apagados, cuencas vacías, mejillas verdosas de tez moteada, cabellos semejantes a esos musgos que crecen, según la leyenda, sobre el cráneo de los ahorcados...

Nic Deck está estupefacto tanto de lo que ve como de lo que oye. El doctor Patak, llegado al último grado del espanto, tiene los músculos contraídos, el pelo erizado, la pupila dilatada, el cuerpo preso de una rigidez tetánica. Como dice el poeta de las *Contemplaciones*, «respira espanto».

Un minuto —un minuto como mucho— duró aquel horrible fenómeno. Luego, la extraña luz se fue debilitando gradualmente, los bramidos se apagaron, y la meseta de Orgall volvió al silencio y la oscuridad.

Ni el uno ni el otro intentaron ya dormir: el doctor, abrumado por el estupor; el guarda forestal, de pie junto al banco de piedra, esperando el regreso del alba.

¿En qué pensaba Nic Deck ante aquellas cosas tan evidentemente sobrenaturales a sus ojos? ¿No había allí motivo para quebrantar su resolución? ¿Se obstinaría en proseguir aquella temeraria aventura? Ciertamente, había dicho que penetraría en el burgo, que exploraría la torre del homenaje... Pero ¿no era ya bastante haber llegado hasta su infranqueable recinto, haber incurrido en la cólera de los genios y provocado aquel trastorno de los elementos? ¿Se le reprocharía no haber cumplido su promesa si regresaba al pueblo sin haber llevado la locura hasta aventurarse a través de aquel diabólico castillo?

De pronto, el doctor se abalanza sobre él, lo agarra de la mano, intenta arrastrarlo, repitiendo con voz sorda:

— ¡Ven!... ¡Ven!...

— ¡No! —responde Nic Deck.

Y, a su vez, retiene al doctor Patak, que cae de nuevo tras este último esfuerzo.

Aquella noche llegó por fin a su fin, y tal había sido el estado de sus ánimos que ni el guarda forestal ni el doctor tuvieron conciencia del tiempo transcurrido hasta la salida del día.

Nada quedó en su memoria de las horas que precedieron a las primeras luces de la mañana.

En aquel instante, una línea rosada se dibujó en la cresta del Paring, en el horizonte de levante, al otro lado del valle de los dos Sils. Ligeras blancuras

se desperdigaron en el cénit sobre un fondo de cielo rayado como una piel de cebra.

Nic Deck se volvió hacia el castillo. Vio cómo sus formas se acentuaban poco a poco: la torre del homenaje desprendiéndose de las altas brumas que descendían por el puerto de Vulkan; la capilla, las galerías, la cortina emergiendo de los vapores nocturnos; luego, sobre el bastión del ángulo, recorriéndose el haya, cuyas hojas susurraban a la brisa de levante.

Nada había cambiado en el aspecto ordinario del burgo. La campana permanecía tan inmóvil como la vieja veleta feudal. Ningún humo empenachaba las chimeneas de la torre del homenaje, cuyas ventanas enrejadas seguían obstinadamente cerradas.

Por encima de la plataforma, algunos pájaros revoloteaban lanzando pequeños gritos claros.

Nic Deck dirigió la mirada hacia la entrada principal del castillo. El puente levadizo, alzado contra el vano, cerraba la poterna entre los dos pilares de piedra blasonados con las armas de los barones de Gortz.

¿Estaba, pues, el guarda forestal decidido a llevar hasta el final aquella aventurada expedición? Sí, y su resolución no se había visto quebrantada por los sucesos de la noche. Dicho y hecho: tal era su divisa, como se sabe. Ni la voz misteriosa que lo había amenazado personalmente en la gran sala de la posada del *Rey Matías*, ni los fenómenos inexplicables de sonido y de luz de que acababa de ser testigo, le impedirían franquear la muralla del burgo. Una hora le bastaría para recorrer las galerías, visitar la torre del homenaje, y entonces, cumplida su promesa, retomaría el camino de Werst, adonde podría llegar antes del mediodía.

En cuanto al doctor Patak, ya no era más que una máquina inerte, sin fuerza ni siquiera para querer resistirse. Iría adonde lo empujasen. Si caía, le sería imposible levantarse. Los espantos de aquella noche lo habían reducido al más completo embotamiento, y no hizo la menor observación cuando el guarda forestal, señalando el castillo, le dijo:

—¡Vamos!

Y, sin embargo, había vuelto el día, y el doctor habría podido regresar a Werst sin temor a extraviarse por los bosques del Plesa. Pero que no se le agradezca haberse quedado con Nic Deck. Si no abandonó a su compañero

para tomar de nuevo el camino del pueblo, fue porque ya no tenía conciencia de la situación, porque ya no era más que un cuerpo sin alma. Así, cuando el guarda forestal lo arrastró hacia el talud de la contraescarpa, se dejó llevar.

¿Era posible ahora penetrar en el burgo de otro modo que por la poterna? Eso fue lo que Nic Deck fue primero a comprobar.

La cortina no presentaba brecha alguna, ni desprendimiento, ni falla que permitiera el acceso al interior del recinto. Resultaba incluso sorprendente que aquellos viejos muros se hallasen en tal estado de conservación, lo cual debía atribuirse a su espesor. Elevarse hasta la línea de almenas que los coronaba parecía impracticable, puesto que dominaban el foso desde una altura de unos cuarenta pies. Parecía, por tanto, que Nic Deck, en el momento mismo de alcanzar el castillo de los Cárpatos, iba a toparse con obstáculos insuperables.

Muy afortunadamente —o muy desgraciadamente para él—, existía sobre la poterna una especie de aspillera, o más bien una tronera donde antaño se alargaba el cañón de una culebrina. Ahora bien, sirviéndose de una de las cadenas del puente levadizo, que colgaba hasta el suelo, no le resultaría muy difícil a un hombre ágil y vigoroso izarse hasta esa tronera. Su anchura era suficiente para dar paso, y, a menos que estuviera cerrada por dentro con una reja, Nic Deck lograría sin duda introducirse en el patio del burgo.

El guarda forestal comprendió, a primera vista, que no había otro modo de proceder, y por eso, seguido del inconsciente doctor, descendió por un repecho oblicuo la vertiente interna de la contraescarpa.

Ambos alcanzaron pronto el fondo del foso, sembrado de piedras entre la maraña de plantas silvestres. Apenas sabían dónde ponían el pie, ni si miríadas de bestias venenosas pululaban bajo las hierbas de aquella húmeda excavación.

En medio del foso, y paralelamente a la cortina, se abría el lecho de la antigua cubeta, casi enteramente seca, que una buena zancada permitía salvar.

Nic Deck, que no había perdido nada de su energía física y moral, actuaba con sangre fría, mientras el doctor lo seguía maquinalmente, como una bestia a la que se lleva atada de una cuerda.

Tras dejar atrás la cubeta, el guarda forestal bordeó la base de la cortina durante una veintena de pasos, y se detuvo bajo la poterna, en el sitio donde colgaba el extremo de la cadena. Ayudándose de pies y manos, podría alcanzar fácilmente el cordón de piedra que sobresalía bajo la tronera.

Evidentemente, Nic Deck no pretendía obligar al doctor Patak a intentar aquella escalada con él. Un hombre tan pesado no habría podido. Se limitó, pues, a sacudirlo con fuerza para hacerse entender, y le recomendó que se quedara quieto en el fondo del foso.

Luego, Nic Deck empezó a trepar por la cadena, y aquello no fue sino un juego para sus músculos de montañés.

Pero, cuando el doctor se vio solo, he aquí que el sentido de la situación le volvió en cierta medida. Comprendió, miró, vio a su compañero ya suspendido a una docena de pies sobre el suelo, y entonces, con voz ahogada por las angustias del miedo, exclamó:

— ¡Detente... Nic... detente!

El guarda forestal no le hizo caso.

— ¡Ven... ven... adonde voy yo! — gimió el doctor, que logró ponerse de pie de nuevo.

— ¡Vete! — respondió Nic Deck.

Y siguió izándose lentamente por la cadena del puente levadizo.

El doctor Patak, en el paroxismo del espanto, quiso entonces volver al repecho de la contraescarpa, para remontar hasta la cresta de la meseta de Orgall y tomar a toda prisa el camino de Werst...

¡Oh, prodigio ante el cual palidecían los que habían turbado la noche anterior! He aquí que no puede moverse...

Sus pies están sujetos como si estuvieran atenazados entre las mordazas de un tornillo de banco... ¿Puede moverlos uno tras otro?... ¡No!... Se adhieren por los talones y las suelas de sus botas... ¿Se habrá dejado atrapar el doctor por los resortes de una trampa? Está demasiado enloquecido para reconocerlo... Parece más bien que lo retienen los clavos de su calzado.

Sea como fuere, el pobre hombre está inmovilizado en aquel lugar... Está clavado al suelo... Sin fuerzas ya ni siquiera para gritar, tiende desesperada-

mente las manos... Se diría que quiere arrancarse a las garras de alguna tarasca, cuyas fauces emergen de las entrañas de la tierra...

Entretanto, Nic Deck había llegado a la altura de la poterna, y acababa de posar la mano sobre uno de los herrajes donde encajaba uno de los goznes del puente levadizo...

Se le escapó un grito de dolor; luego, echándose hacia atrás como si lo hubiera fulminado un rayo, se deslizó por la cadena, que un último instinto le hizo asir de nuevo, y rodó hasta el fondo del foso.

—¡Bien había dicho la voz que me sucedería una desgracia! —murmuró.

Y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO VII

¿Cómo describir la ansiedad de que era presa el pueblo de Werst desde la partida del joven guarda forestal y del doctor Patak? No había dejado de acrecentarse con las horas que transcurrían y que parecían interminables.

Maese Koltz, el posadero Jonas, el magíster Hermod y algunos otros no habían dejado de permanecer en la terraza. Cada uno de ellos se obstinaba en observar la masa lejana del burgo, en mirar si alguna voluta reaparecía sobre la torre del homenaje. Ningún humo se dejaba ver —cosa que se comprobaba por medio del catalejo, invariablemente apuntado en aquella dirección. En verdad, los dos florines invertidos en la adquisición de aquel aparato eran dinero bien empleado. Nunca el biró, aunque bien interesado, bien mirado con su bolsa, había lamentado menos un gasto hecho tan a propósito.

A las doce y media, cuando el pastor Frik volvió del pasto, lo interrogaron con avidez. ¿Había alguna novedad, algo extraordinario, algo sobrenatural?...

Frik respondió que acababa de recorrer el valle del Sil valaco sin haber visto nada sospechoso.

Después de comer, hacia las dos, cada cual volvió a su puesto de observación. A nadie se le habría ocurrido quedarse en casa, y sobre todo nadie pensaba en volver a poner el pie en la posada del *Rey Matías*, donde se habían oído voces conminatorias. Que las paredes tengan oídos, vaya, pues es una expresión de uso corriente... ¡pero una boca!...

Así que el digno tabernero bien podía temer que su taberna quedase puesta en cuarentena, y eso no dejaba de preocuparlo en grado sumo. ¿Se vería

reducido a cerrar el negocio, a beberse él mismo sus existencias, a falta de clientes? Y, sin embargo, con el fin de tranquilizar a la población de Werst, había llevado a cabo una larga investigación en la posada del *Rey Matías*, registrando las habitaciones hasta debajo de las camas, revisando los arcones y el aparador, explorando minuciosamente los rincones y recovecos de la sala grande, de la bodega y del desván, donde algún bromista de mal gusto habría podido organizar aquella mistificación. ¡Nada!... Nada tampoco por el lado de la fachada que dominaba el Nyad. Las ventanas eran demasiado altas para que fuera posible encaramarse hasta su vano, en la vertiente de un muro tallado a pico y cuya base se hundía en el curso impetuoso del torrente. ¡No importaba! El miedo no razona, y pasaría, sin duda, mucho tiempo antes de que los habituales huéspedes de Jonas devolvieran su confianza a su posada, a su schnaps y a su rakiou.

¿Mucho tiempo?... Error, y, como se verá, aquel funesto pronóstico no había de cumplirse.

En efecto, pocos días después, a raíz de una circunstancia muy imprevista, los notables del pueblo iban a reanudar sus tertulias cotidianas, salpicadas de buenos tragos, ante las mesas de la posada del *Rey Matías*.

Pero hay que volver al joven guarda forestal y a su compañero, el doctor Patak.

Se recordará que, al momento de dejar Werst, Nic Deck había prometido a la desconsolada Miriota no demorarse en su visita al castillo de los Cárpatos. Si no le sucedía ninguna desgracia, si las amenazas fulminadas contra él no llegaban a cumplirse, contaba con estar de vuelta a primera hora de la noche. Así que lo esperaban, ¡y con qué impaciencia! Por lo demás, ni la muchacha, ni su padre, ni el maestro de escuela podían prever que las dificultades del camino no permitirían al guarda forestal alcanzar la cresta de la meseta de Orgall antes de que cayera la noche.

De ahí que la inquietud, ya tan viva durante el día, sobrepasara toda medida cuando dieron las ocho en el campanario de Vulkan, que se oía muy distintamente en el pueblo de Werst. ¿Qué había ocurrido para que Nic Deck y el doctor no hubieran reaparecido tras una jornada de ausencia? Siendo así, nadie habría pensado en recogerse en su casa antes de que ellos regresaran. A cada instante se imaginaban verlos asomar por el recodo del camino del puerto.

Maese Koltz y su hija se habían llegado hasta el extremo de la calle, al lugar donde el pastorcillo había sido puesto de centinela. Muchas veces creyeron ver sombras dibujarse a lo lejos, a través del claro de los árboles... ¡Pura ilusión! El puerto estaba desierto, como de costumbre, pues era raro que las gentes de la frontera se aventuraran por allí de noche. Y, además, estaban a martes por la noche —ese martes de los genios malignos—, y ese día los transilvanos no gustan de correr el campo a la puesta del sol. Nic Deck tenía que estar loco para haber elegido un día así para visitar el burgo. La verdad es que el joven guarda forestal no había reparado en ello, ni tampoco nadie, por lo demás, en el pueblo.

Pero era precisamente en eso en lo que Miriota pensaba entonces. ¡Y qué imágenes tan espantosas se le ofrecían! En su imaginación había seguido a su prometido hora tras hora, a través de aquellos espesos bosques del Plesa, mientras remontaba hacia la meseta de Orgall... Ahora, llegada la noche, le parecía verlo dentro del recinto, intentando escapar de los espíritus que rondaban el castillo de los Cárpatos... Se había convertido en el juguete de sus maleficios... Era la víctima consagrada a su venganza... Estaba encerrado en el fondo de alguna mazmorra subterránea... ¿muerto, tal vez? Pobre muchacha, ¡qué no habría dado por lanzarse tras las huellas de Nic Deck! Y, ya que no podía, al menos habría querido esperarlo allí toda la noche. Pero su padre la obligó a volver a casa, y, dejando al pastor de guardia, ambos regresaron a su hogar.

En cuanto se quedó sola en su pequeña habitación, Miriota se abandonó sin reservas al llanto. Amaba con toda el alma a aquel valiente Nic, con un amor tanto más agradecido cuanto que el joven guarda forestal no la había buscado en las condiciones en que suelen decidirse los matrimonios en aquellas comarcas transilvanas, y de una manera tan singular.

Cada año, por la fiesta de San Pedro, se abre la «feria de los novios». Ese día se reúnen todas las muchachas del comitado. Llegan con sus mejores carretas, uncidas a sus mejores caballos; traen su dote, es decir, vestidos hilados, cosidos, bordados por sus propias manos, guardados en arcones de vivos colores; familiares, amigas, vecinas las acompañan. Y entonces llegan los mozos, ataviados con espléndidas ropas, ceñidos de fajas de seda. Recorren la feria pavoneándose; escogen a la muchacha que les gusta; le entregan un anillo y un pañuelo como señal de esponsales, y las bodas se celebran al regreso de la fiesta.

No fue en uno de esos mercados donde Nicolás Deck había conocido a Miriota. Su relación no se había establecido por azar. Se conocían desde la infancia, se amaban desde que tuvieron edad de amar. El joven guarda forestal no había ido a buscar en medio de una feria a la que había de ser su esposa, y Miriota se lo agradecía en el alma. ¡Ah! ¿Por qué tenía Nic Deck un carácter tan resuelto, tan tenaz, tan empeñado en cumplir una promesa imprudente? La amaba, sin embargo, la amaba, ¡y ella no había tenido bastante influencia para impedirle tomar el camino de aquel castillo maldito!

¡Qué noche pasó la triste Miriota, entre angustias y llanto! No había querido acostarse. Asomada a su ventana, la mirada fija en la calle que ascendía, le parecía oír una voz que murmuraba:

—¡Nicolás Deck no ha hecho caso de las amenazas!... ¡Miriota ya no tiene prometido!

Error de sus sentidos turbados. Ninguna voz se propagaba por el silencio de la noche. El inexplicable fenómeno de la sala de la posada del *Rey Matías* no se repetía en casa de maese Koltz.

Al día siguiente, al amanecer, toda la población de Werst estaba en la calle. Desde la terraza hasta la revuelta del puerto, unos subían, otros bajaban la calle mayor, estos para pedir noticias, aquellos para darlas. Se decía que el pastor Frik acababa de adelantarse, a una buena milla del pueblo, no a través de los bosques del Plesa, sino bordeando su linde, y que no había obrado así sin motivo.

Había que esperarlo, y, para poder comunicarse con él más pronto, maese Koltz, Miriota y Jonas se dirigieron al extremo del pueblo.

Media hora después se divisó a Frik a unos cientos de pasos, calle arriba. Como no parecía apresurar el paso, de ello sacaron mal augurio.

—Bueno, Frik, ¿qué sabes?... ¿Qué has averiguado? —le preguntó maese Koltz en cuanto el pastor lo alcanzó.

—¡Nada visto... nada averiguado! —respondió Frik.

—¡Nada! —murmuró la muchacha, con los ojos anegados en lágrimas.

—Al rayar el día —prosiguió el pastor—, había visto a dos hombres a una milla de aquí. Al principio creí que era Nic Deck, acompañado del doctor... ¡pero no era él!

—¿Sabes quiénes son esos hombres? —preguntó Jonas.

—Dos viajeros extranjeros que acababan de cruzar la frontera valaca.

—¿Les hablaste?...

—Sí.

—¿Bajan hacia el pueblo?

—No, van camino del Retyezat, cuya cima quieren alcanzar.

—¿Son dos turistas?...

—Lo parecen, maese Koltz.

—Y, esta noche, al cruzar el puerto de Vulkan, ¿no han visto nada por el lado del burgo?...

—No... puesto que aún se encontraban al otro lado de la frontera —respondió Frik.

—Entonces, ¿no tienes ninguna noticia de Nic Deck?

—Ninguna.

—¡Dios mío!... —suspiró la pobre Miriota.

—Por lo demás, podrán ustedes interrogar a esos viajeros dentro de unos días —añadió Frik—, pues piensan hacer alto en Werst antes de partir de nuevo hacia Kolosvar.

—¡Con tal de que no les digan nada malo de mi posada! —pensó Jonas, inconsolable—. ¡Serían capaces de no querer alojarse en ella!

Y, desde hacía treinta y seis horas, el excelente hostelero estaba obsesionado por el temor de que ningún viajero se atreviera ya a comer y dormir en la posada del *Rey Matías*.

En resumidas cuentas, aquellas preguntas y respuestas, cruzadas entre el pastor y su amo, en nada habían aclarado la situación. Y, como ni el joven guarda forestal ni el doctor Patak habían reaparecido a las ocho de la mañana, ¿había motivo para esperar que llegaran a volver algún día?... ¡Es que no se acerca uno impunemente al castillo de los Cárpatos!

Quebrantada por las emociones de aquella noche de insomnio, Miriota ya no tenía fuerzas para sostenerse. Completamente desfallecida, apenas si lo-

graba caminar. Su padre tuvo que llevarla de vuelta a casa. Allí, su llanto se redobló... Llamaba a Nic con voz desgarradora... Quería partir para reunirse con él... Daba lástima verla, y había motivo para temer que cayera enferma.

Sin embargo, era necesario y urgente tomar una decisión. Había que ir en socorro del guarda forestal y del doctor sin perder un instante. Que hubiera peligros que correr, exponiéndose a las represalias de los seres, humanos o de otra clase, que ocupaban el burgo, poco importaba. Lo esencial era saber qué había sido de Nic Deck y del doctor. Ese deber se imponía tanto a sus amigos como a los demás habitantes del pueblo. Los más valientes no se negarían a lanzarse a través de los bosques del Plesa, para remontar hasta el castillo de los Cárpatos.

Decidido esto, tras muchas discusiones y gestiones, los más valientes resultaron ser tres: maese Koltz, el pastor Frik y el posadero Jonas, ni uno más. En cuanto al magíster Hermod, había sentido de pronto un dolor de gota en la pierna, y había tenido que tenderse sobre dos sillas en el aula de su escuela.

Hacia las nueve, maese Koltz y sus compañeros, bien armados por prudencia, tomaron el camino del puerto de Vulkan. Luego, en el mismo lugar donde Nic Deck lo había abandonado, ellos también lo abandonaron, para internarse bajo el espeso macizo.

Se decían, no sin razón, que, si el joven guarda forestal y el doctor estaban de camino de vuelta al pueblo, tomarían la senda que habían tenido que abrirse a través del Plesa. Ahora bien, sería fácil reconocer sus huellas, y así se comprobó en cuanto los tres hubieron franqueado el lindero de árboles.

Los dejaremos seguir su camino para contar qué cambio de ánimo se produjo en Werst en cuanto los perdieron de vista. Si había parecido indispensable que gentes de buena voluntad salieran al encuentro de Nic Deck y de Patak, ahora que ya habían partido se juzgaba que era una imprudencia sin nombre. ¡Bonito resultado, si la primera catástrofe se veía doblada por una segunda! Que el guarda forestal y el doctor hubieran sido víctimas de su intento, ya nadie lo dudaba, y entonces, ¿de qué servía que maese Koltz, Frik y Jonas se expusieran a ser víctimas de su abnegación? ¡Buen adelanto se habría hecho si la muchacha tuviera que llorar a su padre como lloraba a su prometido, si los amigos del pastorcillo y del posadero tuvieran que reprocharse su pérdida!

La desolación se hizo general en Werst, y no había visos de que fuera a cesar pronto. Aun suponiendo que no les ocurriera ninguna desgracia, no se podía contar con el regreso de maese Koltz y sus dos compañeros antes de que la noche hubiera envuelto las alturas circundantes.

¡Cuál no fue, pues, la sorpresa, cuando se los divisó hacia las dos de la tarde, a lo lejos, en el camino! Con qué prisa corrió a su encuentro Miriota, a quien avisaron de inmediato.

No eran tres, eran cuatro, y el cuarto resultó ser el doctor.

— ¡Nic... mi pobre Nic!... — exclamó la muchacha —. ¿No está Nic aquí?...

Sí... Nic Deck estaba allí, tendido en una camilla de ramas que Jonas y el pastor llevaban penosamente.

Miriota se precipitó hacia su prometido, se inclinó sobre él, lo estrechó entre sus brazos.

— ¡Está muerto... — gritaba ella —, está muerto!

— No... no está muerto — respondió el doctor Patak —, aunque merecería estarlo... ¡y yo también!

La verdad es que el joven guarda forestal había perdido el conocimiento. Con los miembros rígidos, el rostro exangüe, apenas si la respiración le levantaba el pecho. En cuanto al doctor, si su cara no estaba descolorida como la de su compañero, era porque la caminata le había devuelto su color habitual de ladrillo rojizo.

La voz de Miriota, tan tierna, tan desgarradora, no tuvo el poder de arrancar a Nic Deck de aquel sopor en que estaba sumido. Cuando lo llevaron de vuelta al pueblo y lo depositaron en la habitación de maese Koltz, aún no había pronunciado una sola palabra. Pocos instantes después, sin embargo, sus ojos se abrieron de nuevo, y, en cuanto vio a la muchacha inclinada sobre su cabecera, una sonrisa erró por sus labios; pero, cuando intentó incorporarse, no logró hacerlo. Una parte de su cuerpo estaba paralizada, como si hubiera sido alcanzado por una hemiplejía. No obstante, queriendo tranquilizar a Miriota, le dijo, con voz muy débil, es cierto:

— No será nada... ¡no será nada!

—Nic... ¡mi pobre Nic! —repetía la muchacha.

—Solo un poco de cansancio, querida Miriota, y un poco de impresión... Se me pasará pronto... con tus cuidados...

Pero el enfermo necesitaba calma y reposo. Así que maese Koltz salió de la habitación, dejando a Miriota junto al joven guarda forestal, que no habría podido desear una enfermera más solícita, y que no tardó en quedarse adormilado.

Mientras tanto, el posadero Jonas contaba a un numeroso auditorio, y con voz potente para que todos lo oyeran bien, lo que había sucedido desde su partida.

Maese Koltz, el pastor y él, tras encontrar bajo la espesura la senda que Nic Deck y el doctor se habían abierto, habían tomado rumbo hacia el castillo de los Cárpatos. Ahora bien, llevaban ya dos horas subiendo las laderas del Plesa, y el lindero del bosque no quedaba ya sino a media milla por delante, cuando aparecieron dos hombres. Eran el doctor y el guarda forestal: el uno, a quien las piernas ya no le respondían; el otro, extenuado y que acababa de caer al pie de un árbol.

Correr hacia el doctor, interrogarlo, sin poder sacarle una sola palabra, pues estaba demasiado embotado para responder; fabricar una camilla con ramas, tender en ella a Nic Deck, poner de nuevo a Patak en pie: todo eso se hizo en un abrir y cerrar de ojos. Luego, maese Koltz y el pastor, a quienes de cuando en cuando relevaba Jonas, habían retomado el camino de Werst.

En cuanto a decir por qué se hallaba Nic Deck en semejante estado, y si había explorado las ruinas del burgo, el posadero no lo sabía más que maese Koltz, ni más que el pastor Frik, pues el doctor aún no había recobrado suficientemente el juicio para satisfacer su curiosidad.

Pero si Patak no había hablado hasta entonces, tenía que hablar ahora. ¡Qué diablos! Estaba a salvo en el pueblo, rodeado de sus amigos, en medio de sus clientes. ¡Ya no tenía nada que temer de los seres de allá arriba! Aunque le hubieran arrancado el juramento de callar, de no contar nada de lo que había visto en el castillo de los Cárpatos, el interés público le exigía faltar a su juramento.

—Vamos, recóbrese, doctor —le dijo maese Koltz—, ¡y haga memoria!

—¿Quiere usted... que hable?...

—En nombre de los habitantes de Werst, y para garantizar la seguridad del pueblo, ¡se lo ordeno!

Un buen vaso de rakiou, traído por Jonas, tuvo el efecto de devolver al doctor el uso de la lengua, y fue en frases entrecortadas como se expresó en estos términos:

—Partimos los dos juntos... Nic y yo... ¡Unos locos... unos locos!... Hizo falta casi un día entero para atravesar aquellos bosques malditos... Llegamos ante el burgo solo al anochecer... ¡Aún tiemblo al pensarlo, temblaré toda mi vida! Nic quería entrar... ¡Sí! Quería pasar la noche en la torre del homenaje... ¡Tanto como decir en la alcoba de Belcebú!...

El doctor Patak decía todo esto con voz tan cavernosa que uno se estremecía solo de oírlo.

—Yo no consentí... —prosiguió—, no... ¡yo no consentí!... ¿Y qué habría pasado... si hubiera cedido a los deseos de Nic Deck?... ¡Se me pone el pelo de punta solo de pensarlo!

Y si al doctor se le erizaban los cabellos en el cráneo, era porque su mano se extraviaba allí maquinalmente.

—Nic se resignó, pues, a acampar en la meseta de Orgall... ¡Qué noche, amigos míos, qué noche!... Intenten ustedes descansar cuando los espíritus no les dejan dormir ni una hora... ¡no, ni siquiera una hora!... De pronto, ¡he aquí que aparecen monstruos de fuego entre las nubes, verdaderos balauri!... ¡Se precipitan sobre la meseta para devorarnos!...

Todas las miradas se volvieron hacia el cielo, para ver si no lo cabalgaba alguna galopada de espectros.

—Y, pocos instantes después —prosiguió el doctor—, ¡he aquí que la campana de la capilla se pone a tañer!

Todos los oídos se tendieron hacia el horizonte, y más de uno creyó oír lejanos repiques, tanto impresionaba el relato del doctor a su auditorio.

—De pronto —exclamó—, unos bramidos espantosos llenan el espacio... o mejor dicho, unos aullidos de fieras... Luego brota una claridad de las ventanas de la torre del homenaje... Una llama infernal ilumina toda la me-

seta hasta el pinar... Nic Deck y yo nos miramos... ¡Ah, la espantosa visión!... Somos como dos cadáveres... ¡dos cadáveres a los que aquellos resplandores lívidos hacen gesticular el uno frente al otro!...

Y, al mirar al doctor Patak con su rostro convulso, sus ojos desorbitados, había en verdad motivo para preguntarse si no volvía de aquel otro mundo al que ya había enviado a no pocos de sus semejantes.

Hubo que dejarlo recobrar el aliento, pues habría sido incapaz de proseguir su relato. Aquello le costó a Jonas un segundo vaso de rakiou, que pareció devolver al exenfermero una parte de la razón que los espíritus le habían hecho perder.

—Pero, en fin, ¿qué le ha pasado al pobre Nic Deck? —preguntó maese Koltz.

Y, no sin razón, el biró concedía extrema importancia a la respuesta del doctor, puesto que era el joven guarda forestal quien había sido personalmente señalado por la voz de los genios en la gran sala de la posada del *Rey Matías*.

—Esto es lo que me ha quedado en la memoria —respondió el doctor—. Había vuelto el día... Yo había suplicado a Nic Deck que renunciara a sus proyectos... Pero ya lo conocen ustedes... no hay nada que sacar de un testarudo semejante... Baja al foso... y yo me vi obligado a seguirlo, porque me arrastraba... Además, ya no tenía conciencia de lo que hacía... Nic avanza entonces hasta debajo de la poterna... Agarra una cadena del puente levadizo, con la que se iza a lo largo de la cortina. En ese momento, el sentido de la situación me vuelve. Aún hay tiempo de detener a ese imprudente... diré más, ¡a ese sacrílego!... Por última vez le ordeno que baje, que retroceda, que retome conmigo el camino de Werst... «¡No!», me grita... Quiero huir... sí... amigos míos... lo confieso... he querido huir, ¡y no hay uno solo de ustedes que no hubiera tenido el mismo pensamiento en mi lugar!... Pero en vano intento desprenderme del suelo... Tengo los pies clavados... atornillados, enraizados... Trato de arrancarlos... es imposible... Trato de debatirme... es inútil.

Y el doctor Patak imitaba los movimientos desesperados de un hombre retenido por las piernas, semejante a un zorro que se ha dejado atrapar en la trampa.

Luego, volviendo a su relato:

—En ese momento —dijo—, se oye un grito... ¡y qué grito!... Es Nic Deck quien lo ha lanzado... Sus manos, agarradas a la cadena, sueltan la presa, y cae al fondo del foso, ¡como si lo hubiera golpeado una mano invisible!

Es cierto que el doctor acababa de contar las cosas tal como habían sucedido, y su imaginación no había añadido nada, por turbada que estuviera. Tal como él los había descrito, así se habían producido los prodigios de que la meseta de Orgall había sido escenario durante la noche anterior.

En cuanto a lo que siguió a la caída de Nic Deck, esto es lo que ocurrió: el guarda forestal está desvanecido, y el doctor Patak es incapaz de acudir en su ayuda, pues tiene las botas clavadas al suelo y sus pies hinchados no pueden salir de ellas... De pronto, la fuerza invisible que lo encadena se rompe bruscamente... Sus piernas quedan libres... Se precipita hacia su compañero, y —lo que de su parte era un acto de valentía— le moja la cara a Nic Deck con su pañuelo, que ha empapado en el agua de la cubeta... El guarda forestal recobra el conocimiento, pero el brazo izquierdo y parte de su cuerpo permanecen inertes desde la espantosa sacudida que ha sufrido... Sin embargo, con la ayuda del doctor, logra levantarse, remontar la vertiente de la contraescarpa, ganar de nuevo la meseta... Luego se pone en marcha hacia el pueblo... Al cabo de una hora de camino, los dolores del brazo y del costado son tan violentos que lo obligan a detenerse... Por fin, es en el momento en que el doctor se disponía a partir en busca de socorro a Werst cuando llegaron, muy a propósito, maese Koltz, Jonas y Frik.

En cuanto a si el joven guarda forestal había resultado gravemente afectado, el doctor Patak evitaba pronunciarse, aunque solía mostrar una rara seguridad cuando se trataba de un caso médico.

—Si uno está enfermo de una enfermedad natural —se limitó a responder con tono dogmático—, ya es grave. Pero, si se trata de una enfermedad sobrenatural, que el Chort les mete a uno en el cuerpo, apenas hay más que el Chort que pueda curarla.

A falta de diagnóstico, aquel pronóstico no era tranquilizador para Nic Deck. Muy afortunadamente, aquellas palabras no eran palabra de evangelio, y cuántos médicos se han equivocado desde Hipócrates y Galeno, y se

equivocan a diario, que son superiores al doctor Patak. El joven guarda forestal era un mozo robusto; con su vigorosa constitución, era lícito esperar que saldría adelante —incluso sin intervención diabólica alguna—, y a condición de no seguir demasiado al pie de la letra las prescripciones del antiguo enfermero del lazareto.

CAPÍTULO VIII

Tales acontecimientos no podían sino acrecentar el terror de los habitantes de Werst. Ya no cabía la menor duda: no habían sido vanas amenazas las que la «boca de sombra», como habría dicho el poeta, había hecho oír a los clientes del Rey Matías. Nic Deck, herido de un modo inexplicable, había sido castigado por su desobediencia y su temeridad. ¿No era acaso una advertencia dirigida a todos los que se sintieran tentados de seguir su ejemplo? Prohibición formal de intentar introducirse en el castillo de los Cárpatos: eso era lo que había que concluir de tan deplorable tentativa. Quien la repitiese, se jugaría la vida. Con toda certeza, si el guarda forestal hubiese logrado franquear la cortina, jamás habría vuelto a aparecer en el pueblo.

De ahí que el espanto fuese más completo que nunca en Werst, e incluso en Vulkan, y también en todo el valle de los dos Sil. No se hablaba de otra cosa sino de abandonar el país; ya algunas familias gitanas emigraban antes que seguir viviendo cerca del burgo. Ahora que servía de refugio a seres sobrenaturales y malignos, aquello superaba lo que podía soportar el ánimo público. No quedaba sino marcharse hacia alguna otra región del comitado, a menos que el gobierno húngaro se decidiera a destruir aquella inabordable guarida. Pero ¿era destructible el castillo de los Cárpatos con los únicos medios de que disponían los hombres?

Durante la primera semana de junio, nadie se aventuró fuera del pueblo, ni siquiera para atender las labores del campo. ¿No podía el menor golpe de azada provocar la aparición de un fantasma sepultado en las entrañas del suelo?... ¿No haría la reja del arado, al abrir el surco, alzar el vuelo a bandadas de *stafii* o de *striges*?... Donde se sembrase grano de trigo, ¿no brotaría semilla de demonios?

—¡Eso es lo que no dejaría de suceder! —decía el pastor Frik con tono convencido.

Y, por su parte, se guardaba muy bien de volver con sus ovejas a los pastos del Sil.

Así, el pueblo vivía aterrorizado. El trabajo del campo había quedado completamente abandonado. La gente se quedaba en casa, con puertas y ventanas cerradas. Maese Koltz no sabía qué partido tomar para devolver a sus administrados una confianza que, por lo demás, tampoco él mismo tenía. Decididamente, el único medio sería ir a Kolosvar a reclamar la intervención de las autoridades.

Y el humo, ¿volvía a aparecer en la punta de la chimenea de la torre del homenaje?... Sí, en varias ocasiones el catalejo permitió distinguirlo, entre los vapores que se arrastraban sobre la superficie de la meseta de Orgall.

Y las nubes, al caer la noche, ¿no tomaban acaso una tonalidad rojiza, semejante al reflejo de un incendio?... Sí, y se hubiera dicho que volutas encendidas se arremolinaban sobre el castillo.

Y aquellos mugidos, que tanto habían asustado al doctor Patak, ¿se propagaban por los macizos del Plesa, para gran espanto de los habitantes de Werst?... Sí, o al menos, pese a la distancia, los vientos del sudoeste traían terribles bramidos que los ecos del puerto repetían.

Además, según aquella gente enloquecida, se hubiera dicho que el suelo se agitaba con trepidaciones subterráneas, como si un antiguo cráter se hubiese vuelto a encender en la cadena de los Cárpatos. Pero acaso hubiera en lo que los werstianos creían ver, oír y sentir buena parte de exageración. Fuera como fuese, se habían producido hechos positivos, tangibles, ha de convenirse en ello, y ya no había manera de vivir en un país tan extraordinariamente maquinado.

Ni que decir tiene que la posada del *Rey Matías* seguía desierta. Un lazareto en tiempos de epidemia no habría estado más abandonado. Nadie tenía la osadía de cruzar su umbral, y Jonas se preguntaba si, a falta de clientes, no se vería obligado a cerrar su negocio, cuando la llegada de dos viajeros vino a cambiar aquel estado de cosas.

En la noche del 9 de junio, hacia las ocho, el picaporte de la puerta se alzó desde fuera; pero aquella puerta, atrancada por dentro, no pudo abrirse.

Jonas, que ya se había retirado a su buhardilla, se apresuró a bajar. A la esperanza que sentía de encontrarse ante un huésped se unía el temor de que ese huésped no fuese sino algún aparecido de mal aspecto, al que no tardaría en negar cena y alojamiento.

Jonas se puso, pues, a parlamentar prudentemente a través de la puerta, sin abrirla.

—¿Quién va? —preguntó.

—Dos viajeros.

—¿Vivos?...

—Bien vivos.

—¿Están ustedes bien seguros?...

—Tan vivos como se puede estar, señor posadero; pero que no tardaremos en morirnos de hambre si tiene usted la crueldad de dejarnos fuera.

Jonas se decidió a descorrer los cerrojos, y dos hombres cruzaron el umbral de la sala.

Apenas hubieron entrado, su primera diligencia fue pedir cada uno una habitación, con intención de permanecer veinticuatro horas en Werst.

A la luz de su lámpara, Jonas examinó a los recién llegados con suma atención, y adquirió la certeza de que tenía delante a seres humanos de carne y hueso. ¡Qué buena fortuna para el *Rey Matías*!

El más joven de aquellos viajeros aparentaba unos treinta y dos años. Talla elevada, rostro noble y hermoso, ojos negros, cabellos castaño oscuro, barba morena elegantemente recortada, la fisonomía algo triste pero altiva: todo aquello era de gentilhombre, y un posadero tan observador como Jonas no podía equivocarse.

Además, cuando le preguntó bajo qué nombre debía inscribir a los dos viajeros:

—El conde Franz de Télek —respondió el joven—, y su soldado Rotzko.

—¿De qué país?...

—De Krajowa.

Krajowa es una de las principales villas del Estado de Rumanía, que linda con las provincias transilvanas hacia el sur de la cadena de los Cárpatos. Franz de Télek era, pues, de raza rumana, cosa que Jonas había reconocido a primera vista.

En cuanto a Rotzko, hombre de unos cuarenta años, alto, robusto, de espeso bigote, cabellos tupidos, pelo áspero, tenía un porte muy militar. Llevaba incluso la mochila del soldado, sujeta a los hombros con correas, y una maleta bastante ligera que sostenía en la mano.

Ese era todo el equipaje del joven conde, que viajaba como turista, la mayoría de las veces a pie. Así lo revelaba su atuendo: capa en bandolera, pasamontañas en la cabeza, chaqueta ceñida a la cintura por un cinturón del que colgaba la vaina de cuero del cuchillo valaco, polainas ajustadas a unos zapatos anchos y de suela gruesa.

Aquellos dos viajeros no eran otros que los que el pastor Frik había encontrado, unos diez días antes, en la carretera del puerto, cuando se dirigían hacia el Retyezat. Tras haber recorrido la comarca hasta los límites del Maros y haber ascendido a la montaña, venían a tomar un poco de descanso al pueblo de Werst, para remontar después el valle de los dos Sil.

—¿Tiene usted habitaciones que darnos? —preguntó Franz de Télek.

—Dos... tres... cuatro... cuantas le plazcan al señor conde —respondió Jonas.

—Con dos bastará —dijo Rotzko—; solo es necesario que estén una cerca de la otra.

—¿Le convendrán estas? —repuso Jonas, abriendo dos puertas al extremo de la gran sala.

—Muy bien —respondió Franz de Télek.

Como se ve, Jonas nada tenía que temer de sus nuevos huéspedes. No eran seres sobrenaturales, espíritus revestidos de apariencia humana. ¡No! Aquel gentilhombre se presentaba como uno de esos personajes distinguidos que un posadero siempre se honra en recibir. He aquí una feliz circunstancia que devolvería su clientela al *Rey Matías*.

—¿A qué distancia estamos de Kolosvar? —preguntó el joven conde.

—A una cincuentena de millas, siguiendo la carretera que pasa por Petroseny y Karlsburg —respondió Jonas.

—¿Es penosa la jornada?

—Muy penosa para quien va a pie, y, si se me permite hacer esta observación al señor conde, parece que el señor conde tuviera necesidad de descansar unos días...

—¿Podemos cenar? —preguntó Franz de Télek, cortando en seco las zalamerías del posadero.

—Media hora de paciencia, y tendré el honor de ofrecer al señor conde una comida digna de él...

—Con pan, vino, huevos y carne fría tendremos bastante para esta noche.

—Voy a servirlos.

—Cuanto antes.

—Al instante.

Y Jonas se disponía a volver a la cocina, cuando una pregunta lo detuvo.

—¿No parece que tenga usted mucha gente en su posada? —dijo Franz de Télek.

—En efecto... en este momento no hay nadie, señor conde.

—¿No es, pues, la hora en que la gente del país viene a beber fumando su pipa?

—Ya ha pasado la hora... señor conde... porque en el pueblo de Werst se acuestan con las gallinas.

Jonas jamás habría querido decir por qué el *Rey Matías* no albergaba a un solo cliente.

—¿No cuenta su pueblo con cuatrocientos o quinientos habitantes?

—Aproximadamente, señor conde.

—Sin embargo, no hemos encontrado alma viviente al bajar por la calle principal...

—Es que... hoy... es sábado... y víspera de domingo...

Franz de Télek no insistió, para alivio de Jonas, que ya no sabía qué responder. Por nada del mundo se habría decidido a confesar la situación. Los forasteros lo sabrían demasiado pronto, y quién sabe si no se apresurarían a huir de un pueblo con tan justificada mala fama.

«¡Con tal de que la voz no vuelva a parlotear mientras están cenando!», pensaba Jonas, mientras disponía la mesa en medio de la sala.

Pocos instantes después, la comida, muy sencilla, que había encargado el joven conde, quedó servida con esmero sobre un mantel bien blanco. Franz de Télek se sentó, y Rotzko tomó asiento frente a él, según su costumbre de viaje. Ambos comieron con gran apetito; luego, terminada la cena, se retiraron cada uno a su habitación.

Como el joven conde y Rotzko apenas habían cruzado diez palabras durante la cena, Jonas no había podido, para su vivo disgusto, mezclarse en modo alguno en su conversación. Por lo demás, Franz de Télek parecía ser poco comunicativo. En cuanto a Rotzko, tras haberlo observado, el posadero comprendió que nada podría sacarle acerca de la familia de su amo.

Jonas había tenido, pues, que contentarse con desear buenas noches a sus huéspedes. Pero, antes de subir a su buhardilla, recorrió la gran sala con la mirada, prestando oído inquieto a los más leves ruidos de dentro y de fuera, y repitiéndose:

«¡Con tal de que esa voz abominable no los despierte mientras duermen!»

La noche transcurrió tranquila.

Al día siguiente, desde el amanecer, se difundió la noticia de que dos viajeros se habían alojado en el *Rey Matías*, y numerosos habitantes acudieron ante la posada.

Muy fatigados por su excursión de la víspera, Franz de Télek y Rotzko dormían todavía. No era probable que tuvieran intención de levantarse antes de las siete u ocho de la mañana.

De ahí la gran impaciencia de los curiosos, que, sin embargo, no habrían tenido el valor de entrar en la sala mientras los viajeros no hubiesen salido de su habitación.

Ambos aparecieron por fin hacia las ocho.

Nada desagradable les había ocurrido. Se los pudo ver ir y venir por la posada. Luego se sentaron a desayunar. Aquello no dejaba de ser tranquilizador.

Por lo demás, Jonas, de pie en el umbral de la puerta, sonreía amablemente, invitando a sus antiguos clientes a devolverle su confianza. Puesto que el viajero que honraba al *Rey Matías* con su presencia era un gentilhombre —un gentilhombre rumano, nada menos, y de una de las más antiguas familias rumanas—, ¿qué podía temerse en tan noble compañía?

En fin, sucedió que maese Koltz, pensando que era su deber dar ejemplo, se aventuró a hacer acto de presencia.

Hacia las nueve, entró el biró, algo vacilante. Casi enseguida lo siguieron el magíster Hermod, otros tres o cuatro parroquianos y el pastor Frik. En cuanto al doctor Patak, había sido imposible convencerlo de que los acompañara.

«Volver a poner el pie en casa de Jonas —había respondido—, jamás, aunque me pagara diez florines por la visita.»

Conviene hacer aquí una observación que no carece de cierta importancia: si maese Koltz había accedido a volver al *Rey Matías*, no era con el único fin de satisfacer un sentimiento de curiosidad, ni por deseo de relacionarse con el conde Franz de Télek. ¡No! El interés entraba por buena parte en su determinación.

En efecto, en su calidad de viajero, el joven conde estaba obligado a pagar una tasa de paso por su soldado y por sí mismo. Ahora bien, no se ha olvidado, esas tasas iban directamente al bolsillo del primer magistrado de Werst.

El biró fue, pues, a hacer su reclamación en términos muy correctos, y Franz de Télek, aunque algo sorprendido por la petición, se apresuró a satisfacerla.

Incluso invitó a maese Koltz y al magíster a sentarse un instante a su mesa. Ambos aceptaron, no pudiendo rechazar una oferta formulada con tanta cortesía.

Jonas se apresuró a servir licores variados, los mejores de su bodega. Algunos vecinos de Werst pidieron entonces una ronda por su cuenta. Había,

así, motivos para creer que la antigua clientela, dispersada por un instante, no tardaría en volver a tomar el camino del *Rey Matías*.

Tras haber pagado la tasa de los viajeros, Franz de Télek quiso saber si era productiva.

—No tanto como quisiéramos, señor conde —respondió maese Koltz.

—¿Es que los extranjeros visitan raras veces esta parte de Transilvania?

—Raras veces, en efecto —replicó el biró—, y sin embargo el país merece ser explorado.

—Esa es también mi opinión —dijo el joven conde—. Lo que he visto de él me ha parecido digno de atraer la atención de los viajeros. Desde la cumbre del Retyezat, admiré mucho los valles del Sil, las villas que se descubren hacia el este, y ese circo de montañas que cierra por detrás el macizo de los Cárpatos.

—Es muy hermoso, señor conde, muy hermoso —respondió el magíster Hermod—, y, para completar su excursión, le recomendamos ascender al Paring.

—Me temo que no dispondré del tiempo necesario —respondió Franz de Télek.

—Bastaría con un día.

—Sin duda, pero me dirijo a Karlsburg, y pienso partir mañana por la mañana.

—¿Cómo, el señor conde pensaría dejarnos tan pronto? —dijo Jonas, poniendo su semblante más amable.

Y no le habría disgustado ver a sus dos huéspedes prolongar su estancia en el *Rey Matías*.

—Es preciso —respondió el conde de Télek—. Por lo demás, ¿de qué me serviría quedarme en Werst?...

—¡Créame que nuestro pueblo bien merece que un turista se detenga en él algún tiempo! —observó maese Koltz.

—Sin embargo, parece poco frecuentado —replicó el joven conde—, y es probablemente porque sus alrededores no ofrecen nada curioso...

—En efecto, nada curioso... —dijo el biró, pensando en el burgo.

—No..... nada curioso... —repitió el magíster.

—¡Oh!... ¡Oh!... —exclamó el pastor Frik, a quien esta exclamación se le escapó involuntariamente.

¡Qué miradas le lanzaron maese Koltz y los demás, y más particularmente el posadero! ¿Era acaso urgente poner a un extranjero al corriente de los secretos del país? ¿Revelarle lo que ocurría en la meseta de Orgall, llamar su atención sobre el castillo de los Cárpatos, no era acaso querer asustarlo, darle ganas de abandonar el pueblo? Y en lo sucesivo, ¿qué viajeros querían seguir la carretera del puerto de Vulkan para adentrarse en Transilvania?

En verdad, aquel pastor no mostraba más inteligencia que la última de sus ovejas.

«¡Pero cállate ya, imbécil, cállate ya!», le dijo a media voz maese Koltz.

No obstante, despierta ya la curiosidad del joven conde, este se dirigió directamente a Frik, y le preguntó qué significaban aquellos ¡oh!, ¡oh! interjectivos.

El pastor no era hombre de echarse atrás, y, en el fondo, quizá pensaba que Franz de Télek podría darle algún buen consejo del que el pueblo sacaría provecho.

—He dicho: ¡Oh!... ¡Oh!..., señor conde —replicó—, y no me desdigo.

—¿Hay en los alrededores de Werst alguna maravilla que visitar? —repuso el joven conde.

—Alguna maravilla... —replicó maese Koltz.

—¡No!... ¡no!... —exclamaron los presentes.

Y ya se asustaban ante la sola idea de que un segundo intento de penetrar en el burgo no dejaría de atraer nuevas desgracias.

Franz de Télek, no sin cierta sorpresa, observaba a aquella buena gente, cuyos rostros expresaban de diversas maneras el terror, pero de un modo muy elocuente.

—¿Qué ocurre, entonces? —preguntó.

—¿Qué ocurre, mi amo? —respondió Rotzko—. Pues bien, según parece, ocurre el castillo de los Cárpatos.

—¿El castillo de los Cárpatos?...

—¡Sí!... es el nombre que este pastor acaba de susurrarme al oído.

Y, diciendo esto, Rotzko señalaba a Frik, que meneaba la cabeza sin atreverse a mirar demasiado al biró.

En ese momento se abría una brecha en el muro de la vida privada del supersticioso pueblo, y toda su historia no tardó en pasar por aquella brecha.

Maese Koltz, resignado ya, quiso él mismo poner al corriente de la situación al joven conde, y le contó todo cuanto concernía al castillo de los Cárpatos.

Ni que decir tiene que Franz de Télek no pudo ocultar el asombro que aquel relato le causó, ni los sentimientos que le suscitó. Aunque mediocremente instruido en cuestiones de ciencia, a semejanza de los jóvenes de su condición que vivían en sus castillos en el fondo de las campiñas valacas, era hombre de buen sentido. Así, creía poco en las apariciones y se reía de buena gana de las leyendas. Un burgo encantado por espíritus era cosa bien capaz de excitar su incredulidad. A su juicio, en lo que acababa de contarle maese Koltz no había nada de maravilloso, sino únicamente algunos hechos más o menos comprobados, a los que la gente de Werst atribuía un origen sobrenatural. El humo de la torre del homenaje, la campana repicando a rebato, todo eso podía explicarse de manera muy sencilla. En cuanto a los fulgores y a los mugidos que salían del recinto, no eran más que puro efecto de alucinación.

Franz de Télek no se privó de decirlo y de bromear sobre ello, para gran escándalo de sus oyentes.

—Pero, señor conde —le hizo notar maese Koltz—, hay todavía otra cosa.

—¿Otra cosa?...

—¡Sí! Es imposible penetrar en el interior del castillo de los Cárpatos.

—¿De veras?...

—Nuestro guarda forestal y nuestro médico quisieron franquear sus murallas, hace unos días, por devoción al pueblo, y estuvieron a punto de pagar caro su intento.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Franz de Télek con tono bastante irónico.

Maese Koltz relató con detalle las aventuras de Nic Deck y del doctor Patak.

—Así pues —dijo el joven conde—, cuando el doctor quiso salir del foso, ¿tenía los pies tan fuertemente sujetos al suelo que no pudo dar un paso adelante?...

—¡Ni un paso adelante ni un paso atrás! —añadió el magíster Hermod.

—Se lo habrá figurado su doctor —replicó Franz de Télek—, y era el miedo lo que le pisaba los talones... ¡hasta metérsele en los talones!

—Sea, señor conde —repuso maese Koltz—. Pero ¿cómo explicar que Nic Deck sufriera una espantosa sacudida al poner la mano sobre la herrería del puente levadizo?...

—Algún mal golpe del que fue víctima...

—Y tan malo —repuso el biró— que lleva en cama desde ese día...

—No en peligro de muerte, espero —se apresuró a replicar el joven conde.

—No... por fortuna.

En realidad, había allí un hecho material, un hecho innegable, y maese Koltz esperaba la explicación que Franz de Télek iba a dar de ello.

He aquí lo que respondió, muy explícitamente.

—En todo lo que acabo de oír no hay nada, lo repito, que no sea muy sencillo. Lo que no me cabe duda es que el castillo de los Cárpatos está ahora ocupado. ¿Por quién? Lo ignoro. En todo caso, no son espíritus; son gentes a quienes conviene ocultarse, después de haber buscado allí refugio... sin duda malhechores...

—¿Malhechores? —exclamó maese Koltz.

—Es probable, y como no quieren que se vaya a molestarlos allí, se han empeñado en hacer creer que el burgo estaba encantado por seres sobrenaturales.

—¿Cómo, señor conde? —respondió el magíster Hermod—. ¿Usted piensa?...

—Pienso que este país es muy supersticioso, que los huéspedes del castillo lo saben, y que han querido prevenir de este modo la visita de los importunos.

Era verosímil que las cosas hubiesen ocurrido así; pero no ha de extrañar que nadie en Werst quisiera admitir esa explicación.

El joven conde vio bien que no había convencido en absoluto a un auditorio que no quería dejarse convencer. Así pues, se contentó con añadir:

—Ya que no quieren atenerse a mis razones, señores, sigan creyendo cuanto gusten acerca del castillo de los Cárpatos.

—Creemos lo que hemos visto, señor conde —respondió maese Koltz.

—Y lo que es —añadió el magíster.

—Sea, y, la verdad, siento no poder disponer de veinticuatro horas, pues Rotzko y yo habríamos ido a visitar su famoso burgo, y les aseguro que pronto habríamos sabido a qué atenernos...

—¡Visitar el burgo!... —exclamó maese Koltz.

—Sin vacilar, y el mismísimo diablo no nos habría impedido franquear su recinto.

Al oír a Franz de Télek expresarse en términos tan tajantes, tan burlones incluso, todos se sintieron presa de un espanto aún mayor. ¿No sería tratar con tal desenfado a los espíritus del castillo el modo de atraer alguna catástrofe sobre el pueblo?... ¿No oirían aquellos genios todo cuanto se decía en la posada del *Rey Matías*?... ¿No volvería a resonar la voz por segunda vez?

Y, a propósito de esto, maese Koltz informó al joven conde de en qué circunstancias el guarda forestal había sido, por su propio nombre, amenazado con un terrible castigo si se le ocurría querer descubrir los secretos del burgo.

Franz de Télek se contentó con encogerse de hombros; luego se levantó, diciendo que jamás voz alguna había podido oírse en aquella sala, como se pretendía. Todo aquello, afirmó, no existía sino en la imaginación de unos clientes demasiado crédulos y algo demasiado aficionados al schnaps del *Rey Matías*.

Ante esto, algunos se dirigieron hacia la puerta, poco dispuestos a permanecer más tiempo en un lugar donde aquel joven escéptico osaba sostener semejantes cosas.

Franz de Télek los detuvo con un gesto.

—Decididamente, señores —dijo—, veo que el pueblo de Werst está bajo el imperio del miedo.

—Y no sin razón, señor conde —respondió maese Koltz.

—Pues bien, el medio para acabar con las maquinaciones que, según ustedes, ocurren en el castillo de los Cárpatos, está bien claro. Pasado mañana estaré en Karlsburg, y, si lo desean, avisaré a las autoridades de la ciudad. Les enviarán una escuadra de gendarmes o de agentes de policía, y les garantizo que esos valientes sabrán muy bien penetrar en el burgo, ya sea para ahuyentar a los bromistas que se burlan de su credulidad, ya sea para detener a los malhechores que quizá preparan alguna fechoría.

Nada más razonable que aquella propuesta, y sin embargo no fue del gusto de los notables de Werst. A creerlos, ni los gendarmes, ni la policía, ni el propio ejército podrían con aquellos seres sobrehumanos, dotados para defenderse de procedimientos sobrenaturales.

—Pero se me ocurre, señores —repuso entonces el joven conde—, todavía no me han dicho a quién pertenece o pertenecía el castillo de los Cárpatos.

—A una antigua familia del país, la familia de los barones de Gortz —respondió maese Koltz.

—¿La familia de Gortz? —exclamó Franz de Télek.

—¡Ella misma!

—¿Esa familia a la que pertenecía el barón Rodolphe?...

—Sí, señor conde.

—¿Y saben ustedes qué ha sido de él?...

—No. Hace ya muchos años que el barón de Gortz no ha vuelto a aparecer por el castillo.

Franz de Télek había palidecido, y, maquinalmente, repetía aquel nombre con voz alterada:

«¡Rodolphe de Gortz!»

CAPÍTULO IX

La familia de los condes de Télek, una de las más antiguas y de las más ilustres de Rumanía, ocupaba ya allí un rango considerable antes de que el país hubiese conquistado su independencia hacia comienzos del siglo XVI. Mezclado con todas las peripecias políticas que forman la historia de esas provincias, el nombre de esta familia se ha inscrito en ellas gloriosamente.

En la actualidad, menos favorecida que aquella famosa haya del castillo de los Cárpatos, a la que aún le quedaban tres ramas, la casa de Télek se veía reducida a una sola, la rama de los Télek de Krajowa, cuyo último retoño era aquel joven gentilhomme que acababa de llegar a la aldea de Werst.

Durante su infancia, Franz nunca había salido del castillo patrimonial, donde vivían el conde y la condesa de Télek. Los descendientes de esta familia gozaban de gran consideración y hacían un uso generoso de su fortuna. Llevando la vida holgada y fácil de la nobleza rural, apenas si abandonaban el dominio de Krajowa una vez al año, cuando sus asuntos los llamaban a la villa de ese nombre, aunque no distaba más que unas pocas millas.

Este género de existencia influyó necesariamente en la educación de su hijo único, y Franz debía resentirse largo tiempo del ambiente en que había transcurrido su juventud. No tuvo más preceptor que un viejo sacerdote italiano, que no pudo enseñarle sino lo que él mismo sabía, y no sabía gran cosa. Así, el niño, convertido en joven, no había adquirido sino conocimientos muy insuficientes en las ciencias, las artes y la literatura contemporánea. Cazar con pasión, correr noche y día por los bosques y las llanuras, perseguir ciervos o jabalíes, atacar, cuchillo en mano, a las fieras de las montañas: tales fueron los pasatiempos habituales del joven conde, quien, siendo

muy valiente y muy resuelto, llevó a cabo verdaderas proezas en estos rudos ejercicios.

La condesa de Télek murió cuando su hijo apenas tenía quince años, y aún no había cumplido los veintiuno cuando el conde pereció en un accidente de caza.

El dolor del joven Franz fue extremo. Así como había llorado a su madre, lloró a su padre. Uno y otro acababan de serle arrebatados en pocos años. Toda su ternura, todo cuanto su corazón encerraba de impulsos afectuosos, se había concentrado hasta entonces en aquel amor filial, que puede bastar a las expansiones de la primera edad y de la adolescencia. Pero, cuando ese amor vino a faltarle, sin haber tenido nunca amigos, y muerto su preceptor, se encontró solo en el mundo.

El joven conde permaneció aún tres años en el castillo de Krajowa, del que no quería salir. Vivía allí sin buscar crearse ninguna relación exterior. Apenas fue una o dos veces a Bucarest, porque ciertos asuntos lo obligaban a ello. Por lo demás, no eran sino breves ausencias, pues tenía prisa por volver a su dominio.

Sin embargo, esta existencia no podía durar siempre, y Franz acabó por sentir la necesidad de ensanchar un horizonte que las montañas rumanas limitaban estrechamente, y de volar más allá.

El joven conde tenía unos veintitrés años cuando tomó la resolución de viajar. Su fortuna debía permitirle satisfacer ampliamente sus nuevos gustos. Un día, abandonó el castillo de Krajowa a sus viejos criados, y dejó el país valaco. Se llevó consigo a Rotzko, un antiguo soldado rumano, ya desde hacía diez años al servicio de la familia de Télek, el compañero de todas sus expediciones de caza. Era un hombre de valor y resolución, enteramente entregado a su amo.

La intención del joven conde era visitar Europa, deteniéndose unos meses en las capitales y las ciudades importantes del continente. Estimaba, no sin razón, que su instrucción, apenas esbozada en el castillo de Krajowa, podría completarse con las enseñanzas de un viaje, cuyo plan había preparado cuidadosamente.

Fue Italia lo que Franz de Télek quiso visitar primero, pues hablaba con bastante soltura la lengua italiana que el viejo sacerdote le había enseñado.

El atractivo de aquella tierra, tan rica en recuerdos y hacia la cual se sentía preferentemente atraído, fue tal que permaneció allí cuatro años. No dejaba Venecia sino por Florencia, ni Roma sino por Nápoles, volviendo sin cesar a aquellos centros artísticos de los que no podía arrancarse. Francia, Alemania, España, Rusia, Inglaterra, las vería más tarde, las estudiaría incluso con más provecho, le parecía, cuando la edad hubiese madurado sus ideas. Por el contrario, hace falta tener toda la efervescencia de la juventud para gustar el encanto de las grandes ciudades italianas.

Franz de Télek tenía veintisiete años cuando vino a Nápoles por última vez. No contaba pasar allí más que unos días, antes de dirigirse a Sicilia. Era mediante la exploración de la antigua *Trinacria* como quería concluir su viaje; luego, regresaría al castillo de Krajowa para tomarse allí un año de descanso.

Una circunstancia inesperada iba a cambiar no solo sus disposiciones, sino a decidir su vida y a modificar su curso.

Durante aquellos años vividos en Italia, si el joven conde había ganado escasamente en el terreno de las ciencias, para las que no se sentía ninguna aptitud, al menos el sentimiento de lo bello le había sido revelado como a un ciego la luz. Con el espíritu ampliamente abierto a los esplendores del arte, se entusiasmaba ante las obras maestras de la pintura cuando visitaba los museos de Nápoles, de Venecia, de Roma y de Florencia. Al mismo tiempo, los teatros le habían dado a conocer las obras líricas de aquella época, y se había apasionado por la interpretación de los grandes artistas.

Fue durante su última estancia en Nápoles, y en las circunstancias particulares que van a referirse, cuando un sentimiento de naturaleza más íntima, de penetración más intensa, se apoderó de su corazón.

Había por entonces en el teatro San Carlo una célebre cantante, cuya voz pura, cuyo método acabado, cuyo juego dramático, hacían la admiración de los dilettanti. Hasta entonces la Stilla nunca había buscado los aplausos del extranjero, y no cantaba otra música que la música italiana, que había recordado el primer rango en el arte de la composición. El teatro Carignan de Turín, la Scala de Milán, el Fenice de Venecia, el teatro Alfieri de Florencia, el teatro Apolo de Roma, el San Carlo de Nápoles, la poseían por turnos, y sus triunfos no le dejaban ningún pesar por no haber aparecido todavía en los demás escenarios de Europa.

La Stilla, que entonces contaba veinticinco años, era una mujer de una belleza incomparable, con su larga cabellera de tonos dorados, sus ojos negros y profundos, en los que se encendían llamas, la pureza de sus rasgos, su cálida tez, su talle, que el cincel de un Praxíteles no habría podido formar más perfecto. Y de aquella mujer se desprendía una artista sublime, otra Malibrán, de quien también habría podido decir Musset:

¡Y tus cantos llevaban el dolor hasta los cielos!

Pero aquella voz que el más amado de los poetas celebró en sus estancias inmortales:

...esa voz del corazón que solo al corazón llega,

esa voz era la de la Stilla en toda su inexpresable magnificencia.

Sin embargo, aquella gran artista, que reproducía con tal perfección los acentos de la ternura, los sentimientos más poderosos del alma, jamás, se decía, había sentido su corazón esos efectos. Nunca había amado, nunca sus ojos habían respondido a las mil miradas que la envolvían en escena. Parecía que no quisiera vivir sino en su arte y únicamente para su arte.

Desde la primera vez que vio a la Stilla, Franz experimentó los arrebatos irresistibles de un primer amor. Así, renunciando al proyecto que había formado de abandonar Italia tras visitar Sicilia, resolvió quedarse en Nápoles hasta el final de la temporada. Como si algún vínculo invisible, que no habría tenido fuerzas para romper, lo hubiese atado a la cantante, asistía a todas aquellas representaciones que el entusiasmo del público transformaba en verdaderos triunfos. Varias veces, incapaz de dominar su pasión, había intentado tener acceso hasta ella; pero la puerta de la Stilla permaneció implacablemente cerrada para él, como para tantos otros de sus fanáticos admiradores.

De ello se sigue que el joven conde fue pronto el más digno de lástima de los hombres. Sin pensar sino en la Stilla, sin vivir sino para verla y oírla, sin buscar crearse relaciones en el mundo al que lo llamaban su nombre y su fortuna, bajo esta tensión del corazón y del espíritu, su salud no tardó en verse seriamente comprometida. Y júzguese lo que habría sufrido si hubiera tenido un rival. Pero él lo sabía: nadie habría podido hacerle sombra, ni siquiera cierto personaje bastante extraño, cuyos rasgos y carácter las peripecias de esta historia exigen que demos a conocer.

Era un hombre de cincuenta a cincuenta y cinco años — así se suponía, al menos, en el último viaje de Franz de Télek a Nápoles—. Aquel ser poco comunicativo parecía afectar mantenerse al margen de esas convenciones sociales que aceptan las clases altas. No se sabía nada de su familia, de su posición, de su pasado. Se le encontraba hoy en Roma, mañana en Florencia, y, hay que decirlo, según que la Stilla estuviese en Florencia o en Roma. En realidad, solo se le conocía una pasión: oír a la prima donna de tan gran renombre, que ocupaba entonces el primer puesto en el arte del canto.

Si Franz de Télek no vivía ya sino para la Stilla desde el día en que la había visto en el teatro de Nápoles, hacía ya seis años que aquel excéntrico dilettante no vivía sino para oírla, y parecía que la voz de la cantante se hubiese vuelto necesaria para su vida como el aire que respiraba. Nunca había intentado encontrarla fuera de la escena, nunca se había presentado en su casa ni le había escrito. Pero, cada vez que la Stilla debía cantar, en cualquier teatro de Italia que fuese, se veía pasar ante el control a un hombre de elevada estatura, envuelto en un largo gabán oscuro, tocado con un ancho sombrero que le ocultaba el rostro. Este hombre se apresuraba a ocupar un asiento al fondo de un palco enrejado, alquilado de antemano para él. Permanecía allí encerrado, inmóvil y silencioso, durante toda la representación. Luego, en cuanto la Stilla había terminado su aria final, se marchaba furtivamente, y ningún otro cantante, ninguna otra cantante, habría podido retenerlo; ni siquiera los habría oído.

¿Quién era aquel espectador tan asiduo? La Stilla había tratado en vano de averiguarlo. Así, siendo de naturaleza muy impresionable, había acabado por asustarse de la presencia de aquel hombre extraño —temor irrazonado, aunque muy real en el fondo—. Aunque no podía verlo en el fondo de su palco, cuya reja jamás bajaba, sabía que estaba allí, sentía su mirada imperiosa fija en ella, que la turbaba hasta el punto de no oír ya ni los aplausos con que el público acogía su entrada en escena.

Se ha dicho que aquel personaje nunca se había presentado ante la Stilla. Pero si no había intentado conocer a la mujer —insistiremos particularmente en este punto—, todo cuanto pudiera recordarle a la artista había sido objeto de sus constantes atenciones. Así es como poseía el más hermoso de los retratos que el gran pintor Michel Gregorio hubiera hecho de la cantante, apasionada, vibrante, sublime, encarnada en uno de sus más bellos papeles,

y aquel retrato, adquirido a peso de oro, valía el precio que por él había pagado su admirador.

Si aquel original estaba siempre solo cuando venía a ocupar su palco en las representaciones de la Stilla, si nunca salía de su casa sino para ir al teatro, no habría que concluir que viviese en un aislamiento absoluto. No: un compañero, no menos heteróclito que él, compartía su existencia.

Aquel individuo se llamaba Orfanik. ¿Qué edad tenía, de dónde venía, dónde había nacido? Nadie habría podido responder a estas tres preguntas. A oírlo — pues hablaba de buena gana —, era uno de esos sabios desconocidos, cuyo genio no ha podido abrirse camino, y que han tomado el mundo en aversión. Se suponía, no sin razón, que debía de ser algún pobre diablo de inventor al que sostenía largamente la bolsa del rico dilettante. Orfanik era de estatura mediana, flaco, enclenque, escuálido, con uno de esos rostros pálidos que, en el lenguaje antiguo, se calificaban de «cara de hambre». Como seña particular, llevaba un parche negro sobre el ojo derecho, que debía de haber perdido en algún experimento de física o de química, y, sobre la nariz, un par de gruesas gafas cuyo único cristal de miope servía a su ojo izquierdo, encendido con una mirada verdosa. Durante sus paseos solitarios, gesticulaba, como si conversara con algún ser invisible que lo escuchaba sin responderle jamás.

Estos dos tipos, el extraño melómano y el no menos extraño Orfanik, eran bien conocidos, al menos en la medida en que podían serlo, en aquellas ciudades de Italia adonde los llamaba regularmente la temporada teatral. Tenían el privilegio de excitar la curiosidad pública, y, aunque el admirador de la Stilla había rechazado siempre a los periodistas y sus indiscretas entrevistas, se había acabado por conocer su nombre y su nacionalidad. Aquel personaje era de origen rumano, y, cuando Franz de Télek preguntó cómo se llamaba, le respondieron: «El barón Rodolphe de Gortz.»

Así estaban las cosas en la época en que el joven conde acababa de llegar a Nápoles. Desde hacía dos meses, el teatro San Carlo no se vaciaba, y el éxito de la Stilla crecía cada noche. Nunca se había mostrado tan admirable en los diversos papeles de su repertorio, nunca había provocado ovaciones más entusiastas.

En cada una de aquellas representaciones, mientras Franz ocupaba su butaca de platea, el barón de Gortz, escondido en el fondo de su palco, se ab-

sorbía en aquel canto exquisito, se impregnaba de aquella voz penetrante, sin la cual parecía que no habría podido vivir.

Fue entonces cuando corrió un rumor por Nápoles —un rumor que el público se negaba a creer, pero que acabó por alarmar al mundo de los diletanti—.

Se decía que, terminada la temporada, la Stilla iba a renunciar al teatro. ¡Cómo! ¿En plena posesión de su talento, en toda la plenitud de su belleza, en el apogeo de su carrera de artista, era posible que pensara en retirarse?

Por inverosímil que fuese, era verdad, y, sin que él lo sospechara, el barón de Gortz era en parte causa de aquella resolución.

Aquel espectador de aire misterioso, siempre presente, aunque invisible tras la reja de su palco, había acabado por provocar en la Stilla una emoción nerviosa y persistente, de la que ya no podía defenderse. Desde su entrada en escena, se sentía impresionada hasta tal punto que aquella turbación, muy visible para el público, había ido alterando poco a poco su salud. Abandonar Nápoles, huir a Roma, a Venecia, o a cualquier otra ciudad de la península, no habría bastado, ella lo sabía, para librarla de la presencia del barón de Gortz. Ni siquiera habría logrado escapar de él abandonando Italia por Alemania, Rusia o Francia. La seguiría a todas partes donde fuese a hacerse oír, y, para librarse de aquella obsesiva importunidad, el único medio era abandonar el teatro.

Ahora bien, desde hacía ya dos meses, antes de que el rumor de su retiro se hubiese difundido, Franz de Télek se había decidido a dar ante la cantante un paso cuyas consecuencias habrían de traer, por desgracia, la más irreparable de las catástrofes. Libre de su persona, dueño de una gran fortuna, había logrado que lo recibieran en casa de la Stilla, y le había ofrecido convertirse en condesa de Télek.

La Stilla no ignoraba, desde hacía tiempo, los sentimientos que inspiraba al joven conde. Se había dicho que era un gentilhombre al que cualquier mujer, aun de la más alta sociedad, habría sido feliz de confiar su dicha. Así, en la disposición de ánimo en que se hallaba, cuando Franz de Télek le ofreció su nombre, lo acogió con una simpatía que no trató de disimular. Fue con entera fe en sus sentimientos como consintió en convertirse en es-

posa del conde de Télek, y sin pesar por tener que abandonar la carrera dramática.

La noticia era, pues, cierta: la Stilla no volvería a aparecer en ningún teatro en cuanto terminara la temporada de San Carlo. Su matrimonio, del que ya se tenían algunas sospechas, se dio entonces por seguro.

Como se comprenderá, esto produjo un efecto prodigioso, no solo en el mundo artístico, sino también en la alta sociedad de Italia. Tras haberse negado a creer en la realización de aquel proyecto, hubo que rendirse a la evidencia. Celos y odios se levantaron entonces contra el joven conde, que arrebatava a su arte, a sus éxitos, a la idolatría de los dilettanti, a la más grande cantante de la época. De ello resultaron amenazas personales dirigidas a Franz de Télek —amenazas de las que el joven no se preocupó ni un instante.

Pero, si así fue entre el público, imagínese lo que debió de sentir el barón Rodolphe de Gortz al pensar que la Stilla iba a serle arrebatada, que perdería con ella todo cuanto lo ataba a la vida. Corrió el rumor de que intentó acabar con su vida. Lo cierto es que, a partir de aquel día, se dejó de ver a Orfanik recorrer las calles de Nápoles. Sin separarse ya del barón Rodolphe, llegó incluso a encerrarse varias veces con él en aquel palco de San Carlo que el barón ocupaba en cada representación —cosa que nunca le había sucedido, siendo, como tantos otros sabios, absolutamente refractario al encanto de la música.

Sin embargo, los días transcurrían, la emoción no se calmaba, e iba a llegar a su colmo la noche en que la Stilla hiciera su última aparición en el teatro. Era en el espléndido papel de Angélica, de Orlando, aquella obra maestra del maestro Arconati, en el que debía dar su adiós al público.

Aquella noche, el San Carlo resultó diez veces demasiado pequeño para contener a los espectadores que se apretujaban en sus puertas y de los cuales la mayor parte tuvo que quedarse en la plaza. Se temían manifestaciones contra el conde de Télek, si no mientras la Stilla estuviese en escena, al menos cuando el telón cayera sobre el quinto acto de la ópera.

El barón de Gortz había ocupado su palco, y, también esta vez, Orfanik se hallaba junto a él.

La Stilla apareció, más emocionada de lo que jamás lo había estado. Sin embargo, se rehízo, se entregó a su inspiración, cantó, con qué perfección, con qué incomparable talento, no podría expresarse. El entusiasmo indescriptible que suscitó entre los espectadores se elevó hasta el delirio.

Durante la representación, el joven conde había permanecido al fondo de los bastidores, impaciente, nervioso, febril, sin poder contenerse, maldiciendo la duración de las escenas, irritándose por los retrasos que provocaban los aplausos y las llamadas a escena. ¡Ah, cómo ansiaba arrancar de aquel teatro a la que iba a convertirse en condesa de Télek, y llevársela lejos, muy lejos, tan lejos que no fuese ya sino suya, solo suya!

Llegó aquella escena dramática en que muere la heroína de Orlando. Nunca la admirable música de Arconati pareció más penetrante, nunca la Stilla la interpretó con acentos más apasionados. Toda su alma parecía destilarse a través de sus labios... Y, sin embargo, se hubiera dicho que aquella voz, desgarrada por instantes, iba a quebrarse, ¡aquella voz que no debía volver a oírse!

En ese momento, la reja del palco del barón de Gortz bajó. Una cabeza extraña, de largos cabellos entrecanos, de ojos de fuego, se mostró; su rostro extático era de una palidez espantosa, y, desde el fondo de los bastidores, Franz lo vio de pleno en la luz, cosa que aún no le había sucedido.

La Stilla se dejaba entonces arrastrar por todo el ímpetu de aquella arrebatadora *stretta* del canto final... Acababa de repetir aquella frase de sentimiento sublime:

Innamorata, mio cuore, tremante, Voglio morire...

De pronto, se detiene...

El rostro del barón de Gortz la aterra... Un espanto inexplicable la paraliza... Se lleva rápidamente la mano a la boca, que se enrojece de sangre... Vacila... cae...

El público se ha puesto en pie, palpitante, enloquecido, en el colmo de la angustia...

Un grito escapa del palco del barón de Gortz...

Franz acaba de precipitarse sobre el escenario, toma a la Stilla entre sus brazos, la levanta... la mira... la llama:

—¡Muerta!... ¡muerta!... —exclama—, ¡muerta!...

¡La Stilla ha muerto!... Un vaso se ha roto en su pecho... ¡Su canto se ha apagado con su último suspiro!

* * *

El joven conde fue trasladado a su hotel, en un estado tal que se temió por su razón. No pudo asistir a los funerales de la Stilla, que se celebraron en medio de una inmensa concurrencia de la población napolitana.

En el cementerio del *Campo Santo Nuovo*, donde la cantante fue inhumada, no se lee sino este nombre sobre un mármol blanco:

STILLA

La noche de los funerales, un hombre acudió al Campo Santo Nuovo. Allí, con los ojos extraviados, la cabeza inclinada, los labios apretados como si ya estuvieran sellados por la muerte, contempló largo rato el lugar donde la Stilla estaba sepultada. Parecía aguzar el oído, como si la voz de la gran artista fuese a escaparse una última vez de aquella tumba...

Era Rodolphe de Gortz.

Esa misma noche, el barón de Gortz, acompañado de Orfanik, abandonó Nápoles, y, desde su partida, nadie habría podido decir qué había sido de él.

Pero, al día siguiente, llegó una carta dirigida al joven conde.

Esta carta no contenía sino estas palabras de un laconismo amenazador:

«¡Fue usted quien la mató!... ¡Ay de usted, conde de Télek!

»RUDOLPHE DE GORTZ.»

CAPÍTULO X

Tal había sido esta lamentable historia.

Durante un mes, la vida de Franz de Télek estuvo en peligro. No reconocía a nadie, ni siquiera a su soldado Rotzko. En lo más álgido de la fiebre, un solo nombre entreabría sus labios, prestos a exhalar el último suspiro: era el de la Stilla.

El joven conde escapó a la muerte. La pericia de los médicos, los cuidados incesantes de Rotzko y, además, la juventud y la naturaleza ayudando, Franz de Télek se salvó. Su razón salió intacta de aquella espantosa conmoción. Pero, cuando el recuerdo volvía a él, cuando recordaba la trágica escena final de Orlando, en la que el alma de la artista se había quebrado:

—¡Stilla!... ¡mi Stilla! —exclamaba, mientras sus manos se tendían como para aplaudirla todavía. En cuanto su amo pudo dejar la cama, Rotzko obtuvo de él que huiría de aquella ciudad maldita, que se dejaría trasladar al castillo de Krajowa. No obstante, antes de abandonar Nápoles, el joven conde quiso ir a rezar sobre la tumba de la difunta, y darle un supremo, un eterno adiós.

Rotzko lo acompañó al Campo Santo Nuovo. Franz se arrojó sobre aquella tierra cruel; se esforzaba por cavarla con las uñas, para enterrarse en ella... Rotzko logró arrastrarlo lejos de la tumba, donde yacía toda su felicidad.

Unos días después, Franz de Télek, de vuelta en Krajowa, en lo más profundo del país valaco, había vuelto a ver el antiguo dominio de su familia. Fue en el interior de aquel castillo donde vivió durante cinco años en un aislamiento absoluto, del que se negaba a salir. Ni el tiempo ni la distancia ha-

bían podido aportar alivio alguno a su dolor. Le habría hecho falta olvidar, y eso era impensable. El recuerdo de la Stilla, tan vivo como el primer día, estaba identificado con su existencia. Hay heridas que solo se cierran con la muerte.

Sin embargo, en la época en que comienza esta historia, el joven conde había abandonado el castillo hacía algunas semanas. ¡A qué largas y apremiantes instancias había tenido que recurrir Rotzko para decidir a su amo a romper con aquella soledad en la que se consumía! Que Franz no lograra consolarse, sea; pero al menos era indispensable que intentara distraer su dolor.

Se había decidido un plan de viaje, para visitar primero las provincias transilvanas. Más tarde —eso esperaba Rotzko—, el joven conde consentiría en reanudar por Europa aquel viaje que se había interrumpido por los tristes sucesos de Nápoles.

Franz de Télek había partido, pues, esta vez como turista, y solo para una exploración de corta duración. Rotzko y él habían remontado las llanuras valacas hasta el imponente macizo de los Cárpatos; se habían internado por los desfiladeros del puerto de Vulkan; luego, tras la ascensión al Retyezat y una excursión por el valle del Maros, habían venido a descansar al pueblo de Werst, en la posada del *Rey Matías*.

Ya se sabe cuál era el estado de los ánimos en el momento en que llegó Franz de Télek, y cómo se le había puesto al corriente de los hechos incomprensibles de los que el burgo era escenario. También se sabe cómo, poco antes, se había enterado de que el castillo pertenecía al barón Rodolphe de Gortz.

El efecto producido por ese nombre en el joven conde había sido demasiado perceptible para que maese Koltz y los demás notables no lo hubieran advertido. Por eso Rotzko mandó de buena gana al diablo a aquel maese Koltz, que lo había pronunciado tan a destiempo, junto con sus necias historias. ¡Por qué una mala suerte había tenido que traer a Franz de Télek precisamente a este pueblo de Werst, en las inmediaciones del castillo de los Cárpatos!

El joven conde guardaba silencio. Su mirada, errante de uno a otro, no indicaba sino demasiado bien la profunda turbación de su alma, que en vano

intentaba calmar.

Maese Koltz y sus amigos comprendieron que algún vínculo misterioso debía de unir al conde de Télek con el barón de Gortz; pero, por curiosos que fuesen, se mantuvieron en una discreción prudente y no insistieron en averiguar más. Más tarde se vería qué convendría hacer.

Unos instantes después, todos habían abandonado el *Rey Matías*, muy intrigados por aquel extraordinario encadenamiento de aventuras, que no presagiaba nada bueno para el pueblo.

Y además, ahora que el joven conde sabía a quién pertenecía el castillo de los Cárpatos, ¿cumpliría su promesa? Una vez llegado a Karlsburg, ¿avisaría a las autoridades y reclamaría su intervención? Esto era lo que se preguntaban el biró, el magíster, el doctor Patak y los demás. En cualquier caso, si él no lo hacía, maese Koltz estaba decidido a hacerlo. Se avisaría a la policía, esta vendría a visitar el castillo, vería si estaba encantado por espíritus o habitado por malhechores, pues el pueblo no podía seguir por más tiempo bajo semejante obsesión.

Para la mayoría de sus habitantes, es cierto, aquello sería una tentativa inútil, una medida ineficaz. ¡Atacar a los genios!... ¡Pero los sables de los gendarmes se romperían como el cristal, y sus fusiles fallarían en cada disparo!

Franz de Télek, que se había quedado solo en la gran sala del *Rey Matías*, se abandonó al curso de aquellos recuerdos que el nombre del barón de Gortz acababa de evocar tan dolorosamente.

Tras permanecer una hora como anonadado en un sillón, se levantó, salió de la posada, se dirigió hacia el extremo de la terraza y miró a lo lejos.

Sobre la cresta del Plesa, en el centro de la meseta de Orgall, se alzaba el castillo de los Cárpatos. Allí había vivido aquel extraño personaje, el espectador del San Carlo, el hombre que inspiraba un terror tan insuperable a la desdichada Stilla. Pero, en la actualidad, el burgo estaba abandonado, y el barón de Gortz no había vuelto a él desde que huyera de Nápoles. Se desconocía incluso qué había sido de él, y era posible que hubiese puesto fin a su existencia, tras la muerte de la gran artista.

Franz se perdía así por el campo de las hipótesis, sin saber en cuál detenerse.

Por otra parte, la aventura del guarda forestal Nic Deck no dejaba de preocuparle en cierta medida, y le habría complacido descubrir su misterio, aunque solo fuera para tranquilizar a la población de Werst.

Así pues, como el joven conde no ponía en duda que unos malhechores hubiesen tomado el castillo por refugio, resolvió cumplir la promesa que había hecho de desbaratar las maniobras de aquellos falsos aparecidos, avisando a la policía de Karlsburg.

No obstante, para estar en condiciones de actuar, Franz quería tener detalles más pormenorizados sobre aquel asunto. Lo mejor era dirigirse en persona al joven guarda forestal. Por eso, hacia las tres de la tarde, antes de volver al *Rey Matías*, se presentó en casa del biró.

Maese Koltz se mostró muy honrado de recibir a un gentilhombre como el señor conde de Télek..., a aquel descendiente de una noble familia de raza rumana..., a quien el pueblo de Werst debería el haber recobrado la calma... y también la prosperidad..., puesto que los turistas volverían a visitar el país... y a pagar los derechos de peaje, sin tener nada que temer de los genios malignos del castillo de los Cárpatos... etcétera.

Franz de Télek dio las gracias a maese Koltz por sus cumplidos, y preguntó si no habría inconveniente alguno en que se le introdujera junto a Nic Deck.

—No hay ninguno, señor conde —respondió el biró—. Ese buen muchacho va tan bien como cabe esperar, y no tardará en reincorporarse a su servicio.

Luego, volviéndose:

—¿No es verdad, Miriota? —añadió, interpelando a su hija, que acababa de entrar en la sala.

—¡Quiera Dios que así sea, padre! —respondió Miriota con voz emocionada.

Franz quedó encantado con el gracioso saludo que le dirigió la joven. Y, al verla todavía inquieta por el estado de su prometido, se apresuró a pedirle algunas explicaciones al respecto.

—Por lo que he oído —dijo él—, Nic Deck no ha sido gravemente herido...

—No, señor conde —respondió Miriota—, ¡y bendito sea el Cielo por ello!

—¿Tienen un buen médico en Werst?

—¡Ejem! —dijo maese Koltz, con un tono poco halagüeño para el antiguo enfermero del lazareto.

—Tenemos al doctor Patak —respondió Miriota.

—¿El mismo que acompañaba a Nic Deck al castillo de los Cárpatos?

—Sí, señor conde.

—Señorita Miriota —dijo entonces Franz—, desearía, en interés suyo, ver a su prometido, y obtener detalles más precisos sobre esta aventura.

—Se apresurará a dárselos, aunque le cueste algo de fatiga...

—Oh, no abusaré, señorita Miriota, y no haré nada que pueda perjudicar a Nic Deck.

—Lo sé, señor conde.

—¿Cuándo ha de celebrarse su boda?...

—Dentro de unos quince días —respondió el biró.

—Entonces tendré el placer de asistir, si maese Koltz tiene a bien invitarme...

—Señor conde, semejante honor...

—Dentro de unos quince días, queda convenido, y estoy seguro de que Nic Deck estará curado, en cuanto pueda permitirse un paseo con su bonita prometida.

—¡Dios lo proteja, señor conde! —respondió la joven, ruborizándose.

Y, en aquel momento, su encantador rostro expresó una ansiedad tan visible, que Franz le preguntó la causa.

—¡Sí! Que Dios lo proteja —respondió Miriota—, pues, al intentar penetrar en el castillo a pesar de su prohibición, Nic desafió a los genios malignos... ¡Y quién sabe si no se obstinarán en atormentarlo toda su vida!...

—Oh, en cuanto a eso, señorita Miriota —respondió Franz—, pondremos remedio, se lo prometo.

—¿No le ocurrirá nada a mi pobre Nic?...

—Nada, y gracias a los agentes de la policía, dentro de unos días se podrá recorrer el recinto del burgo con tanta seguridad como la plaza de Werst.

El joven conde, juzgando inoportuno discutir aquella cuestión de lo sobrenatural ante unos ánimos tan predispuestos, rogó a Miriota que lo condujera a la habitación del guarda forestal.

Eso fue lo que la joven se apresuró a hacer, y dejó a Franz a solas con su prometido.

Nic Deck había sido informado de la llegada de los dos viajeros a la posada del *Rey Matías*. Sentado en el fondo de un viejo sillón, ancho como una garita, se levantó para recibir a su visitante. Como apenas sentía ya los efectos de la parálisis que lo había afectado momentáneamente, estaba en condiciones de responder a las preguntas del conde de Télek.

—Señor Deck —dijo Franz, tras estrechar amistosamente la mano del joven guarda forestal—, le preguntaré ante todo si cree usted en la presencia de seres sobrenaturales en el castillo de los Cárpatos.

—Me veo obligado a creer en ello, señor conde —respondió Nic Deck.

—¿Y serían ellos los que le impidieron franquear la muralla del burgo?

—No lo dudo.

—¿Y por qué, si no le importa?...

—Porque, si no hubiera genios, lo que me ha ocurrido sería inexplicable.

—¿Tendría usted la amabilidad de contarme este asunto sin omitir nada de lo que ha sucedido?

—Con mucho gusto, señor conde.

Nic Deck hizo un relato detallado de lo que se le pedía. No pudo sino confirmar los hechos que ya habían llegado a conocimiento de Franz durante su conversación con los huéspedes del *Rey Matías* —hechos a los que el joven conde, como se sabe, daba una interpretación puramente natural.

En suma, los sucesos de aquella noche de aventuras se explicaban fácilmente si los seres humanos, malhechores u otros, que ocupaban el burgo, poseían la maquinaria capaz de producir aquellos efectos fantasmagóricos. En cuanto a la singular pretensión del doctor Patak de haberse sentido encajado al suelo por alguna fuerza invisible, podía sostenerse que dicho doctor había sido juguete de una ilusión. Lo que parecía verosímil es que las piernas le habían fallado simplemente porque estaba loco de espanto, y eso fue lo que Franz declaró al joven guarda forestal.

—¿Cómo, señor conde? —respondió Nic Deck—. ¿Fue precisamente en el momento en que quería huir cuando le fallaron las piernas a ese cobarde? Eso apenas es posible, convendrá usted conmigo...

—Bueno —repuso Franz—, admitamos que sus pies se enredaron en alguna trampa oculta bajo la hierba, en el fondo del foso...

—Cuando las trampas se cierran —respondió el guarda forestal—, hieren cruelmente, desgarran las carnes, y las piernas del doctor Patak no tienen ni rastro de herida.

—Su observación es justa, Nic Deck, y sin embargo, créame, si es verdad que el doctor no pudo soltarse, fue porque sus pies estaban retenidos de esa manera...

—Entonces le preguntaré, señor conde, cómo pudo una trampa volver a abrirse por sí sola para devolverle la libertad al doctor.

Franz se sintió bastante confuso para responder.

—Por lo demás, señor conde —repuso el guarda forestal—, le dejo a usted lo que concierne al doctor Patak. Al fin y al cabo, solo puedo afirmar lo que sé por mí mismo.

—Sí... dejemos a ese buen doctor, y hablemos solo de lo que le ocurrió a usted, Nic Deck.

—Lo que me ocurrió es muy claro. No cabe duda de que recibí una terrible sacudida, y de una manera que no es en absoluto natural.

—¿No había ningún indicio de herida en su cuerpo? —preguntó Franz.

—Ninguno, señor conde, y sin embargo fui alcanzado con una violencia...

—¿Fue justo en el momento en que había puesto la mano sobre el herraje del puente levadizo?...

—Sí, señor conde, y apenas lo había tocado cuando quedé como paralizado. Por fortuna, mi otra mano, que sujetaba la cadena, no soltó la presa, y me deslicé hasta el fondo del foso, donde el doctor me recogió sin conocimiento.

Franz meneaba la cabeza como hombre a quien aquellas explicaciones dejaban incrédulo.

—Vamos, señor conde —repuso Nic Deck—, lo que le he contado no lo he soñado, y si durante ocho días permanecí tendido cuan largo soy en esa cama, sin poder usar ni el brazo ni la pierna, no sería razonable decir que me lo he imaginado todo.

—Tampoco pretendo tal cosa, y es bien cierto que sufrió usted una conmoción brutal...

—¡Brutal y diabólica!

—No, y en eso es en lo que discrepamos, Nic Deck —respondió el joven conde—. Usted cree haber sido golpeado por un ser sobrenatural, y yo no lo creo, por la sencilla razón de que no existen seres sobrenaturales, ni malignos ni benignos.

—¿Querría entonces, señor conde, darme la razón de lo que me ha ocurrido?

—Todavía no puedo, Nic Deck, pero esté seguro de que todo se explicará, y de la manera más sencilla.

—¡Quiera Dios! —respondió el guarda forestal.

—Dígame —repuso Franz—, ¿ha pertenecido siempre ese castillo a la familia de Gortz?

—Sí, señor conde, y sigue perteneciéndole, aunque el último descendiente de la familia, el barón Rodolphe, desapareció sin que jamás se haya vuelto a tener noticias suyas.

—¿Y a qué época se remonta esa desaparición?

—A unos veinte años.

—¿Veinte años?...

—Sí, señor conde. Un día, el barón Rodolphe abandonó el castillo, cuyo último criado falleció unos meses después de su partida, y no se le volvió a ver.

—¿Y desde entonces nadie ha puesto los pies en el burgo?

—Nadie.

—¿Y qué se cree en el país?...

—Se cree que el barón Rodolphe debió de morir en el extranjero, y que su muerte siguió de cerca a su desaparición.

—Se equivocan, Nic Deck, pues el barón vivía todavía, al menos hace cinco años.

—¿Vivía, señor conde?...

—Sí... en Italia... en Nápoles.

—¿Lo vio usted allí?...

—Lo vi.

—¿Y desde hace cinco años?...

—No he vuelto a saber de él.

El joven guarda forestal quedó pensativo. Una idea le había venido a la mente, una idea que dudaba en formular. Por fin se decidió y, alzando la cabeza, con el ceño fruncido:

—No es de suponer, señor conde —dijo—, que el barón Rodolphe de Gortz haya vuelto al país con la intención de encerrarse en el fondo de este burgo, ¿verdad?...

—No... no es de suponer, Nic Deck.

—¿Qué interés tendría en esconderse allí... en no dejar jamás que nadie llegase hasta él?...

—Ninguno —respondió Franz de Télek.

Y sin embargo, era ese un pensamiento que empezaba a tomar cuerpo en la mente del joven conde. ¿No era posible que aquel personaje, cuya exis-

tencia siempre había sido tan enigmática, hubiera venido a refugiarse en ese castillo tras su partida de Nápoles? Allí, gracias a creencias supersticiosas hábilmente mantenidas, ¿no le habría resultado fácil, si quería vivir en un aislamiento absoluto, defenderse contra cualquier búsqueda inoportuna, dado que conocía el estado de ánimo de la región circundante? Sin embargo, Franz juzgó inútil lanzar a los habitantes de Werst por esa hipótesis. Habría tenido que ponerlos al corriente de hechos que le eran demasiado personales. Además, no habría convencido a nadie, y lo comprendió bien cuando Nic Deck añadió:

—Si es el barón Rodolphe quien está en el castillo, hay que creer que el barón Rodolphe es el Chort, ¡pues solo el Chort ha podido tratarme de esa manera!

Deseoso de no volver sobre ese terreno, Franz cambió el curso de la conversación. Después de emplear todos los medios para tranquilizar al guarda forestal sobre las consecuencias de su intento, lo instó, sin embargo, a no repetirlo. No era asunto suyo, sino de las autoridades, y los agentes de la policía de Karlsburg sabrían muy bien penetrar el misterio del castillo de los Cárpatos.

El joven conde se despidió entonces de Nic Deck, encareciéndole que se curara cuanto antes, para no retrasar su boda con la bella Miriota, a la que se prometía asistir.

Absorto en sus reflexiones, Franz regresó al *Rey Matías*, de donde ya no volvió a salir en todo el día.

A las seis, Jonas le sirvió la cena en la gran sala, donde, por un loable sentimiento de discreción, ni maese Koltz ni nadie del pueblo vino a turbar su soledad.

Hacia las ocho, Rotzko dijo al joven conde:

—¿Ya no me necesita, mi amo?

—No, Rotzko.

—Entonces voy a fumar la pipa en la terraza.

—Ve, Rotzko, ve.

Medio recostado en un sillón, Franz se dejó llevar de nuevo por el curso inolvidable del pasado. Estaba en Nápoles durante la última función del teatro San Carlo... Volvía a ver al barón de Gortz, en el momento en que aquel hombre se le había aparecido, con la cabeza asomada fuera de su palco, la mirada ardientemente fija en la artista, como si hubiera querido fascinarla...

Luego, el pensamiento del joven conde se dirigió hacia aquella carta firmada por el extraño personaje, que lo acusaba a él, a Franz de Télek, de haber matado a la Stilla...

Mientras se perdía así en sus recuerdos, Franz sentía que el sueño lo iba ganando poco a poco. Pero se hallaba todavía en ese estado intermedio en que se puede percibir el más leve ruido, cuando se produjo un fenómeno sorprendente.

Parece que una voz, dulce y modulada, atraviesa aquella sala donde Franz está solo, bien solo sin embargo.

Sin preguntarse si sueña o no, Franz se incorpora y escucha.

¡Sí! Se diría que una boca se ha acercado a su oído, y que unos labios invisibles dejan escapar la expresiva melodía de Stéfano, inspirada por estas palabras:

Nel giardino de' mille fiori, Andiamo, mio cuore...

Esa romanza, Franz la conoce... Esa romanza, de una suavidad inefable, la Stilla la cantó en el concierto que dio en el teatro San Carlo antes de su función de despedida...

Como arrullado, sin darse cuenta, Franz se abandona al encanto de oírla una vez más...

Luego la frase se acaba, y la voz, que disminuye poco a poco, se apaga con las suaves vibraciones del aire.

Pero Franz ha sacudido su sopor... Se ha incorporado bruscamente... Contiene el aliento, trata de captar algún lejano eco de esa voz que le llega al corazón...

Todo es silencio dentro y fuera.

—¡Su voz!... —murmura—. ¡Sí!... era su voz... ¡su voz que tanto he amado!

Luego, volviendo al sentimiento de la realidad:

—Dormía... ¡y he soñado! —dijo.

CAPÍTULO XI

Al día siguiente, el joven conde se despertó al alba, con el ánimo todavía turbado por las visiones de la noche.

Era por la mañana cuando debía partir del pueblo de Werst para tomar el camino de Kolosvar.

Después de visitar las poblaciones industriales de Petroseny y Livadzel, la intención de Franz era detenerse una jornada entera en Karlsburg, antes de ir a pasar algún tiempo en la capital de Transilvania. A partir de allí, el ferrocarril lo llevaría a través de las provincias de Hungría central, última etapa de su viaje.

Franz había salido de la posada y, mientras paseaba por la terraza con los gemelos en los ojos, examinaba con profunda emoción los contornos del burgo, que el sol naciente perfilaba bastante nítidamente sobre la meseta de Orgall.

Y sus reflexiones giraban en torno a esto: una vez llegado a Karlsburg, ¿cumpliría la promesa que había hecho a la gente de Werst? ¿Avisaría a la policía de lo que ocurría en el castillo de los Cárpatos?

Cuando el joven conde se había comprometido a devolver la calma al pueblo, había sido con la íntima convicción de que el burgo servía de refugio a una banda de malhechores, o, al menos, a gente sospechosa que, teniendo interés en no ser buscada allí, se las había ingeniado para impedir que nadie se acercara.

Pero, durante la noche, Franz había reflexionado. Un cambio se había operado en sus ideas, y ahora vacilaba.

En efecto, desde hacía cinco años, el último descendiente de la familia de Gortz, el barón Rodolphe, había desaparecido, y nadie había podido saber jamás qué había sido de él. Sin duda, había corrido el rumor de que había muerto, algún tiempo después de su partida de Nápoles. Pero ¿qué había de cierto en ello? ¿Qué prueba se tenía de esa muerte? Tal vez el barón de Gortz vivía, y, si vivía, ¿por qué no habría de haber vuelto al castillo de sus antepasados? ¿Por qué Orfanik, el único allegado que se le conocía, no lo habría acompañado, y por qué aquel extraño físico no habría de ser el autor y el director de aquellos fenómenos que no dejaban de mantener el espanto en el país? Esto era precisamente el objeto de las reflexiones de Franz.

Se convendrá en que esta hipótesis parecía bastante plausible, y, si el barón Rodolphe de Gortz y Orfanik habían buscado refugio en el burgo, se comprendía que hubieran querido hacerlo inaccesible, a fin de llevar allí la vida de aislamiento que convenía a sus costumbres.

Ahora bien, si así era, ¿qué conducta debía adoptar el joven conde? ¿Era oportuno que tratara de intervenir en los asuntos privados del barón de Gortz? Esto era lo que se preguntaba, sopesando el pro y el contra de la cuestión, cuando Rotzko fue a reunirse con él en la terraza.

Juzgó oportuno darle a conocer sus ideas al respecto:

— Mi amo —respondió Rotzko—, es posible que sea el barón de Gortz quien se entrega a todas esas fantasías diabólicas. Pues bien, si es así, mi opinión es que no debemos meternos en ello. Los cobardes de Werst se las arreglarán como puedan, es asunto suyo, y no tenemos por qué preocuparnos de devolver la calma a ese pueblo.

— De acuerdo —respondió Franz—, y, bien pensado, creo que tienes razón, mi buen Rotzko.

— Yo también lo pienso —respondió sencillamente el soldado.

— En cuanto a maese Koltz y a los demás, ya saben cómo arreglárselas ahora para acabar con los supuestos espíritus del burgo.

— En efecto, mi amo, no tienen más que avisar a la policía de Karlsburg.

— Nos pondremos en marcha después de comer, Rotzko.

— Todo estará listo.

—Pero, antes de bajar de nuevo al valle del Sil, daremos un rodeo hacia el Plesa.

—¿Y para qué, mi amo?

—Desearía ver más de cerca ese singular castillo de los Cárpatos.

—¿Para qué?...

—Un capricho, Rotzko, un capricho que no nos retrasará ni media jornada.

Rotzko se sintió muy contrariado por esta determinación, que le parecía al menos inútil. Todo lo que pudiera recordar demasiado vivamente al joven conde el recuerdo del pasado, él habría querido apartarlo. Esta vez fue en vano, y chocó con la inflexible resolución de su amo.

Es que Franz —como si hubiera sufrido alguna influencia irresistible— se sentía atraído hacia el burgo. Sin darse cuenta, quizá esa atracción se relacionaba con aquel sueño en el que había oído la voz de la Stilla murmurar la quejumbrosa melodía de Stéfano.

Pero ¿había soñado?... ¡Sí! Esto era lo que se preguntaba, recordando que, en esa misma sala del *Rey Matías*, una voz ya se había dejado oír, según se aseguraba, esa voz cuyas amenazas Nic Deck había desafiado tan imprudentemente. Así pues, dada la disposición de ánimo en que se hallaba el joven conde, no había de extrañar que hubiese formado el proyecto de dirigirse hacia el castillo de los Cárpatos, de subir hasta el pie de sus viejas murallas, sin tener por lo demás la intención de penetrar en él.

Huelga decir que Franz de Télek estaba bien decidido a no dar a conocer nada de sus intenciones a los habitantes de Werst. Esa gente habría sido capaz de unirse a Rotzko para disuadirlo de acercarse al burgo, y había encargado a su soldado que guardara silencio sobre ese proyecto. Al verlo bajar del pueblo hacia el valle del Sil, nadie dudaría de que fuera para tomar el camino de Karlsburg. Pero, desde lo alto de la terraza, había advertido que otro camino bordeaba la base del Retyezat hasta el puerto de Vulkan. Sería, pues, posible remontar las lomas del Plesa sin volver a pasar por el pueblo y, por consiguiente, sin ser visto por maese Koltz ni por los demás.

Hacia el mediodía, después de pagar sin discutir la cuenta un tanto abultada que le presentó Jonas acompañándola de su mejor sonrisa, Franz se

dispuso a partir.

Maese Koltz, la bonita Miriota, el magíster Hermod, el doctor Patak, el pastor Frik y no pocos otros habitantes habían venido a despedirse de él.

El joven guarda forestal incluso había podido salir de su habitación, y bien se veía que no tardaría en estar restablecido, honor que el ex enfermero se atribuía por entero.

—Le felicito, Nic Deck —le dijo Franz—, a usted y a su prometida.

—Los aceptamos con agradecimiento —respondió la joven, radiante de felicidad.

—Que tenga un buen viaje, señor conde —añadió el guarda forestal.

—Sí... ¡ojalá lo sea! —respondió Franz, con el ceño ensombrecido.

—Señor conde —dijo entonces maese Koltz—, le rogamos que no olvide las gestiones que ha prometido hacer en Karlsburg.

—No lo olvidaré, maese Koltz —respondió Franz—. Pero, en caso de que me retrasara en mi viaje, ya conocen ustedes el medio muy sencillo de librarse de esa vecindad inquietante, y el castillo pronto dejará de inspirar el menor temor a la buena población de Werst.

—Eso es fácil de decir... —murmuró el magíster.

—Y de hacer —respondió Franz—. Antes de cuarenta y ocho horas, si ustedes quieren, los gendarmes habrán acabado con los seres, cualesquiera que sean, que se ocultan en el burgo...

—Salvo el caso, muy probable, de que sean espíritus —observó el pastor Frik.

—Aun en ese caso —respondió Franz con un imperceptible encogimiento de hombros.

—Señor conde —dijo el doctor Patak—, si nos hubiera acompañado a Nic Deck y a mí, ¡tal vez no hablaría así!

—Me extrañaría, doctor —respondió Franz—, e incluso si yo hubiera estado, como usted, tan singularmente retenido por los pies en el foso del burgo...

—Por los pies... sí, señor conde, ¡o más bien por las botas! Y a menos que usted pretenda que... en el estado de ánimo... en que me hallaba... yo... soñé...

—No pretendo nada, señor mío —respondió Franz—, y no trataré de explicarle lo que a usted le parece inexplicable. Pero esté seguro de que, si los gendarmes van a visitar el castillo de los Cárpatos, sus botas, acostumbradas a la disciplina, no echarán raíces como las de usted.

Dicho esto en atención al doctor, el joven conde recibió por última vez los homenajes del posadero del *Rey Matías*, tan honrado de haber tenido el honor de que el honorable Franz de Télek... etc. Tras despedirse de maese Koltz, de Nic Deck, de su prometida y de los habitantes reunidos en la plaza, hizo una seña a Rotzko; luego, los dos bajaron a buen paso por el camino del puerto.

En menos de una hora, Franz y su soldado alcanzaron la orilla derecha del río, que remontaron siguiendo la base meridional del Retyezatz.

Rotzko se había resignado a no hacer ya ninguna observación a su amo: habría sido esfuerzo perdido. Acostumbrado a obedecerle militarmente, si el joven conde se lanzaba a alguna aventura peligrosa, ya sabría él cómo sacarlo de ella.

Tras dos horas de marcha, Franz y Rotzko se detuvieron para descansar un instante.

En ese lugar, el Sil valaco, que se había inclinado ligeramente hacia la derecha, se acercaba al camino formando un recodo muy pronunciado. Al otro lado, sobre la prominencia del Plesa, se redondeaba la meseta de Orgall, a una distancia de media milla, es decir, cerca de una legua. Convenía, pues, abandonar el Sil, puesto que Franz quería atravesar el puerto para tomar dirección hacia el castillo.

Evidentemente, al evitar volver a pasar por Werst, aquel rodeo había duplicado la distancia que separaba el castillo del pueblo. No obstante, todavía sería pleno día cuando Franz y Rotzko llegaran a la cresta de la meseta de Orgall. El joven conde tendría, pues, tiempo de observar el burgo desde fuera. Una vez que hubiera esperado hasta el anochecer para volver a bajar por el camino de Werst, le resultaría fácil seguirlo con la certeza de no ser visto por nadie. La intención de Franz era ir a pasar la noche en Livadzel, peque-

ño burgo situado en la confluencia de los dos Sils, y reanudar al día siguiente el camino de Karlsburg.

La parada duró media hora. Franz, muy absorto en sus recuerdos, muy agitado también al pensar que el barón de Gortz tal vez hubiera ocultado su existencia en el fondo de aquel castillo, no pronunció una palabra...

Y Rotzko tuvo que imponerse una gran reserva para no decirle:

—¡Es inútil ir más lejos, mi amo!... ¡Volvamos la espalda a ese maldito burgo y marchémonos!

Los dos empezaron a seguir la vaguada del valle. Tuvieron primero que internarse por una maraña de árboles que ningún sendero surcaba. Había partes del terreno bastante hondamente acanaladas por barrancos, pues, en la época de las lluvias, el Sil se desborda a veces, y su caudal sobrante se derrama en torrentes tumultuosos sobre esos terrenos, que convierte en pantanos. Esto ocasionó algunas dificultades de marcha y, en consecuencia, cierto retraso. Se empleó una hora en llegar al camino del puerto de Vulkan, que fue cruzado hacia las cinco.

El flanco derecho del Plesa no está erizado de esos bosques que Nic Deck solo había podido atravesar abriéndose paso a hachazos, pero hubo entonces que contar con dificultades de otra especie. Eran desprendimientos de morrenas entre los que no se podía uno aventurar sin precauciones, desniveles bruscos, fallas profundas, bloques mal asentados sobre su base y erguidos como los seracs de una región alpina, todo el revoltijo de un amontonamiento de enormes piedras que las avalanchas habían precipitado desde la cima del monte, en fin, un verdadero caos en todo su horror.

Subir aquellas laderas en tales condiciones exigió todavía una buena hora de esfuerzos muy penosos. Parecía, en verdad, que el castillo de los Cárpatos habría podido defenderse solo con la impracticabilidad de sus accesos. Y quizá Rotzko esperaba que se presentarían obstáculos tales que sería imposible salvarlos: nada de eso ocurrió.

Más allá de la zona de bloques y excavaciones, se alcanzó por fin la cresta anterior de la meseta de Orgall. Desde ese punto, el castillo se dibujaba con un perfil más nítido en medio de aquel yermo desierto, del que, desde hacía tantos años, el espanto mantenía alejados a los habitantes del país.

Conviene hacer notar que Franz y Rotzko iban a abordar el burgo por su cortina lateral, la orientada hacia el norte. Si Nic Deck y el doctor Patak habían llegado ante la cortina del este, era porque, bordeando la izquierda del Plesa, habían dejado a su derecha el torrente del Nyad y el camino del puerto. En efecto, las dos direcciones dibujan un ángulo muy abierto, cuyo vértice está formado por la torre del homenaje central. Por el lado norte, por lo demás, habría sido imposible franquear el recinto, pues no solo no había allí ni poterna ni puente levadizo, sino que la cortina, ajustándose a las irregularidades de la meseta, se elevaba a una altura considerable.

Poco importaba, en suma, que todo acceso estuviera vedado por ese lado, puesto que el joven conde no pensaba en absoluto en rebasar las murallas del castillo.

Eran las siete y media cuando Franz de Télek y Rotzko se detuvieron en el límite extremo de la meseta de Orgall. Ante ellos se extendía aquel fiero amontonamiento anegado de sombra, cuyo tono se confundía con la antigua coloración de las rocas del Plesa. A la izquierda, el recinto formaba un recodo brusco, flanqueado por el bastión de ángulo. Allí, en la explanada, por encima de su parapeto almenado, gesticulaba el haya, cuyas ramas contorsionadas daban testimonio de las violentas rachas del sudoeste a esa altura.

En verdad, el pastor Frik no se había equivocado. Si se daba crédito a ella, la leyenda ya no concedía más que tres años de existencia al viejo burgo de los barones de Gortz.

Franz, silencioso, contemplaba el conjunto de aquellas construcciones, dominadas por la torre del homenaje achaparrada del centro. Allí, sin duda, bajo aquel montón confuso, se ocultaban todavía salas abovedadas, vastas y sonoras, largos corredores dedálicos, reductos enterrados en las entrañas del suelo, como aún poseen las fortalezas de los antiguos magiares. Ninguna otra morada habría podido convenir mejor que aquel antiguo caserón al último descendiente de la familia de Gortz para sepultarse en él en un olvido cuyo secreto nadie podría conocer. Y cuanto más pensaba en ello el joven conde, más se aferraba a la idea de que Rodolphe de Gortz debía de haberse refugiado entre las murallas aisladas de su castillo de los Cárpatos.

Nada, por lo demás, delataba la presencia de huéspedes cualesquiera en el interior de la torre del homenaje. Ni una columna de humo se destacaba de sus chimeneas, ni un ruido salía de sus ventanas herméticamente cerra-

das. Nada —ni siquiera el grito de un pájaro— turbaba el misterio de la tenebrosa morada.

Durante unos instantes, Franz abarcó ávidamente con la mirada aquel recinto que antaño se llenaba con el tumulto de las fiestas y el estruendo de las armas. Pero callaba, de tal modo tenía el espíritu poseído por pensamientos abrumadores, y el corazón henchido de recuerdos.

Rotzko, que quería dejar al joven conde a solas consigo mismo, había tenido buen cuidado de mantenerse apartado. No se habría permitido interrumpirlo con una sola observación. Pero, cuando, al declinar el sol tras el macizo del Plesa, el valle de los dos Sils empezó a llenarse de sombra, ya no vaciló más.

—Mi amo —dijo—, ha llegado la noche... Pronto darán las ocho.

Franz no pareció oírlo.

—Es hora de partir —prosiguió Rotzko—, si queremos llegar a Livadzel antes de que cierren las posadas.

—Rotzko... dentro de un instante... sí... dentro de un instante... estoy contigo —respondió Franz.

—Necesitaremos bien una hora, mi amo, para volver al camino del puerto, y, como para entonces ya habrá cerrado la noche, no correremos el riesgo de que nos vean al cruzarlo.

—Unos minutos más —respondió Franz—, y volveremos a bajar hacia el pueblo.

El joven conde no se había movido del sitio donde se había detenido al llegar a la meseta de Orgall.

—No olvide, mi amo —prosiguió Rotzko—, que de noche será difícil pasar por en medio de estas rocas... Apenas si hemos conseguido hacerlo con plena luz del día... Usted me disculpará si insisto...

—Sí... partamos... Rotzko... te sigo...

Y parecía que Franz estuviera invenciblemente retenido ante el burgo, tal vez por uno de esos presentimientos secretos de los que el corazón es incapaz de dar cuenta. ¿Estaba, pues, encadenado al suelo, como decía haberlo estado el doctor Patak en el foso, al pie de la cortina?...

¡No! Sus piernas estaban libres de toda traba, de toda asechanza... Podía ir y venir por la superficie de la meseta, y, de haberlo querido, nada le habría impedido dar la vuelta al recinto, bordeando el borde de la contraescarpa...

¿Y tal vez lo quería?

Eso mismo fue lo que pensó Rotzko, quien se decidió a decir una última vez:

—¿Viene usted, mi amo?...

—Sí... sí... —respondió Franz.

Y seguía inmóvil.

La meseta de Orgall estaba ya oscura. La sombra, dilatada por el macizo, al remontar hacia el sur, ocultaba el conjunto de las construcciones, cuyos contornos ya no presentaban más que una silueta incierta. Pronto nada de ello sería visible, si ninguna claridad brotaba de las estrechas ventanas de la torre del homenaje.

—¡Mi amo... venga de una vez! —repitió Rotzko.

Y Franz iba por fin a seguirlo, cuando, en la explanada del bastión, donde se erguía el haya legendaria, apareció una forma vaga...

Franz se detuvo, mirando aquella forma, cuyo perfil se acentuaba poco a poco.

Era una mujer, de cabellera suelta, con las manos tendidas, envuelta en una larga vestidura blanca.

Pero aquel vestido, ¿no era el que llevaba la Stilla en aquella escena final de Orlando, donde Franz de Télek la había visto por última vez?

¡Sí! Y era la Stilla, inmóvil, con los brazos dirigidos hacia el joven conde, con su mirada tan penetrante fija en él...

—¡Ella!... ¡Ella!... —exclamó él.

Y, al precipitarse, habría rodado hasta los cimientos de la muralla, si Rotzko no lo hubiera retenido...

La aparición se desvaneció bruscamente. Apenas si la Stilla se había mostrado durante un minuto...

¡Poco importaba! Un segundo habría bastado a Franz para reconocerla, y estas palabras se le escaparon:

—¡Ella... ella... viva!

CAPÍTULO XII

¿Era posible? ¡La Stilla, a quien Franz de Télek nunca creyó volver a ver, acababa de aparecérselo en la explanada del bastión!... No había sido juguete de una ilusión, y Rotzko la había visto igual que él... Era, en efecto, la gran artista, vestida con su traje de Angélica, tal como se había mostrado al público en su función de despedida en el teatro San Carlo.

La espantosa verdad estalló ante los ojos del joven conde. ¡Así que aquella mujer adorada, la que iba a convertirse en condesa de Télek, llevaba cinco años encerrada en medio de las montañas de Transilvania! ¡Así que aquella a quien Franz había visto caer muerta en escena había sobrevivido! ¡Así que, mientras a él lo llevaban moribundo a su hotel, el barón Rodolphe había podido penetrar en casa de la Stilla, raptarla, arrastrarla hasta aquel castillo de los Cárpatos, y no era sino un ataúd vacío el que había seguido, al día siguiente, toda la población hasta el Campo Santo Nuovo de Nápoles!

Todo aquello parecía increíble, inadmisible, repugnante al sentido común. Aquello tenía algo de prodigio, era inverosímil, y Franz habría debido repetírselo hasta la obstinación... ¡Sí!... pero un hecho dominaba todo lo demás: la Stilla había sido raptada por el barón de Gortz, puesto que estaba en el burgo... ¡Estaba viva, puesto que él acababa de verla sobre aquella muralla!... En eso había una certeza absoluta.

El joven conde intentaba, sin embargo, sobreponerse al desorden de sus ideas, que, por lo demás, iban a concentrarse en una sola: arrancarle a Rodolphe de Gortz la Stilla, prisionera desde hacía cinco años en el castillo de los Cárpatos.

—Rotzko —dijo Franz con voz jadeante—, escúchame... compréndeme, sobre todo..., porque me parece que voy a perder la razón...

— ¡Mi amo... mi querido amo!

— A toda costa tengo que llegar hasta ella... ¡ella!... esta misma noche...

— No... mañana...

— ¡Esta noche, te digo!... Está ahí... Me ha visto igual que yo la veía a ella... Me espera...

— Bueno... le seguiré...

— ¡No!... Iré solo.

— ¿Solo?...

— Sí.

— Pero ¿cómo va a poder penetrar en el burgo, si Nic Deck no lo consiguió?...

— Entraré, te digo.

— La poterna está cerrada...

— No lo estará para mí... buscaré... encontraré una brecha... pasaré por ella...

— No quiere que le acompañe... mi amo... ¿no lo quiere?...

— ¡No!... Vamos a separarnos, y separándonos es como podrás servirme...

— ¿Le esperaré entonces aquí?...

— No, Rotzko.

— ¿Adónde iré, entonces?...

— A Werst... o mejor... no... a Werst no... —respondió Franz—. Es inútil que esa gente sepa nada... Baja al pueblo de Vulkan, donde pasarás esta noche... Si no me vuelves a ver mañana, sal de Vulkan a primera hora de la mañana... es decir... no... espera todavía unas horas. Después, parte hacia Karlsburg... Allí avisarás al jefe de policía... Le contarás todo... En fin, vuelve con agentes... ¡Si hace falta, que se dé el asalto al burgo!... ¡Liberadla!... ¡Ah, cielo santo!... ella... viva... ¡en poder de Rodolphe de Gortz!...

Y, mientras estas frases entrecortadas brotaban del joven conde, Rotzko veía crecer la sobreexcitación de su amo y manifestarse en los sentimientos

desordenados de un hombre que ya no se domina.

—¡Vete, Rotzko! —exclamó una vez más.

—¿Lo quiere usted?...

—Lo quiero.

Ante aquella orden formal, a Rotzko no le quedaba sino obedecer. Por lo demás, Franz ya se había alejado, y la sombra lo sustraía ya a las miradas del soldado.

Rotzko permaneció unos instantes en el mismo sitio, sin poder decidirse a partir. Entonces le vino la idea de que los esfuerzos de Franz serían inútiles, que ni siquiera lograría franquear el recinto, que se vería obligado a volver al pueblo de Vulkan... quizá al día siguiente... quizá aquella misma noche... Los dos irían entonces a Karlsburg, y lo que ni Franz ni el guarda forestal habían podido hacer, se haría con los agentes de la autoridad... se acabaría con ese Rodolphe de Gortz... se le arrancaría a la infortunada Stilla... se registraría ese burgo de los Cárpatos... no quedaría en pie una sola piedra, si era necesario..., ¡aunque se juntaran todos los diablos del infierno para defenderlo!

Y Rotzko volvió a bajar por las laderas de la meseta de Orgall, para reunirse con la carretera del puerto de Vulkan.

Entretanto, siguiendo el borde de la contraescarpa, Franz había rodeado ya el bastión de ángulo que la flanqueaba por la izquierda.

Mil pensamientos se cruzaban en su mente. Ya no cabía duda alguna sobre la presencia del barón de Gortz en el burgo, puesto que allí estaba secuestrada la Stilla... No podía ser sino él quien estaba allí... ¡La Stilla, viva!... Pero ¿cómo lograría Franz llegar hasta ella?... ¿Cómo conseguiría sacarla del castillo?... No lo sabía, pero tenía que ser... y sería... Los obstáculos que no había podido vencer Nic Deck, él los vencería... No era la curiosidad lo que lo empujaba en medio de aquellas ruinas, era la pasión, era su amor por aquella mujer a quien encontraba viva, ¡sí, viva!..., después de haberla creído muerta, y se la arrancaría a Rodolphe de Gortz.

A decir verdad, Franz se había dicho que solo podría entrar por la cortina sur, donde se abría la poterna a la que iba a parar el puente levadizo. Así, comprendiendo que no había que intentar escalar aquellas altas murallas, si-

guió bordeando la cresta de la meseta de Orgall en cuanto hubo doblado el ángulo del bastión.

De día, aquello no habría presentado dificultades. En plena noche, sin haber salido aún la luna —una noche espesada por esas brumas que se condensan entre las montañas—, era algo más que arriesgado. Al peligro de un paso en falso, al peligro de una caída hasta el fondo del foso, se sumaba el de golpear contra las rocas y provocar quizá su desprendimiento.

Franz seguía avanzando, sin embargo, ciñéndose todo lo posible a los zigzags de la contraescarpa, tanteando con la mano y con el pie para asegurarse de que no se alejaba de ella. Sostenido por una fuerza sobrehumana, se sentía además guiado por un extraordinario instinto que no podía engañarlo.

Más allá del bastión se extendía la cortina sur, aquella con la que el puente levadizo establecía comunicación cuando no estaba alzado contra la poterna.

A partir de ese bastión, los obstáculos parecieron multiplicarse. Entre las enormes rocas que erizaban la meseta, seguir la contraescarpa ya no era practicable, y había que alejarse de ella. Imagínese a un hombre tratando de orientarse en medio de un campo de Carnac, cuyos dólmenes y menhires estuvieran dispuestos sin orden alguno. ¡Y ni un solo punto de referencia para guiarse, ni un resplandor en la oscura noche, que velaba hasta la cima misma de la torre del homenaje central!

Franz avanzaba, no obstante, encaramándose aquí a un bloque enorme que le cerraba todo paso, arrastrándose allá entre las rocas, con las manos desgarradas por los cardos y las malezas, la cabeza rozada por parejas de águilas pescadoras que huían lanzando su horrible grito de carraca.

¡Ah! ¿Por qué no sonaba entonces la campana de la vieja capilla, como había sonado para Nic Deck y el doctor? ¿Por qué no se encendía aquella luz intensa que los había envuelto, por encima de las almenas de la torre del homenaje? Él habría caminado hacia ese sonido, habría caminado hacia ese resplandor, ¡como el marino hacia los silbidos de una sirena de alarma o los destellos de un faro!

¡No!... Nada, salvo la noche profunda que limitaba el alcance de su mirada a unos pocos pasos.

Aquello duró cerca de una hora. Por la pendiente del terreno, que se acentuaba a su izquierda, Franz sentía que se había extraviado. ¿Habría bajado más abajo de la poterna? ¿Quizá se habría adelantado más allá del puente levadizo?

Se detuvo, golpeando el suelo con el pie, retorciéndose las manos. ¿Hacia qué lado debía dirigirse? ¡Qué rabia se apoderó de él al pensar que se vería obligado a esperar al día!... Pero entonces sería visto por la gente del burgo... no podría sorprenderlos... Rodolphe de Gortz se mantendría en guardia...

Era de noche, era esa misma noche cuando importaba penetrar en el recinto, ¡y Franz no lograba orientarse en medio de aquellas tinieblas!

Un grito se le escapó... un grito de desesperación.

— ¡Stilla! — exclamó —. ¡Mi Stilla!...

¿Llegaba a pensar que la prisionera pudiera oírlo, que pudiera responderle?...

Y, sin embargo, veinte veces lanzó aquel nombre, que le devolvieron los ecos del Plesa.

De pronto, los ojos de Franz se vieron impresionados. Un resplandor se deslizaba a través de la sombra, un resplandor bastante vivo, cuyo foco debía de hallarse a cierta altura.

«Ahí está el burgo... ¡ahí!», se dijo.

Y, en verdad, por la posición que ocupaba, aquel resplandor no podía venir sino de la torre del homenaje central.

Dada su sobreexcitación mental, Franz no dudó en creer que era la Stilla quien le enviaba aquel auxilio. Ya no cabía duda, ella lo había reconocido en el momento en que él mismo la divisaba en la explanada del bastión. Y ahora era ella quien le dirigía aquella señal, era ella quien le indicaba el camino a seguir para llegar hasta la poterna...

Franz se dirigió hacia aquella luz, cuyo resplandor aumentaba a medida que se acercaba a ella. Como se había desviado demasiado hacia la izquierda sobre la meseta de Orgall, se vio obligado a remontar unos veinte pasos a

la derecha, y, tras algunos tanteos, volvió a encontrar el borde de la contraescarpa.

La luz brillaba frente a él, y su altura probaba bien que venía de una de las ventanas de la torre del homenaje.

Franz iba así a encontrarse frente a los últimos obstáculos, ¡insuperables, quizá!

En efecto, puesto que la poterna estaba cerrada y el puente levadizo alzado, tendría que dejarse deslizar hasta el pie de la cortina... Y luego, ¿qué haría ante una muralla que se alzaría cincuenta pies por encima de él?...

Franz avanzó hacia el lugar donde se apoyaba el puente levadizo cuando la poterna estaba abierta...

El puente levadizo estaba bajado.

Sin siquiera tomarse el tiempo de reflexionar, Franz cruzó el tablero bamboleante del puente y puso la mano sobre la puerta...

Aquella puerta se abrió.

Franz se precipitó bajo la bóveda oscura. Pero apenas había andado unos pasos cuando el puente levadizo se alzaba con estrépito contra la poterna...

El conde Franz de Télek estaba prisionero en el castillo de los Cárpatos.

CAPÍTULO XIII

Las gentes del país transilvano y los viajeros que suben o bajan por el puerto de Vulkan no conocen del castillo de los Cárpatos más que su aspecto exterior. A la respetuosa distancia en que el temor detenía a los más valientes del pueblo de Werst y de los alrededores, no presenta a la vista sino el enorme amasijo de piedras de un burgo en ruinas.

Pero, en el interior del recinto, ¿estaba el burgo tan deteriorado como cabía suponer? No. Al abrigo de sus sólidos muros, los edificios que se conservaban intactos de la vieja fortaleza feudal habrían podido alojar aún a toda una guarnición.

Vastas salas abovedadas, sótanos profundos, corredores múltiples, patios cuyo empedrado desaparecía bajo la alta espesura de las hierbas, reductos subterráneos adonde no llegaba nunca la luz del día, escaleras ocultas en el espesor de los muros, casamatas iluminadas por las estrechas aspilleras de la cortina, torre del homenaje central de tres pisos con estancias bastante habitables, coronada por una plataforma almenada, entre las diversas construcciones del recinto, interminables pasadizos caprichosamente enmarañados, que subían hasta la explanada de los bastiones y bajaban hasta las entrañas de la infraestructura, aquí y allá algunas cisternas, donde se recogían las aguas pluviales y cuyo sobrante desaguaba hacia el torrente del Nyad, y por último largos túneles, no obstruidos como se creía, que daban acceso a la carretera del puerto de Vulkan: tal era el conjunto de aquel castillo de los Cárpatos, cuyo plano geométrico ofrecía un sistema tan complicado como los de los laberintos de Porsenna, de Lemnos o de Creta.

Como Teseo, para conquistar a la hija de Minos, había sido también un sentimiento intenso, irresistible, el que había atraído al joven conde a través

de los infinitos meandros de aquel burgo. ¿Encontraría allí el hilo de Ariadna que sirvió para guiar al héroe griego?

Franz no había tenido más que un pensamiento: penetrar en aquel recinto, y lo había logrado. Quizá habría debido hacerse esta reflexión: que el puente levadizo, alzado hasta entonces, parecía haberse bajado expresamente para darle paso... Quizá habría debido inquietarse de que la poterna acabara de cerrarse bruscamente detrás de él... Pero ni siquiera pensaba en ello. Estaba por fin en aquel castillo, donde Rodolphe de Gortz retenía a la Stilla, y sacrificaría su vida por llegar hasta ella.

La galería en la que Franz se había lanzado, ancha, alta, de bóveda rebajada, se hallaba entonces sumida en la más completa oscuridad, y su enlosado, con las juntas abiertas, no permitía caminar por ella con paso seguro.

Franz se acercó a la pared de la izquierda, y la siguió apoyándose en un paramento cuya superficie salitrosa se desmenuzaba bajo su mano. No oía ningún ruido, salvo el de sus propios pasos, que provocaban resonancias lejanas. Una corriente tibia, cargada de un tufo a vetustez, lo empujaba por la espalda, como si algún tiro de aire se produjera en el otro extremo de aquella galería.

Después de rebasar un pilar de piedra que contrarrestaba el último ángulo a la izquierda, Franz se encontró en la entrada de un corredor sensiblemente más estrecho. Con solo extender los brazos, tocaba ya el revestimiento.

Avanzó así, con el cuerpo inclinado, tanteando con el pie y con la mano, tratando de averiguar si aquel corredor seguía una dirección rectilínea.

A unos doscientos pasos del pilar de ángulo, Franz sintió que aquella dirección se inclinaba hacia la izquierda para tomar, cincuenta pasos más allá, un sentido absolutamente contrario. ¿Volvía aquel corredor hacia la cortina del burgo, o no conducía más bien al pie de la torre del homenaje?

Franz intentó apresurar el paso; pero, a cada instante, se veía detenido ya por un resalte del suelo contra el que tropezaba, ya por un ángulo brusco que modificaba su dirección. De vez en cuando encontraba alguna abertura que horadaba la pared y daba servicio a ramificaciones laterales. Pero todo era oscuro, insondable, y en vano trataba de orientarse en el seno de aquel laberinto, verdadera obra de topos.

Franz tuvo que desandar el camino varias veces, al advertir que se extra-
viaba en callejones sin salida. Lo que tenía que temer era que una trampa
mal cerrada cediera bajo su pie y lo precipitara al fondo de un calabozo del
que no habría podido salir. Así, cuando pisaba algún tablón que sonaba a
hueco, tenía buen cuidado de sostenerse en los muros, pero avanzaba siem-
pre con un ardor que ni siquiera le dejaba tiempo para la reflexión.

No obstante, puesto que Franz no había tenido todavía que subir ni bajar,
era señal de que se encontraba siempre al nivel de los patios interiores, dis-
puestos entre los diversos edificios del recinto, y cabía la posibilidad de que
aquel corredor fuera a dar a la torre del homenaje central, justo al arranque
de la escalera.

Sin lugar a duda, debía de existir un modo de comunicación más directo
entre la poterna y los edificios del burgo. Sí, y en la época en que la familia
de Gortz lo habitaba, no era necesario adentrarse por aquellos interminables
pasadizos. Una segunda puerta, que hacía frente a la poterna, en el extremo
opuesto de la primera galería, se abría a la plaza de armas, en cuyo centro se
alzaba la torre del homenaje; pero estaba condenada, y Franz ni siquiera ha-
bía logrado reconocer su emplazamiento.

Había transcurrido una hora mientras el joven conde avanzaba al azar de
los recodos, aguzando el oído por si percibía algún ruido lejano, sin atrever-
se a gritar aquel nombre de la Stilla, que los ecos habrían podido repercutir
hasta los pisos de la torre del homenaje. No se desanimaba en absoluto, y
seguiría mientras no le faltaran las fuerzas, mientras un obstáculo infran-
queable no lo obligara a detenerse.

Sin embargo, sin que él se diera cuenta, Franz estaba ya extenuado. Des-
de su salida de Werst no había comido nada. Sufría hambre y sed. Su paso
ya no era firme, las piernas le flaqueaban. En medio de aquel aire húmedo y
cálido que atravesaba sus ropas, su respiración se había vuelto jadeante, su
corazón latía precipitadamente.

Debían de ser cerca de las nueve cuando Franz, al proyectar el pie iz-
quierdo, dejó de encontrar el suelo.

Se agachó, y su mano sintió un escalón más abajo, y luego un segundo.

Allí había una escalera.

Aquella escalera se hundía en los cimientos del castillo, ¿y acaso no tenía salida?

Franz no vaciló en tomarla, y contó los escalones, cuyo trazado seguía una dirección oblicua respecto al corredor.

Setenta y siete escalones fueron así descendidos hasta alcanzar un segundo pasadizo horizontal, que se perdía en múltiples y oscuros recodos.

Franz caminó así durante media hora, y, quebrantado de fatiga, acababa de detenerse cuando un punto luminoso apareció a doscientos o trescientos pies por delante.

¿De dónde procedía aquel resplandor? ¿Era simplemente algún fenómeno natural, el hidrógeno de un fuego fatuo que se hubiera inflamado a aquella profundidad? ¿No sería más bien un farol, llevado por una de las personas que habitaban el burgo?

«¿Será ella?...», murmuró Franz.

Y le vino a la memoria que ya había aparecido una luz, como para indicarle la entrada del castillo, cuando andaba extraviado entre las rocas de la meseta de Orgall. Si había sido la Stilla quien le había mostrado aquella luz en una de las ventanas de la torre del homenaje, ¿no sería ella también quien trataba de guiarlo ahora a través de las sinuosidades de aquella subestructura?

Apenas dueño de sí, Franz se agachó y miró, sin hacer un solo movimiento.

Una claridad difusa, más que un punto luminoso, parecía llenar una especie de hipogeo al final del corredor.

Apresurar la marcha arrastrándose, pues las piernas apenas podían sostenerlo, fue a lo que se decidió Franz, y, tras franquear una estrecha abertura, cayó en el umbral de una cripta.

Aquella cripta, en buen estado de conservación, de una docena de pies de altura, se desarrollaba circularmente en un diámetro poco más o menos igual. Los nervios de su bóveda, sostenidos por los capiteles de ocho pilares abombados, irradiaban hacia una clave pendiente, en cuyo centro estaba engastada una ampolla de vidrio, llena de una luz amarillenta.

Frente a la puerta, situada entre dos de los pilares, había otra puerta, que estaba cerrada y cuyos gruesos clavos, oxidados en la cabeza, indicaban el lugar donde se aplicaba la armadura exterior de los cerrojos.

Franz se incorporó, se arrastró hasta aquella segunda puerta, trató de sacudir sus pesados montantes...

Sus esfuerzos fueron inútiles.

Algunos muebles destartalados guarnecían la cripta: aquí, una cama, o más bien un jergón de viejo corazón de roble, sobre el que estaban arrojados diversos objetos de ropa de cama; allá, un escabel de patas torcidas, una mesa fijada a la pared mediante espigas de hierro. Sobre la mesa se hallaban diversos utensilios, un ancho jarro lleno de agua, un plato con un trozo de carne de caza fría, una gruesa hogaza de pan, semejante al bizcocho de mar. En un rincón murmuraba una pila, alimentada por un hilillo de agua, cuyo sobrante se escurría por un desagüe practicado en la base de uno de los pilares.

¿No indicaban aquellas disposiciones tomadas de antemano que se esperaba a un huésped en aquella cripta, o más bien a un prisionero en aquella prisión? ¿Era, pues, Franz el prisionero, y había sido atraído mediante una argucia?

En el desconcierto de sus pensamientos, Franz ni siquiera llegó a sospecharlo. Agotado por la necesidad y la fatiga, devoró los alimentos depositados sobre la mesa, se sació con el contenido del jarro; luego se dejó caer atravesado en aquel lecho tosco, donde un descanso de unos minutos podía devolverle algo de sus fuerzas.

Pero, cuando quiso poner en orden sus ideas, le pareció que se le escapaban como un agua que su mano hubiera querido retener.

¿Debería más bien esperar al día para reanudar sus pesquisas? ¿Estaba su voluntad entorpecida hasta tal punto que ya no era dueño de sus actos?...

«¡No! —se dijo—. ¡No esperaré!... A la torre del homenaje... ¡tengo que llegar a la torre del homenaje esta misma noche!...»

De pronto, la claridad artificial que vertía la ampolla empotrada en la clave de la bóveda se apagó, y la cripta quedó sumida en una completa oscuridad.

Franz quiso incorporarse... No lo logró, y su pensamiento se adormeció o, mejor dicho, se detuvo bruscamente, como la aguja de un reloj cuyo resorte se rompe. Fue un sueño extraño, o más bien un sopor abrumador, un absoluto aniquilamiento del ser, que no provenía del sosiego del espíritu...

Cuánto tiempo había durado aquel sueño, Franz no supo determinarlo al despertar. Su reloj, parado, ya no le indicaba la hora. Pero la cripta estaba de nuevo bañada por una luz artificial.

Franz se levantó de su lecho, dio algunos pasos hacia la primera puerta: seguía abierta; hacia la segunda puerta: seguía cerrada.

Quiso reflexionar, y no lo consiguió sin esfuerzo.

Si bien su cuerpo se había repuesto de las fatigas del día anterior, sentía la cabeza a la vez vacía y pesada.

«¿Cuánto tiempo he dormido? — se preguntó—. ¿Es de noche, es de día?...»

En el interior de la cripta no había nada cambiado, salvo que la luz había sido restablecida, la comida renovada, el jarro lleno de agua clara.

¿Había entrado, pues, alguien mientras Franz estaba sumido en aquel abatimiento letárgico? ¿Se sabía que había alcanzado las profundidades del burgo?... Se hallaba en poder del barón Rodolphe de Gortz... ¿Estaba condenado a no tener ya ninguna comunicación con sus semejantes?

Eso no era admisible, y, por lo demás, huiría, puesto que todavía podía hacerlo; encontraría de nuevo la galería que conducía a la poterna, saldría del castillo...

¿Salir?... Entonces recordó que la poterna se había cerrado detrás de él...

¡Bueno! Trataría de alcanzar el muro del recinto, y por una de las trone-ras de la cortina intentaría deslizarse al exterior... Costara lo que costara, antes de una hora tenía que haber escapado del burgo...

Pero la Stilla... ¿Renunciaría a llegar hasta ella?... ¿Partiría sin habérsela arrancado a Rodolphe de Gortz?...

¡No! Y aquello que él solo no habría podido llevar a cabo, lo haría con el concurso de los agentes que Rotzko debía de haber traído de Karlsburg al

pueblo de Werst... Se lanzarían al asalto del viejo recinto... ¡se registraría el burgo de arriba abajo!...

Tomada esta resolución, se trataba de ponerla en práctica sin perder un instante.

Franz se levantó, y se dirigía hacia el corredor por el que había llegado, cuando una especie de deslizamiento se produjo detrás de la segunda puerta de la cripta.

Era, sin duda, un ruido de pasos que se acercaban, lentamente.

Franz fue a pegar el oído a la hoja de la puerta, y, conteniendo la respiración, escuchó...

Los pasos parecían posarse a intervalos regulares, como si fueran subiendo de un escalón a otro. No cabía duda de que allí había una segunda escalera, que unía la cripta con los patios interiores.

Para estar preparado ante cualquier eventualidad, Franz sacó de su funda el cuchillo que llevaba al cinto y lo empuñó con firmeza.

Si era uno de los criados del barón de Gortz quien entraba, se lanzaría sobre él, le arrancaría las llaves, lo dejaría incapacitado para seguirlo; luego, lanzándose por aquella nueva salida, intentaría llegar hasta la torre del homenaje.

Si era el barón Rodolphe de Gortz —y bien reconocería al hombre que había entrevisto en el momento en que la Stilla caía sobre el escenario del San Carlo—, lo golpearía sin piedad.

Sin embargo, los pasos se habían detenido en el rellano que formaba el umbral exterior.

Franz, sin hacer un solo movimiento, esperaba a que se abriera la puerta...

No se abrió, y una voz de infinita dulzura llegó hasta el joven conde.

Era la voz de la Stilla... ¡sí!... pero su voz un poco debilitada, con todas sus inflexiones, su encanto inefable, sus acariciadoras modulaciones, admirable instrumento de aquel arte maravilloso que parecía haber muerto con la artista.

Y la Stilla repetía aquella melodía quejumbrosa, que había arrullado el sueño de Franz cuando dormitaba en la gran sala de la posada de Werst:

Nel giardino de' mille fiori, Andiamo, mio cuore...

Aquel canto penetraba a Franz hasta lo más profundo del alma... Lo aspiraba, lo bebía como un licor divino, mientras la Stilla parecía invitarlo a seguirla, repitiendo:

Andiamo, mio cuore... andiamo...

Y, sin embargo, ¡la puerta no se abría para darle paso!... ¿Es que no podría llegar hasta la Stilla, tomarla entre sus brazos, sacarla del burgo?...

—¡Stilla... mi Stilla!... —exclamó.

Y se arrojó contra la puerta, que resistió sus esfuerzos.

Ya el canto parecía debilitarse... la voz apagarse... los pasos alejarse...

Franz, de rodillas, trataba de sacudir los tablones, desgarrándose las manos con los herrajes, llamaba sin cesar a la Stilla, cuya voz apenas se oía ya.

Fue entonces cuando un pensamiento espantoso le atravesó la mente como un relámpago.

—¡Loca!... —exclamó—. Está loca, puesto que no me ha reconocido... puesto que no ha respondido... Cinco años encerrada aquí... en poder de ese hombre... mi pobre Stilla... su razón se ha extraviado...

Entonces se levantó, con los ojos extraviados, los gestos descompuestos, la cabeza ardiendo...

—Yo también... ¡siento que mi razón se extravía!... —repetía—. Siento que voy a volverme loco... loco como ella...

Iba y venía por la cripta con los saltos de una fiera en su jaula...

—¡No! —repitió—, ¡no!... ¡No debo perder la cabeza!... Tengo que salir del burgo... ¡Saldré de él!

Y se lanzó hacia la primera puerta...

Acababa de cerrarse sin ruido.

Franz no se había dado cuenta, mientras escuchaba la voz de la Stilla...

Después de haber quedado prisionero en el recinto del burgo, ahora estaba prisionero en la cripta.

CAPÍTULO XIV

Franz estaba abatido. Tal como había podido temer, la facultad de reflexionar, la comprensión de las cosas, la inteligencia necesaria para deducir sus consecuencias, se le escapaban poco a poco. El único sentimiento que persistía en él era el recuerdo de la Stilla, era la impresión de aquel canto que los ecos de aquella sombría cripta ya no le devolvían.

¿Había sido, pues, juguete de una ilusión? ¡No, mil veces no! Era, en efecto, la Stilla a quien acababa de oír, y era ella misma a quien había visto en el bastión del castillo.

Entonces volvió a asaltarle aquel pensamiento, el de que ella estaba privada de razón, y aquel golpe horrible lo hirió como si acabara de perderla por segunda vez.

— ¡Loca! — se repitió — . ¡Sí!... loca..., puesto que no ha reconocido mi voz..., puesto que no ha podido responder... ¡loca... loca!

¡Y aquello no era sino demasiado verosímil!

¡Ah! ¡Si pudiera arrancarla de aquel burgo, llevarla al castillo de Krajo-wa, consagrarse por entero a ella, sus cuidados y su amor sabrían devolverle la razón!

Esto era lo que decía Franz, presa de un espantoso delirio, y transcurrieron varias horas antes de que volviera a ser dueño de sí mismo.

Trató entonces de razonar con frialdad, de orientarse en el caos de sus pensamientos.

«Tengo que huir de aquí... — se dijo — . ¿Cómo?... En cuanto se vuelva a abrir esta puerta... ¡Sí!... Es durante mi sueño cuando vienen a renovar estas

provisiones... Esperaré... fingiré dormir...»

Entonces le asaltó una sospecha: que el agua del jarro debía de contener alguna sustancia soporífera... Si había quedado sumido en aquel pesado sueño, en aquel completo aniquilamiento cuya duración se le escapaba, era por haber bebido de aquella agua... ¡Pues bien! No volvería a beberla... Ni siquiera tocaría los alimentos que habían sido depositados sobre aquella mesa... Alguno de los hombres del burgo no tardaría en entrar, y pronto...

¿Pronto?... ¿Qué sabía él de eso?... En aquel momento, ¿subía el sol hacia el cenit, o descendía hacia el horizonte?... ¿Era de día o de noche?

Así, Franz trataba de sorprender el ruido de un paso que se acercara a una u otra puerta... Pero, al no llegarle ningún ruido, se arrastraba a lo largo de los muros de la cripta, la cabeza ardiente, la mirada extraviada, el oído zumbante, la respiración jadeante bajo la opresión de una atmósfera cargada, que apenas se renovaba a través de las juntas de las puertas.

De pronto, en el ángulo de uno de los pilares de la derecha, sintió llegar a sus labios un soplo más fresco.

¿Existía, pues, en aquel lugar una abertura por la que penetraba algo del aire de fuera?

Sí... había un paso que no se sospechaba bajo la sombra del pilar.

Deslizarse entre las dos paredes, dirigirse hacia una claridad bastante vaga que parecía venir de lo alto, fue lo que el joven conde hizo en un instante.

Allí se redondeaba un pequeño patio, de cinco a seis pasos de ancho, cuyas murallas se alzaban un centenar de pies. Se habría dicho el fondo de un pozo que servía de patio de recreo a aquella celda subterránea, y por el cual caía algo de aire y de claridad.

Franz pudo comprobar que todavía era de día. En el orificio superior de aquel pozo se dibujaba un ángulo de luz, oblicuo a la altura del brocal.

El sol había cumplido al menos la mitad de su recorrido diurno, pues aquel ángulo luminoso tendía a estrecharse.

Debían de ser aproximadamente las cinco de la tarde.

De ahí se desprendía que el sueño de Franz se habría prolongado durante al menos cuarenta horas, y no dudó de que hubiera sido provocado por una bebida soporífera.

Ahora bien, como el joven conde y Rotzko habían salido del pueblo de Werst dos días antes, el 11 de junio, era la jornada del 13 la que estaba a punto de concluir...

Por húmedo que fuera el aire en el fondo de aquel patio, Franz lo aspiró a pleno pulmón y se sintió algo aliviado. Pero, si había abrigado la esperanza de que una evasión fuera posible por aquel largo tubo de piedra, pronto salió de su engaño. Intentar trepar por sus paredes, que no presentaban resalte alguno, era impracticable.

Franz volvió al interior de la cripta. Puesto que solo podía huir por una de las dos puertas, quiso cerciorarse del estado en que se hallaban.

La primera puerta —por la que había llegado— era muy sólida, muy gruesa, y debía de estar sujeta por fuera con cerrojos encajados en una herradura de hierro: era, pues, inútil intentar forzar sus hojas.

La segunda puerta —detrás de la cual se había oído la voz de la Stilla— parecía menos bien conservada. Las tablas estaban podridas en algunos puntos... Quizá no fuera demasiado difícil abrirse paso por ese lado.

«Sí... es por ahí... ¡es por ahí!...», se dijo Franz, que había recobrado su sangre fría.

Pero no había tiempo que perder, pues era probable que alguien entrara en la cripta en cuanto se le supusiera dormido bajo la influencia de la bebida somnífica.

El trabajo avanzó más deprisa de lo que había podido esperar, pues el moho había carcomido la madera alrededor de la armadura metálica que sujetaba los cerrojos contra el vano. Con su cuchillo, Franz logró desprender la parte circular, operando casi sin ruido, deteniéndose a veces, aguzando el oído, cerciorándose de que no oía nada fuera.

Tres horas después, los cerrojos quedaban liberados, y la puerta se abría chirriando sobre sus goznes.

Franz volvió entonces al pequeño patio, para respirar un aire menos sofocante.

En aquel momento, el ángulo luminoso ya no se recortaba en el orificio del pozo, prueba de que el sol había descendido ya por debajo del Retyezat. El patio se hallaba sumido en una oscuridad profunda. Algunas estrellas brillaban en el óvalo del brocal, como si se las mirara a través del tubo de un largo telescopio. Pequeñas nubes se alejaban lentamente al soplo intermitente de esas brisas que amainan con la noche. Ciertos matices de la atmósfera indicaban también que la luna, aún a medias llena, había rebasado ya el horizonte de las montañas del este.

Debían de ser aproximadamente las nueve de la noche.

Franz volvió a entrar para tomar algo de alimento y saciar la sed con el agua de la pila, después de haber vertido antes la del jarro. Luego, sujetándose el cuchillo al cinto, franqueó la puerta, que volvió a cerrar tras de sí.

¿Y quizá ahora iba a encontrar a la infortunada Stilla, errante por aquellas galerías subterráneas?... A ese pensamiento, el corazón le latía a punto de romperse.

En cuanto hubo dado unos pasos, tropezó con un escalón. Tal como había pensado, allí comenzaba una escalera, cuyos peldaños contó al subirla: sesenta solamente, en lugar de los setenta y siete que había tenido que bajar para llegar al umbral de la cripta. Le faltaban, pues, unos ocho pies para volver a hallarse al nivel del suelo.

Sin poder imaginar, por lo demás, nada mejor que seguir el oscuro corredor, cuyas paredes rozaban sus dos manos extendidas, continuó avanzando.

Transcurrió media hora sin que se viera detenido ni por una puerta ni por una reja. Pero numerosos recodos le habían impedido reconocer su dirección con respecto a la cortina, que hacía frente a la meseta de Orgall.

Tras una parada de unos minutos, durante los cuales recobró el aliento, Franz se puso de nuevo en marcha, y parecía que aquel corredor fuera interminable, cuando un obstáculo lo detuvo.

Era la pared de un muro de ladrillo.

Y, tanteando a diversas alturas, su mano no encontró la menor abertura.

No había salida alguna por ese lado.

Franz no pudo contener un grito. Toda la esperanza que había concebido se estrellaba contra aquel obstáculo. Le flaquearon las rodillas, las piernas se le doblaron, y cayó junto a la muralla.

Pero, a ras del suelo, la pared presentaba una estrecha grieta, cuyos ladrillos desunidos apenas se sostenían y se tambaleaban bajo los dedos.

—¡Por ahí!... ¡sí!... ¡por ahí!... —exclamó Franz.

Y empezaba a retirar los ladrillos uno a uno, cuando un ruido se dejó oír al otro lado.

Franz se detuvo.

El ruido no había cesado, y, al mismo tiempo, un rayo de luz llegaba a través de la grieta.

Franz miró.

Allí estaba la vieja capilla del castillo. ¡A qué lamentable estado de deterioro la habían reducido el tiempo y el abandono!: una bóveda medio deruida, cuyos nervios se enlazaban todavía en algunos pilares combados; dos o tres arcos de estilo ojival que amenazaban ruina; un ventanal desarticulado, en el que se dibujaban frágiles maineles del gótico flamígero; aquí y allá, algún mármol polvoriento, bajo el cual dormía algún antepasado de la familia de Gortz; al fondo de la cabecera, un fragmento de altar cuyo retablo mostraba esculturas arañadas; luego, un resto de tejado, que cubría lo alto del ábside y que había sido respetado por las ráfagas, y, por último, en lo alto del pórtico, el campanario bamboleante, del que colgaba una cuerda hasta el suelo: la cuerda de aquella campana que tañía a veces, para inexpressable espanto de las gentes de Werst rezagadas en la carretera del puerto.

En aquella capilla, desierta desde hacía tanto tiempo, abierta a las inclemencias del clima de los Cárpatos, acababa de entrar un hombre, con un farol en la mano, cuya claridad ponía su rostro en plena luz.

Franz reconoció enseguida a aquel hombre.

Era Orfanik, aquel excéntrico del que el barón hacía su única compañía durante su estancia en las grandes ciudades italianas, aquel original al que se veía pasar por las calles, gesticulando y hablando solo, aquel sabio incomprendido, aquel inventor siempre en pos de alguna quimera, ¡y que sin duda ponía sus inventos al servicio de Rodolphe de Gortz!

Así que, si Franz había podido conservar hasta entonces alguna duda sobre la presencia del barón en el castillo de los Cárpatos, incluso después de la aparición de la Stilla, aquella duda se habría trocado en certeza, puesto que Orfanik estaba allí, ante sus propios ojos.

¿Qué tenía que hacer en aquella capilla en ruinas, a aquella hora avanzada de la noche?

Franz trató de averiguarlo, y esto fue lo que vio con bastante claridad.

Orfanik, inclinado hacia el suelo, acababa de levantar varios cilindros de hierro, a los que ataba un hilo que se desenrollaba de una bobina depositada en un rincón de la capilla. Y era tal la atención que ponía en aquella labor, que ni siquiera habría advertido al joven conde si este hubiera estado en condiciones de acercarse.

¡Ah! ¿Por qué la grieta que Franz se había puesto a ensanchar no era suficiente para darle paso? Habría entrado en la capilla, se habría precipitado sobre Orfanik, lo habría obligado a conducirlo hasta la torre del homenaje...

Pero quizá fuera una suerte que no estuviese en condiciones de hacerlo, pues, en caso de que su tentativa hubiera fracasado, ¡el barón de Gortz le habría hecho pagar con la vida los secretos que acababa de descubrir!

Unos minutos después de la llegada de Orfanik, otro hombre penetró en la capilla.

Era el barón Rodolphe de Gortz.

La inolvidable fisonomía de aquel personaje no había cambiado. Ni siquiera parecía haber envejecido, con su rostro pálido y alargado, que el farol iluminaba de abajo arriba, sus largos cabellos entrecanos, echados hacia atrás, su mirada centelleante hasta el fondo de sus negras órbitas.

Rodolphe de Gortz se acercó a examinar el trabajo en que se ocupaba Orfanik.

Y estas fueron las palabras que, con voz breve, se intercambiaron aquellos dos hombres.

CAPÍTULO XV

—¿Está terminado el empalme de la capilla, Orfanik?

—Acabo de terminarlo.

—¿Está todo preparado en las casamatas de los bastiones?

—Todo.

—¿Ahora los bastiones y la capilla están directamente unidos a la torre del homenaje?

—Lo están.

—Y, después de que el aparato lance la corriente, ¿tendremos tiempo de huir?

—Lo tendremos.

—¿Se ha comprobado si el túnel que desemboca en el puerto de Vulkan estaba libre?

—Lo está.

Se hicieron entonces unos instantes de silencio, mientras Orfanik, tras recoger de nuevo su farol, proyectaba su claridad a través de las profundidades de la capilla.

—¡Ah, mi viejo burgo! —exclamó el barón—. ¡Caro les costará a los que intenten forzar tu recinto!

Y Rodolphe de Gortz pronunció estas palabras con un tono que hizo estremecer al joven conde.

—¿Ha oído usted lo que se decía en Werst? —le preguntó a Orfanik.

—Hace cincuenta minutos, el hilo me ha traído las palabras que se cruzaban en la posada del *Rey Matías*.

—¿Es para esta noche el ataque?

—No, no tendrá lugar hasta el amanecer.

—¿Desde cuándo ha vuelto a Werst ese Rotzko?

—Desde hace dos horas, con los agentes de policía que ha traído de Karlsburg.

—Pues bien, puesto que el castillo ya no puede defenderse —repitió el barón de Gortz—, al menos aplastará bajo sus escombros a ese Franz de Télek y a cuantos acudan en su ayuda.

Luego, al cabo de unos instantes:

—¿Y ese hilo, Orfanik? —prosiguió—. No hay que permitir que se sepa jamás que establecía una comunicación entre el castillo y el pueblo de Werst...

—No se sabrá; destruiré ese hilo.

A nuestro juicio, ha llegado el momento de dar la explicación de ciertos fenómenos que se han producido a lo largo de este relato, y cuyo origen no tardaría en revelarse.

En aquella época —haremos notar muy particularmente que esta historia se desarrolló en uno de los últimos años del siglo XIX—, el empleo de la electricidad, que con toda razón se considera «el alma del universo», había sido llevado a sus últimos refinamientos. El ilustre Edison y sus discípulos habían rematado su obra.

Entre otros aparatos eléctricos, el teléfono funcionaba entonces con una precisión tan maravillosa que los sonidos, recogidos por las placas, llegaban libremente al oído sin ayuda de trompetillas. Lo que se decía, lo que se cantaba, lo que incluso se murmuraba, podía oírse fuera cual fuese la distancia, y dos personas podían conversar como si estuvieran sentadas la una frente a la otra [Incluso podían verse en espejos unidos por hilos, gracias a la invención del teléfoto.].

Desde hacía ya muchos años, Orfanik, el inseparable compañero del barón Rodolphe de Gortz, era, en lo que se refiere a la utilización práctica de

la electricidad, un inventor de primer orden. Pero, como se sabe, sus admirables descubrimientos no habían sido acogidos como merecían. El mundo científico no había querido ver en él sino a un loco, en lugar de a un hombre de genio en su arte. De ahí aquel odio implacable que el inventor, desairado y rechazado, había jurado a sus semejantes.

Fue en tales condiciones como el barón de Gortz conoció a Orfanik, acochado por la miseria. Alentó sus trabajos, le abrió su bolsa, y, finalmente, se lo ligó a su persona, con la condición, eso sí, de que el sabio le reservara el fruto de sus inventos y de que él fuera el único en beneficiarse de ellos.

En suma, aquellos dos personajes, originales y maniáticos cada uno a su manera, estaban hechos para entenderse. Así, desde su encuentro, ya no volvieron a separarse, ni siquiera cuando el barón de Gortz seguía a la Stilla por todas las ciudades de Italia.

Pero, mientras el melómano se embriagaba con el canto de la incomparable artista, Orfanik no se ocupaba sino de completar los descubrimientos que habían hecho los electricistas durante aquellos últimos años, de perfeccionar sus aplicaciones, de sacar de ellos los efectos más extraordinarios.

Tras los incidentes que pusieron fin a la dramática carrera de la Stilla, el barón de Gortz desapareció sin que se pudiera saber qué había sido de él. Pues bien, al abandonar Nápoles, había ido a refugiarse al castillo de los Cárpatos, acompañado de Orfanik, muy satisfecho de encerrarse allí con él.

Cuando hubo tomado la resolución de sepultar su existencia entre los muros de aquel viejo burgo, la intención del barón de Gortz era que ningún habitante del país pudiera sospechar su regreso, y que a nadie se le ocurriera visitarlo. Huelga decir que Orfanik y él tenían medios más que suficientes para asegurar la vida material en el castillo. En efecto, existía una comunicación secreta con la carretera del puerto de Vulkan, y por esa carretera un hombre de confianza, un antiguo criado del barón a quien nadie conocía, introducía en fechas fijas todo lo necesario para la subsistencia del barón Rodolphe y de su compañero.

En realidad, lo que quedaba del burgo —y en particular la torre del homenaje central— estaba menos deteriorado de lo que se creía, y era incluso más habitable de lo que exigían las necesidades de sus huéspedes. Así, provisto de todo lo necesario para sus experimentos, Orfanik pudo dedicarse a

aquellos prodigiosos trabajos cuyos elementos le proporcionaban la física y la química. Y entonces se le ocurrió la idea de utilizarlos con vistas a alejar a los importunos.

El barón de Gortz acogió la propuesta con entusiasmo, y Orfanik instaló una maquinaria especial, destinada a aterrorizar a la comarca produciendo fenómenos que no podían atribuirse sino a una intervención diabólica.

Pero, en primer lugar, al barón de Gortz le importaba estar al corriente de lo que se decía en el pueblo más cercano. ¿Había, pues, algún medio de oír conversar a la gente sin que esta pudiera sospecharlo? Sí, si se lograba establecer una comunicación telefónica entre el castillo y aquella gran sala de la posada del *Rey Matías*, donde los notables de Werst tenían la costumbre de reunirse cada noche.

Esto fue lo que Orfanik llevó a cabo con tanta destreza como sigilo, en las condiciones más sencillas. Un hilo de cobre, revestido de su funda aislante, y cuyo extremo subía hasta el primer piso de la torre del homenaje, fue desenrollado bajo las aguas del Nyad hasta el pueblo de Werst. Cumplido este primer trabajo, Orfanik, haciéndose pasar por turista, fue a pasar una noche en el *Rey Matías*, con el fin de empalmar aquel hilo con la gran sala de la posada. Se comprende que no le resultara difícil llevar el extremo, sumergido en el lecho del torrente, hasta la altura de aquella ventana de la fachada posterior que nunca se abría. Luego, tras colocar un aparato telefónico, que ocultaba el espeso enmarañado del follaje, le empalmó el hilo. Y, como aquel aparato estaba maravillosamente dispuesto tanto para emitir como para recoger los sonidos, resultó que el barón de Gortz podía oír todo lo que se decía en el *Rey Matías*, y hacer oír también allí todo lo que le convenía.

Durante los primeros años, la tranquilidad del burgo no se vio en absoluto turbada. La mala reputación de que gozaba bastaba para mantener alejados a los habitantes de Werst. Por lo demás, se le sabía abandonado desde la muerte de los últimos criados de la familia. Pero, un día, en la época en que empieza este relato, el catalejo del pastor Frik permitió divisar una humareda que escapaba de una de las chimeneas de la torre del homenaje. A partir de ese momento, los comentarios se reanudaron con más fuerza que nunca, y ya se sabe lo que de ello resultó.

Fue entonces cuando la comunicación telefónica resultó útil, puesto que el barón de Gortz y Orfanik pudieron mantenerse al corriente de todo lo que sucedía en Werst. Por el hilo supieron del compromiso que había adquirido Nic Deck de ir al burgo, y por el hilo se dejó oír de pronto una voz amenazadora en la sala del *Rey Matías* para disuadirlo de ello. Como el joven guarda forestal persistiera en su resolución pese a aquella amenaza, el barón de Gortz decidió infligirle una lección tal que le quitara las ganas de volver jamás. Aquella noche, la maquinaria de Orfanik, siempre lista para funcionar, produjo una serie de fenómenos puramente físicos, capaces de sembrar el espanto en la comarca circundante: campana tañendo en el campanario de la capilla, proyección de intensas llamas mezcladas con sal marina, que daban a todos los objetos una apariencia espectral, formidables sirenas de las que escapaba el aire comprimido en mugidos espantosos, siluetas fotográficas de monstruos proyectadas mediante potentes reflectores, placas dispuestas entre las hierbas del foso del recinto y puestas en comunicación con pilas cuya corriente había atrapado al doctor por sus botas herradas, y, por último, una descarga eléctrica, lanzada desde las baterías del laboratorio, que había derribado al guarda forestal en el momento en que su mano se posaba sobre el herraje del puente levadizo.

Tal como el barón de Gortz había previsto, tras la aparición de aquellos inexplicables prodigios, tras la tentativa de Nic Deck, que tan mal había acabado, el terror llegó a su colmo, y ni por oro ni por plata habría querido nadie acercarse, ni siquiera a dos buenas millas de aquel castillo de los Cárpatos, evidentemente encantado por seres sobrenaturales.

Rodolphe de Gortz debía, pues, creerse a salvo de toda curiosidad importuna, cuando Franz de Télek llegó al pueblo de Werst.

Mientras interrogaba ya a Jonas, ya a maese Koltz y a los demás, su presencia en la posada del *Rey Matías* fue enseguida señalada por el hilo del Nyad. El odio del barón de Gortz hacia el joven conde se reavivó con el recuerdo de los sucesos ocurridos en Nápoles. Y no solo estaba Franz de Télek en aquel pueblo, a pocas millas del burgo, sino que, además, ante los notables, se burlaba de sus absurdas supersticiones; demolía aquella reputación fantástica que protegía al castillo de los Cárpatos; se comprometía incluso a avisar a las autoridades de Karlsburg, ¡para que la policía viniera a acabar con todas aquellas leyendas!

Así pues, el barón de Gortz resolvió atraer a Franz de Télek al burgo, y ya se sabe por qué diversos medios lo había conseguido. La voz de la Stilla, enviada a la posada del *Rey Matías* por el aparato telefónico, había inducido al joven conde a desviarse de su ruta para acercarse al castillo; la aparición de la cantante en la explanada del bastión le había dado el deseo irresistible de penetrar en él; una luz, mostrada en una de las ventanas de la torre del homenaje, lo había guiado hacia la poterna, que estaba abierta para darle paso. En el fondo de aquella cripta, iluminada eléctricamente, donde había vuelto a oír aquella voz tan penetrante, entre los muros de aquella celda, donde le llevaban alimentos mientras dormía un sueño letárgico, en aquella prisión sepultada bajo las profundidades del burgo, cuya puerta se había cerrado tras él, Franz de Télek estaba en poder del barón de Gortz, y el barón de Gortz contaba con que jamás podría salir de allí.

Tales eran los resultados obtenidos por aquella misteriosa colaboración de Rodolphe de Gortz y su cómplice Orfanik. Pero, para su extremo despecho, el barón sabía que la alarma había sido dada por Rotzko, quien, al no haber seguido a su amo al interior del castillo, había avisado a las autoridades de Karlsburg. Una escuadra de agentes había llegado al pueblo de Werst, y el barón de Gortz iba a tener que vérselas con un adversario demasiado fuerte. En efecto, ¿cómo lograrían defenderse él y Orfanik contra una tropa numerosa? Los medios empleados contra Nic Deck y el doctor Patak resultarían insuficientes, pues la policía apenas cree en las intervenciones diabólicas. Así, ambos habían decidido destruir el burgo de arriba abajo, y ya no esperaban sino el momento de actuar. Se había preparado una corriente eléctrica para prender fuego a las cargas de dinamita que habían sido enterradas bajo la torre del homenaje, los bastiones y la vieja capilla, y el aparato destinado a lanzar aquella corriente debía dejar al barón de Gortz y a su cómplice tiempo para huir por el túnel del puerto de Vulkan. Luego, tras la explosión, de la que serían víctimas el joven conde y buena parte de quienes hubieran escalado el recinto del castillo, ambos huirían tan lejos que nunca se encontraría su rastro.

Lo que acababa de oír de aquella conversación le había dado a Franz la explicación de los fenómenos del pasado. Sabía ahora que existía una comunicación telefónica entre el castillo de los Cárpatos y el pueblo de Werst. Tampoco ignoraba que el burgo iba a ser aniquilado en una catástrofe que le costaría la vida a él y sería fatal para los agentes de policía traídos por Rotz-

ko. Sabía, por último, que el barón de Gortz y Orfanik tendrían tiempo de huir..., de huir llevándose a la Stilla, inconsciente...

¡Ah! ¿Por qué no podía Franz forzar la entrada de la capilla, arrojarle sobre aquellos dos hombres?... Los habría derribado, los habría golpeado, los habría dejado incapaces de hacer daño, ¡habría podido impedir aquella espantosa ruina!

Pero lo que era imposible en aquel momento quizá no lo fuera después de la partida del barón. Cuando ambos hubieran abandonado la capilla, Franz, lanzándose tras sus huellas, los perseguiría hasta la torre del homenaje, y, con la ayuda de Dios, ¡haría justicia!

El barón de Gortz y Orfanik estaban ya al fondo del ábside. Franz no les quitaba la vista de encima. ¿Por qué salida iban a marcharse? ¿Sería una puerta que daba a uno de los patios del recinto, o algún corredor interior que debía de unir la capilla con la torre del homenaje, pues parecía que todas las construcciones del burgo se comunicaban entre sí? Poco importaba, con tal de que el joven conde no se topara con un obstáculo que no pudiera franquear.

En aquel momento, todavía se cruzaron algunas palabras entre el barón de Gortz y Orfanik.

—¿No queda ya nada más que hacer aquí?

—Nada.

—Entonces, separémonos.

—¿Sigue siendo su intención que le deje solo en el castillo?...

—Sí, Orfanik, y parta usted ahora mismo por el túnel del puerto de Vulkan.

—¿Pero usted?...

—Yo no abandonaré el burgo hasta el último instante.

—¿Queda bien convenido que es en Bistritz donde debo ir a esperarle?

—En Bistritz.

—Quédese, pues, barón Rodolphe, y quedese solo, ya que esa es su voluntad.

—Sí... porque quiero oírla... quiero oírla una vez más durante esta última noche que habré pasado en el castillo de los Cárpatos.

Unos instantes más, y el barón de Gortz, junto con Orfanik, había abandonado la capilla.

Aunque el nombre de la Stilla no había sido pronunciado en aquella conversación, Franz lo había comprendido bien: de ella era de quien acababa de hablar Rodolphe de Gortz.

CAPÍTULO XVI

El desastre era inminente. Franz solo podía impedirlo poniendo al barón de Gortz en la imposibilidad de ejecutar su proyecto.

Eran entonces las once de la noche. Sin temer ya que lo descubrieran, Franz reanudó su tarea. Los ladrillos del muro se desprendían con bastante facilidad; pero su espesor era tal que transcurrió media hora antes de que la abertura fuese lo bastante ancha para darle paso.

En cuanto Franz puso el pie dentro de aquella capilla abierta a todos los vientos, se sintió reanimado por el aire de fuera. A través de las brechas de la nave y el hueco de las ventanas, el cielo dejaba ver ligeras nubes empujadas por la brisa. Aquí y allá aparecían algunas estrellas que palidecían ante el resplandor de la luna, que ascendía por el horizonte.

Se trataba de encontrar la puerta que se abría al fondo de la capilla, y por la que habían salido el barón de Gortz y Orfanik. Por eso, tras atravesar la nave en diagonal, Franz avanzó hacia el ábside.

En aquella parte muy oscura, donde no penetraban los rayos de la luna, su pie tropezaba con restos de tumbas y fragmentos desprendidos de la bóveda.

Por fin, al extremo del ábside, detrás del retablo del altar, cerca de un oscuro rincón, Franz sintió ceder bajo su empuje una puerta carcomida.

Aquella puerta daba a una galería que debía de atravesar el recinto.

Por allí habían entrado en la capilla el barón de Gortz y Orfanik, y por allí acababan de salir.

En cuanto Franz estuvo en la galería, se encontró de nuevo en medio de una completa oscuridad. Tras numerosos recodos, sin tener que subir ni bajar, tenía la certeza de haberse mantenido al nivel de los patios interiores.

Media hora después, la oscuridad pareció hacerse menos profunda: una media claridad se filtraba por algunas aberturas laterales de la galería.

Franz pudo caminar más deprisa, y desembocó en una amplia casamata, dispuesta bajo aquella explanada del bastión que flanqueaba el ángulo izquierdo de la cortina.

Aquella casamata estaba horadada por estrechas aspilleras, por las que penetraban los rayos de la luna.

Enfrente había una puerta abierta.

Lo primero que hizo Franz fue colocarse ante una de las aspilleras, para respirar unos segundos aquella fresca brisa de la noche.

Pero, en el momento en que iba a retirarse, creyó distinguir dos o tres sombras que se movían en el extremo inferior de la meseta de Orgall, iluminada hasta el oscuro macizo del pinar.

Franz miró.

Algunos hombres iban y venían por aquella meseta, un poco por delante de los árboles — sin duda los agentes de Karlsburg, traídos por Rotzko — . ¿Se habrían decidido, pues, a actuar de noche, con la esperanza de sorprender a los ocupantes del castillo, o esperaban en aquel lugar las primeras luces del alba?

¡Qué esfuerzo tuvo que hacer Franz sobre sí mismo para contener el grito que estaba a punto de escapársele, para no llamar a Rotzko, que sin duda habría sabido oír y reconocer su voz! Pero aquel grito podía llegar hasta la torre del homenaje, y, antes de que los agentes hubiesen escalado el recinto, Rodolphe de Gortz tendría tiempo de poner en marcha su aparato y de huir por el túnel.

Franz consiguió dominarse y se alejó de la aspillera. Luego, atravesada la casamata, cruzó la puerta y siguió por la galería.

Quinientos pasos más allá, llegó al umbral de una escalera que se desarrollaba en el espesor del muro.

¿Estaba ya, por fin, en la torre del homenaje que se alzaba en medio de la plaza de armas? Tenía motivos para creerlo.

Sin embargo, aquella escalera no debía de ser la escalera principal que daba acceso a los distintos pisos. No se componía más que de una serie de peldaños circulares, dispuestos como los filetes de un tornillo en el interior de una caja estrecha y oscura.

Franz subió sin ruido, escuchando, pero sin oír nada, y, al cabo de una veintena de peldaños, se detuvo en un rellano.

Allí se abría una puerta que daba a la terraza que rodeaba la torre del homenaje en su primer piso.

Franz se deslizó a lo largo de aquella terraza y, cuidando de resguardarse tras el parapeto, miró en dirección a la meseta de Orgall.

Varios hombres seguían apareciendo al borde del pinar, y nada indicaba que quisiesen acercarse al burgo.

Decidido a alcanzar al barón de Gortz antes de que huyera por el túnel del puerto, Franz rodeó el piso y llegó ante otra puerta, donde la espiral de la escalera reanudaba su giro ascendente.

Puso el pie en el primer peldaño, apoyó ambas manos en las paredes y empezó a subir.

Siempre el mismo silencio.

La estancia del primer piso no estaba habitada.

Franz se apresuró a alcanzar los rellanos que daban acceso a los pisos superiores.

Cuando alcanzó el tercer rellano, su pie ya no encontró más peldaños. Allí terminaba la escalera, que daba servicio a la estancia más alta de la torre del homenaje, la que coronaba la plataforma almenada donde antaño ondeaba el estandarte de los barones de Gortz.

La pared, a la izquierda del rellano, estaba horadada por una puerta, en ese momento cerrada.

Por el ojo de la cerradura, cuya llave estaba puesta por fuera, se filtraba un vivo rayo de luz.

Franz escuchó y no percibió ningún ruido dentro de la estancia.

Al aplicar el ojo a la cerradura, solo distinguió la parte izquierda de una habitación muy iluminada, mientras que la parte derecha estaba sumida en la sombra.

Tras girar la llave suavemente, Franz empujó la puerta, que se abrió.

Una sala espaciosa ocupaba todo aquel piso superior de la torre del homenaje. Sobre sus muros circulares se apoyaba una bóveda de casetones, cuyos nervios, al reunirse en el centro, se fundían en un pesado pinjante. Gruesos cortinajes, antiguos tapices con figuras, cubrían sus paredes. Algunos muebles viejos —arcones, aparadores, sillones, escabeles— la amueblaban con cierto arte. De las ventanas colgaban espesas cortinas que no dejaban escapar al exterior nada de la claridad interior. Sobre el suelo se extendía una alfombra de lana espesa, en la que se amortiguaban los pasos.

La disposición de la sala era, cuando menos, extraña, y, al entrar en ella, a Franz le sorprendió sobre todo el contraste que ofrecía, según estuviera bañada de sombra o de luz.

A la derecha de la puerta, el fondo desaparecía en medio de una profunda oscuridad.

A la izquierda, en cambio, un estrado, cuya superficie estaba cubierta de paños negros, recibía una potente luz, debida a algún aparato de concentración colocado por delante, pero dispuesto de modo que no pudiera verse.

A unos diez pies de aquel estrado, del que lo separaba una mampara a la altura del pecho, se hallaba un antiguo sillón de alto respaldo, al que la mampara envolvía en una especie de penumbra.

Junto al sillón, una mesita cubierta con un tapete sostenía una caja rectangular.

Aquella caja, de doce a quince pulgadas de largo y de cinco a seis de ancho, con la tapa —incrustada de pedrería— levantada, contenía un cilindro metálico.

Nada más entrar en la sala, Franz advirtió que el sillón estaba ocupado.

Allí, en efecto, había una persona que permanecía completamente inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás contra el respaldo del sillón, los párpados

dos cerrados, el brazo derecho extendido sobre la mesa y la mano apoyada en la parte delantera de la caja.

Era Rodolphe de Gortz.

¿Era, pues, para entregarse al sueño por lo que el barón había querido pasar aquella última noche en el piso más alto de la vieja torre del homenaje?

¡No!... No podía ser, a juzgar por lo que Franz le había oído decir a Orfanik.

El barón de Gortz estaba solo en aquella habitación, por lo demás, y, conforme a las órdenes que había recibido, no cabía duda de que su compañero ya habría huido por el túnel.

¿Y la Stilla?... ¿No había dicho también Rodolphe de Gortz que quería oírla una última vez en aquel castillo de los Cárpatos, antes de que fuese destruido por la explosión?... ¿Y por qué otra razón habría vuelto a aquella sala, donde ella debía de venir, cada noche, a embriagarlo con su canto?...

¿Dónde estaba, pues, la Stilla?...

Franz ni la veía ni la oía...

Después de todo, ¿qué importaba, ahora que Rodolphe de Gortz estaba a merced del joven conde?... Franz sabría muy bien obligarlo a hablar. Pero, dado el estado de sobreexcitación en que se hallaba, ¿no iba a arrojarse sobre aquel hombre al que odiaba tanto como era odiado por él, que le había arrebatado a la Stilla... a la Stilla, viva y loca... loca por su culpa... y a golpearlo?...

Franz fue a apostarse detrás del sillón. Ya no le faltaba más que un paso para apoderarse del barón de Gortz, y, con la sangre subida a los ojos, fuera de sí, levantaba la mano...

De pronto apareció la Stilla.

Franz dejó caer su cuchillo sobre la alfombra.

La Stilla estaba de pie sobre el estrado, en plena luz, con la cabellera suelta, los brazos tendidos, admirablemente bella con su traje blanco de la Angélica de Orlando, tal como se había mostrado en el bastión del burgo. Sus ojos, clavados en el joven conde, lo penetraban hasta el fondo del alma...

Era imposible que ella no viese a Franz, y, sin embargo, la Stilla no hacía ningún gesto para llamarlo... no entreabría los labios para hablarle... ¡Ay! ¡Estaba loca!

Franz iba a lanzarse sobre el estrado para estrecharla entre sus brazos, para arrastrarla fuera de allí...

La Stilla acababa de empezar a cantar. Sin abandonar su sillón, el barón de Gortz se había inclinado hacia ella. En el paroxismo del éxtasis, el dile-tante respiraba aquella voz como un perfume, la bebía como un licor divino. ¡Tal como había sido antaño en las representaciones de los teatros de Italia, tal era entonces, en medio de aquella sala, en una soledad infinita, en lo alto de aquella torre del homenaje que dominaba el campo transilvano!

¡Sí! ¡La Stilla cantaba!... ¡Cantaba para él... solo para él!... Era como un aliento que exhalaban sus labios, que parecían inmóviles... Pero, si la razón la había abandonado, ¡al menos su alma de artista le había quedado entera!

Franz, también él, se embriagaba con el encanto de aquella voz que no había oído en cinco largos años... Se absorbía en la ardiente contemplación de aquella mujer que creía no volver a ver jamás, y que estaba allí, viva, ¡como si algún milagro la hubiese resucitado ante sus ojos!

Y aquel canto de la Stilla, ¿no era, entre todos, el que más vivamente debía de hacer vibrar en el corazón de Franz las cuerdas del recuerdo? ¡Sí! Había reconocido el final de la trágica escena de *Orlando*, aquel final en que el alma de la cantante se había quebrado en esta última frase:

Innamorata, mio cuore tremante, Voglio morire...

Franz la seguía nota por nota, aquella frase inefable... Y se decía que no sería interrumpida, como lo había sido en el teatro de San Carlo... ¡No!... No moriría entre los labios de la Stilla, como había muerto en su función de despedida...

Franz ya no respiraba... Toda su vida estaba pendiente de aquel canto... Unos compases más, y aquel canto se acabaría en toda su incomparable pureza...

Pero he aquí que la voz empieza a flaquear... Diríase que la Stilla vacila al repetir estas palabras de un dolor punzante:

Voglio morire...

¿Va a caer la Stilla sobre este estrado como cayó antaño sobre el escenario?...

No cae, pero el canto se detiene en el mismo compás, en la misma nota que en el teatro de San Carlo...

Lanza un grito... y es el mismo grito que Franz había oído aquella noche...

Y, sin embargo, la Stilla sigue ahí, de pie, inmóvil, con su mirada adorada —esa mirada que lanza al joven conde todas las ternuras de su alma— ...

Franz se lanza hacia ella... Quiere llevársela fuera de aquella sala, fuera de aquel castillo...

En ese momento se encuentra cara a cara con el barón, que acaba de levantarse.

—¡Franz de Télek!... —exclama Rodolphe de Gortz—. ¡Franz de Télek, que ha podido escapar!...

Pero Franz ni siquiera le responde y, precipitándose hacia el estrado:

—Stilla... mi querida Stilla —repite—, tú, a quien vuelvo a encontrar aquí... viva...

—Viva... la Stilla... ¡viva!... —exclama el barón de Gortz.

Y esa frase irónica termina en una carcajada en la que se percibe todo el arrebató de la rabia.

—¡Viva!... —prosigue Rodolphe de Gortz—. ¡Pues bien, que Franz de Télek intente arrebátarmela!

Franz ha tendido los brazos hacia la Stilla, cuyos ojos están ardientemente fijos en él...

En ese momento, Rodolphe de Gortz se agacha, recoge el cuchillo que se ha escapado de la mano de Franz, y lo dirige hacia la Stilla inmóvil...

Franz se precipita sobre él, para desviar el golpe que amenaza a la desdichada loca...

Es demasiado tarde... el cuchillo la hiere en el corazón...

De pronto se oye el ruido de un espejo que se rompe, y, con los mil fragmentos de vidrio dispersos por la sala, desaparece la Stilla...

Franz ha quedado inerte... Ya no comprende... ¿Es que también él se ha vuelto loco?...

Y entonces Rodolphe de Gortz exclama:

—¡La Stilla se le escapa otra vez a Franz de Télek!... ¡Pero su voz... su voz me queda a mí!... ¡Su voz es mía... solo mía... y no será nunca de nadie!

En el momento en que Franz va a arrojarle sobre el barón de Gortz, las fuerzas lo abandonan, y cae sin sentido al pie del estrado.

Rodolphe de Gortz ni siquiera repara en el joven conde. Coge la caja depositada sobre la mesa, se precipita fuera de la sala, baja al primer piso de la torre del homenaje; luego, al llegar a la terraza, la rodea, y ya iba a alcanzar la otra puerta, cuando resuena una detonación.

Rotzko, apostado al borde de la contraescarpa, acababa de disparar contra el barón de Gortz.

El barón no fue alcanzado, pero la bala de Rotzko destruyó la caja que apretaba entre los brazos.

Lanzó un grito terrible.

—¡Su voz... su voz!... —repetía—. ¡Su alma... el alma de la Stilla!... ¡Está rota... rota... rota!...

Y entonces, con los cabellos erizados, las manos crispadas, se lo vio correr a lo largo de la terraza, gritando siempre:

—¡Su voz... su voz!... ¡Me han roto su voz!... ¡Malditos sean!

Luego desapareció por la puerta, en el momento en que Rotzko y Nic Deck intentaban escalar el recinto del burgo, sin esperar a la escuadra de agentes de policía.

Casi al instante, una formidable explosión hizo temblar todo el macizo del Plesa. Surtidores de llamas se elevaron hasta las nubes, y una avalancha de piedras cayó sobre la carretera de Vulkan.

De los bastiones, de la cortina, de la torre del homenaje, de la capilla del castillo de los Cárpatos, ya no quedaba más que una masa de ruinas

humeantes sobre la superficie de la meseta de Orgall.

CAPÍTULO XVII

No se habrá olvidado, si se recuerda la conversación del barón y Orfanik, que la explosión no debía destruir el castillo hasta después de la partida de Rodolphe de Gortz. Ahora bien, en el momento en que se produjo aquella explosión, era imposible que el barón hubiese tenido tiempo de huir por el túnel hacia la carretera del puerto. Arrastrado por el arrebató del dolor, por la locura de la desesperación, sin tener ya conciencia de lo que hacía, ¿había provocado Rodolphe de Gortz una catástrofe inmediata de la que debía de haber sido la primera víctima? Tras las incomprensibles palabras que se le habían escapado, en el momento en que la bala de Rotzko acababa de destrozar la caja que llevaba, ¿había querido sepultarse bajo las ruinas del burgo?

En cualquier caso, fue una gran suerte que los agentes, sorprendidos por el disparo de fusil de Rotzko, se hallasen todavía a cierta distancia cuando la explosión sacudió el macizo. Apenas si algunos resultaron alcanzados por los escombros que cayeron al pie de la meseta de Orgall. Solo Rotzko y el guarda forestal se encontraban entonces al pie de la cortina, y, en verdad, fue un milagro que no quedasen aplastados bajo aquella lluvia de piedras.

La explosión había producido, pues, su efecto, cuando Rotzko, Nic Deck y los agentes lograron, sin demasiada dificultad, franquear el recinto, remontando el foso, que había quedado medio cegado por el derrumbe de las murallas.

Cincuenta pasos más allá de la cortina, se encontró un cuerpo en medio de los escombros, al pie de la torre del homenaje.

Era el de Rodolphe de Gortz. Algunos ancianos del país —entre otros, maese Koltz— lo reconocieron sin vacilar.

En cuanto a Rotzko y a Nic Deck, no pensaban más que en encontrar al joven conde. Puesto que Franz no había reaparecido en el plazo convenido entre su soldado y él, era señal de que no había podido escapar del castillo.

Pero Rotzko no se atrevía a esperar que hubiese sobrevivido, que no fuese una víctima más de la catástrofe; por eso lloraba a lágrima viva, y Nic Deck no sabía cómo calmarlo.

Sin embargo, tras media hora de búsqueda, el joven conde fue hallado en el primer piso de la torre del homenaje, bajo un arbotante de la muralla, que le había impedido quedar aplastado.

— ¡Mi amo!... ¡Mi pobre amo!...

— Señor conde...

Estas fueron las primeras palabras que pronunciaron Rotzko y Nic Deck al inclinarse sobre Franz. Debían de creerlo muerto; solo estaba desvanecido.

Franz abrió de nuevo los ojos; pero su mirada, sin fijeza, no parecía reconocer a Rotzko ni oírlo.

Nic Deck, que había alzado en brazos al joven conde, volvió a hablarle; Franz no dio ninguna respuesta.

Solo se escapaban de su boca aquellas últimas palabras del canto de la Stilla:

Innamorata... Voglio morire...

Franz de Télek estaba loco.

CAPÍTULO XVIII

Sin duda, nadie habría tenido jamás la explicación de los últimos fenómenos de los que el castillo de los Cárpatos había sido escenario, puesto que el joven conde había perdido la razón, de no ser por las revelaciones que se hicieron en las circunstancias que siguen:

Durante cuatro días, Orfanik había esperado, tal como estaba convenido, a que el barón de Gortz fuese a reunirse con él en la localidad de Bistritz. Al no verlo reaparecer, se había preguntado si no habría sido víctima de la explosión. Impulsado entonces tanto por la curiosidad como por la inquietud, había abandonado la localidad, había vuelto a tomar el camino de Werst, y había regresado a merodear por los alrededores del burgo.

Mal le fue en ello, pues los agentes de policía no tardaron en apoderarse de su persona, siguiendo las indicaciones de Rotzko, que lo conocía desde hacía tiempo.

Una vez en la capital del condado, ante los magistrados a los que fue conducido, Orfanik no puso ningún reparo en responder a las preguntas que se le formularon en el curso de la investigación ordenada sobre aquella catástrofe.

Confesaremos incluso que el triste fin del barón Rodolphe de Gortz no pareció conmovér demasiado a aquel sabio egoísta y maniático, que solo tenía en el corazón sus invenciones.

En primer lugar, ante las apremiantes preguntas de Rotzko, Orfanik afirmó que la Stilla estaba muerta y —estas son las expresiones mismas de que se sirvió— que estaba enterrada, y bien enterrada, desde hacía cinco años en el cementerio del Campo Santo Nuovo, en Nápoles.

Esta afirmación no fue el menor de los asombros que habría de provocar aquella extraña aventura.

En efecto, si la Stilla estaba muerta, ¿cómo se explicaba que Franz hubiese podido oír su voz en la gran sala de la posada, luego verla aparecer sobre el explanada del bastión, luego embriagarse con su canto cuando estaba encerrado en la cripta?... Por último, ¿cómo la había encontrado viva en la habitación de la torre del homenaje?

He aquí la explicación de estos diversos fenómenos, que parecían destinados a ser inexplicables.

Se recordará la desesperación que se había apoderado del barón de Gortz cuando corrió el rumor de que la Stilla había tomado la resolución de dejar el teatro para convertirse en condesa de Télek. El admirable talento de la artista, es decir, todas sus satisfacciones de diletante, iban a faltarle.

Fue entonces cuando Orfanik le propuso recoger, por medio de aparatos fonográficos, las principales piezas de su repertorio que la cantante se proponía cantar en sus funciones de despedida. Aquellos aparatos estaban maravillosamente perfeccionados en aquella época, y Orfanik los había vuelto tan perfectos que la voz humana no sufría en ellos ninguna alteración, ni en su encanto ni en su pureza.

El barón de Gortz aceptó la oferta del físico. Se instalaron fonógrafos, sucesiva y secretamente, al fondo del palco enrejado durante el último mes de la temporada. Así se grabaron en sus placas cavatinas, romanzas de ópera o de concierto, entre otras, la melodía de Stéfano y aquel aire final de *Orlando* que quedó interrumpido por la muerte de la Stilla.

He aquí en qué condiciones había venido el barón de Gortz a encerrarse en el castillo de los Cárpatos, y allí, cada noche, podía oír los cantos que habían sido recogidos por aquellos admirables aparatos. Y no solo oía a la Stilla, como si estuviese en su palco, sino que —lo cual puede parecer absolutamente incomprensible— la veía como si estuviese viva, ante sus ojos.

Era un simple artificio de óptica.

No se habrá olvidado que el barón de Gortz había adquirido un magnífico retrato de la cantante. Ese retrato la representaba de cuerpo entero, con su traje blanco de la Angélica de Orlando y su magnífica cabellera suelta. Pues bien, por medio de unos espejos inclinados según cierto ángulo calculado

por Orfanik, cuando un foco potente iluminaba aquel retrato colocado frente a uno de ellos, la Stilla aparecía, por reflejo, tan «real» como cuando estaba llena de vida y en todo el esplendor de su belleza. Gracias a ese aparato, transportado durante la noche al explanada del bastión, había hecho aparecer Rodolphe de Gortz a la Stilla cuando quiso atraer a Franz de Télek; gracias a ese mismo aparato había vuelto a ver el joven conde a la Stilla en la sala de la torre del homenaje, mientras su fanático admirador se embriagaba con su voz y sus cantos.

Tales son, muy resumidos, los datos que dio Orfanik de manera más detallada en el curso de su interrogatorio. Y, hay que decirlo, fue con un orgullo sin igual como se declaró autor de aquellas geniales invenciones, que había llevado al más alto grado de perfección.

Sin embargo, si Orfanik había explicado materialmente aquellos diversos fenómenos, o más bien aquellos «trucos», por emplear la palabra consagrada, lo que no se explicaba era por qué el barón de Gortz, antes de la explosión, no había tenido tiempo de huir por el túnel del puerto de Vulkan. Pero, cuando Orfanik supo que una bala había destrozado el objeto que Rodolphe de Gortz llevaba entre los brazos, comprendió. Aquel objeto era el aparato fonográfico que encerraba el último canto de la Stilla, era el que Rodolphe de Gortz había querido oír una vez más en la sala de la torre del homenaje, antes de su derrumbamiento. Ahora bien, destruido aquel aparato, quedaba destruida también la vida del barón de Gortz, y, loco de desesperación, había querido sepultarse bajo las ruinas del burgo.

El barón Rodolphe de Gortz ha sido enterrado en el cementerio de Werst con los honores debidos a la antigua familia que se extinguía en su persona. En cuanto al joven conde de Télek, Rotzko lo ha hecho trasladar al castillo de Krajowa, donde se consagra por entero a cuidar de su amo. Orfanik le ha cedido de buen grado los fonógrafos en que están recogidos los demás cantos de la Stilla, y, cuando Franz oye la voz de la gran artista, le presta cierta atención, recobra su antigua lucidez, parece que su alma intenta revivir en los recuerdos de aquel inolvidable pasado.

En efecto, algunos meses después, el joven conde había recobrado la razón, y por él se han conocido los detalles de aquella última noche en el castillo de los Cárpatos.

Digamos ahora que la boda de la encantadora Miriota y Nic Deck se celebró en la semana que siguió a la catástrofe. Después de que los novios recibieran la bendición del pope en el pueblo de Vulkan, volvieron a Werst, donde maese Koltz les había reservado la mejor habitación de su casa.

Pero, aunque estos diversos fenómenos hayan sido puestos en claro de manera natural, no habría que imaginar que la joven ya no cree en las fantásticas apariciones del burgo. Por más que Nic Deck intenta hacerla entrar en razón —Jonas también, pues le interesa recuperar la clientela de la posada del *Rey Matías*—, ella no está en absoluto convencida, como tampoco lo están, por lo demás, maese Koltz, el pastor Frik, el magíster Hermod y los demás habitantes de Werst. Habrán de pasar, verosímilmente, no pocos años antes de que estas buenas gentes renuncien a sus creencias supersticiosas.

No obstante, el doctor Patak, que ha vuelto a sus fanfarronadas habituales, no deja de repetir a quien quiera oírlo:

—¡Vaya! ¿No lo había dicho yo?... ¡Genios en el burgo!... ¡Como si existieran los genios!

Pero nadie lo escucha, y hasta se le pide que se calle cuando sus burlas pasan de la raya.

Por lo demás, el magíster Hermod no ha dejado de basar sus lecciones en el estudio de las leyendas transilvanas. Durante mucho tiempo aún, la joven generación del pueblo de Werst creará que los espíritus del otro mundo rondan las ruinas del castillo de los Cárpatos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB